PQ 6549
.N7 M8
Copy 1

PQ 6549
.N7 M8
Copy 1

Class PQ6549
Book .N7M8

401

UNA MUJER MUERTA EN VIDA.

BESANZON. — IMPRENTA DE ROBLOT.

UNA MUJER
MUERTA EN VIDA

HISTORIA CONTEMPORANEA

POR JULIO NOMBELA

Dans sa première larme elle noya
son cœur. LAMARTINE.

LIBRARY OF CONGRESS
1879
CITY OF WASHINGTON

SEGUNDA EDICION.

PARÍS

LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET
Calle Visconti, 23.

—

1866

GEORGE R. LOCKWOOD
NEW-YORK.

PQ6549
.N7 M8

UNA CONFIANZA A LAS LECTORAS.

Los domingos son los dias mas tristes de la semana, cuando solo se participa del descanso y no de la alegría que en sus veinticuatro horas disfrutan los que descansan divirtiéndose.

Una tarde — nunca puedo olvidarlo — una tarde pasaba yo por una calle de las mas retiradas de Madrid.

Era domingo y no se percibia el menor ruido : todo estaba en silencio, y aquella calle parecia formar parte de una ciudad desierta.

Ni un alma en los balcones, ni un rumor, ni un acento que me revelase la próxima existencia de un ser viviente.

Tentado estuve de volverme atrás para no entristecerme si continuaba hácia adelante ; pero una extraña aparicion me hizo olvidar mi primitiva idea, y si no me dió ánimo para seguir, tampoco me dejó retroceder.

En una ventana baja ví á una jóven, sentada en una silla, con un libro en la mano y completamente absorbida en la lectura; tanto que no reparó en mí.

La jóven era hermosa : sus grandes ojos azules expresaban los sentimientos de su alma, y puedo aseguraros que su expresion era fascinadora.

Su frente estaba empañada por una nube de tristeza.

Leia con interés, pero se conocia en su rostro que un oculto pesar — quizá el de no haber salido á paseo — mortificaba su corazon.

Y no creais que este pesar, por parecer trivial, deja de ser intenso. ¿Sabeis lo que es quedarse en casa en una hermosa tarde de primavera, cuando la naturaleza exhala todos sus perfumes y desarrolla todos sus encantos, teniendo un alma ansiosa de admirar, y unos ojos azules expresivos y unos cabellos rubios y un elegante talle que anhelan ser admirados? Pues es lo suficiente para estar triste. Así es que la tristeza de la jóven me pareció muy justa, y sentí hácia ella una simpatía inexplicable.

Pero no es su tristeza la que deseo haceros notar.

Os he dicho que leia y que tan abismada estaba en su lectura, que no se apercibió de mi presencia.

Yo por mi parte la contemplaba atentamente.

De pronto veo que sus ojos se nublan, que asoma á sus pupilas una lágrima, y que acercando el libro hasta sus labios imprime en él un beso, uno de esos besos en que se da toda el alma.

Por un momento — que yo tambien tengo mis ilusiones — me figuré que el venturoso libro era uno de los mios.

La jóven descubrió que la miraba, y

como por encanto desapareció de mi vista, abandonando el libro y el asiento.

Yo me acerqué, y ¡oh dicha! el libro que la habia acompañado durante aquella tarde de fastidio, el que habia recibido el puro beso de sus labios, no era mio, pero era una novela — no hay que asustarse — una novela de Jorge Sand.

Esperé á que volviera á la ventana, y no volvió.

El siguiente domingo la busqué sin hallarla.

La vision desapareció para siempre, pero desde entonces, siempre que impiezo un libro me acuerdo de ella.

— ¿Alcanzaréis el beso de un alma pura

en una tarde en que logreis distraer su fastidio? digo á las pobres páginas que trazo.

— ¿Será alguna de mis lectoras tan amable que quiera contestarme?...

UNA

MUJER MUERTA EN VIDA.

CAPITULO PRIMERO.

UNA NOTICIA DE PERIÓDICO.

— ¿Conoce Vd. algo mas indiscreto que un periódico? me preguntó una vez una señora.

— Sí tal, la respondí, la curiosidad de las mujeres..

Pocos minutos antes me habia convencido de esta verdad.

Nos hallábamos en un gabinete abierto á los amigos de la condesa de F., y una jóven, por cierto muy graciosa, habia leido en un periódico la siguiente noticia :

« Ha marchado á Inglaterra el jóven publicista D. Fernando García. Su enlace, que anunciamos en uno de nuestros últimos números, se ha suspendido. »

— ¡Pobre muchacha! añadió abandonando el diario... fíese Vd. en los hombres.

— Si parece mentira, dijo otra jóven de las que se encontraban en nuestra compañía. Deshacerse una boda tan formal!

— No hay que decir quién de los dos habrá tenido la culpa. Las mujeres son siempre víctimas, añadió una tercera.

— Pero ¿no se sabe de cierto cómo ha sido ese rompimiento? preguntó la condesa.

Ninguno contestó : los hombres que allí estaban no conocian á Fernando, y yo no juzgué conveniente salir á su defensa, cuando todas las jóvenes de la reunion parecian dispuestas á atacarle.

— No se sabe de cierto, repuso la primera : pero es de presumir lo que habrá sucedido. Él, que tiene ambicion, habrá encontrado pobre á su mujer. se habrá al fin convencido de que es verdad la teoría de que el matrimonio es un estorbo para los hombres políticos. ¡ Quién sabe! lo mas probable es que la ha abandonado.

— ¡Pobre muchacha, una jóven tan guapa y con tanto talento !

— Y tan modesta.

Las mujeres solo elogian á las mujeres para censurar á los hombres.

La conversasion iba tomando un giro que me

disgustaba. Fernando era un amigo, yo conocia su buen corazon y estaba á punto de olvidarme de la galantería que nos impone en sociedad el deber de profesar á ciegas las ideas que emite el bello sexo.

— No; pues es necesario á toda costa saber porqué se han roto estas relaciones, dijo la jóven que habia leido el periódico.

— Sí, sí, añadieron todas inclusa la condesa.

— Yo tengo medios de averiguarlo todo, y mañana á la noche habrán cesado nuestras dudas.

Era ya tarde y nos separamos.

A la noche siguiente volví á saber noticias, y hé aquí lo que escuché.

La jóven cumplió su palabra; se habia informado, é iba á satisfacer la curiosidad de aquella femenil reunion.

— ¿Porqué dirán Vds. que se ha roto la boda? preguntó á sus amigas. Pues ha sido porque se ha descubierto la intencion de Fernando, que era bastante interesada. Figúrense Vds. que Cecilia debia heredar una suma considerable, y esto, que nadie lo sabia, no habia pasado desapercibido para su novio; pero la familia ha comprendido á tiempo que el tal solo trataba de apoderarse de los cuartos de la muchacha, que su amor era intriga y los ha separado. Fíese Vd. en los hombres que parecen buenos. La pobre chica está inconsolable, pero él, él se marcha á Inglaterra á divertirse.

— Eso no puede ser, exclamé yo; conozco el alma de Fernando y la creo incapaz de semejante felonía.

— Pues es verdad: el primo de ella, Ernesto, me lo ha dicho, y todos le censuran. Él, que en sus libros predicaba moral, él que satirizaba á los que

hacian del matrimonio un negocio de bolsa, él ha sido el primero en sufrir el anatema que en todo tiempo ha lanzado á los otros.

No quise replicar, y no puedo decir el sufrimiento que me hizo padecer la ofensiva opinion que todos los presentes formaron de Fernando.

La indiscrecion del periódico habia motivado la curiosidad; pero la curiosidad habia formado la bola de nieve, habia hecho blanco de las iras de toda una sociedad al jóven mas honrado, al mas pundonoroso, al mas leal de todos cuantos yo conocia.

— ¿Lo ve Vd., señora? dije al despedirme de la que habia hecho la pregunta que he consignado al principiar este capítulo; ¿dudará Vd. que la curiosidad de las mujeres es lo mas indiscreto de la tierra?

— Es cierto, pero á los reos se les consiente un defensor.

— Yo lo seré de Fernando, exclamé.

Si mis lectores tienen algun interés por un pobre hombre calumniado, si quieren penetrar uno de esos misterios de la vida que pueden descubrirse en medio de las fiestas con que la sociedad reunida celebra la belleza, el amor, los trinfos y las alegrías, si en medio de tantos seres descreidos como los que ofrece á la vista en todas partes nuestra época, quieren hallar en uno encarnadas la fe, el talento, el amor, la abnegacion, todas las virtudes, si quieren estudiar el tratamiento de uno de esos dolores que se llaman desengaños, si por último quieren una vez convencerse de la injusticia con que el mundo trata á los que no puede comprender, que sigan adelante, y en esta historia que va á trazar mi mano encontrarán la lucha de las almas desgraciadas, su triunfo y su apoteósis.

Una calumnia me mueve á descubrir la verdad.

Los secretos de los seres honrados son siempre ejemplos provechosos.

Si este lo fuera, daria por muy bien empleada la indiscrecion que me ha obligado á *cometer* esta novela, y añadiria á mi frase :

— La curiosidad de las mujeres es la mayor indiscrecion, pero ella es el orígen de ejemplos saludables.

CAPITULO II.

DE COMO ES VERDAD QUE EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

Ya sabeis que Fernando y Cecilia, próximos á enlazarse, se separaron para siempre.

— Pero ¿quién es Fernando y quién Cecilia? me preguntaréis.

Hé aquí todo lo que sé de ellos.

Fernando era uno de esos hombres que rinden culto al arte porque necesitan sentirle para vivir.

Habia sido muy desgraciado en los primeros años de su vida, habia pasado dias enteros soñando, y el hambre y la pobreza le habian obligado á rendirse al cansancio, á dormir ese sueño febril que pone pálido el semblante, que apaga la luz de los ojos, que hace de los hombres espectros que nos asustan al hallarlos en nuestro camino, cuando corremos á realizar una esperanza risueña y creemos que el dolor es mentira.

En medio de tantos padecimientos, su amor al arte le habia conservado la fe, y el mundo no habia logrado matar sus pensamientos generosos.

Creia porque necesitaba creer para vivir, y vivia porque esperaba.

Para todos los desgraciados, él, mas desgraciado que todos, tenia en su alma consuelos.

No podia coger entre sus manos la mano de un amigo sin apretarla con efusion, y era que, no bastando su cuerpo á contener los impulsos de su alma, necesitaba expansion. dar y recibir amor, vivir sintiendo siempre.

El mundo le llamaba distraido porque olvidaba sus negocios, deteniéndose al escuchar una pieza de música, al admirar un cuadro ó un edificio; porque á veces pasaba dias enteros sin levantarse de su lecho, devorando alguno de esos libros en que los poetas han encerrado todas las lágrimas y todos los suspiros de su generacion; porque empleaba horas enteras con los niños y los ancianos, porque escuchaba á los pobres la narracion de sus desdichas, porque vivia sin método, es decir, porque separándose de la rutina buscaba nuevas impresiones, procuraba que no se asemejasen sus

dias, y apenas prestaba atencion á los asuntos de interés.

Pasados los primeros años de su existencia en este bellísimo desórden, llegó á los veinticuatro años despues de haber llorado y gozado mucho.

Entonces comprendió que para no morirse de hambre necesitaba una posicion.

Tenia experiencia, pero carecia de ciencia.

Conocia el corazon humano, pero apenas sabia sumar.

Reconcentró su pensamiento siempre libre, comprendió que no podia continuar por la misma senda que le habia conducido á los veinticuatro años, buscó una forma para presentarse ante la sociedad y pedirla su parte en el festin diario, sujetó cuanto

pudo su fogosa imaginacion, y en vez de coger el pincel ó sentarse al piano, tomó en sus manos la pluma, pidió á su alma que le dictase y escribió un libro.

Este libro le alcanzó el primer triunfo.

A un libro siguió otro : el manantial era inagotable.

A su pesar vendió sus pensamientos : esta venta le proporcionó dinero, el dinero le dió una posicion.

La prensa aclamó su nombre, la sociedad le abrió su seno, muchos hombres le tendieron su mano y por primera vez comenzó á sonreirle la fortuna.

Lanzado al mundo, como suele decirse, colocado en medio de esa esfera desde donde pueden descu-

brirse todas las miserias y todas las debilidades del corazon humano, como todos los hombres de corazon retrocedió espantado.

No era aquello lo que él deseaba.

Cuando el genio llega á la cumbre, ó se ciega y se despeña como Espronceda y Byron, ó huye aterrorizado á refugiarse en sus creencias.

Náufrago en medio de un proceloso mar, buscó puerto de salvacion, y sus ojos hallaron la familia.

La familia es la felicidad, porque no debe llamarse familia á la reunion de seres que no se consagran los unos á los otros.

La familia es el único asilo del alma, fuente de inagotables consuelos, de purísimas alegrías.

Cuando dos seres lloran movidos por un impulso mismo, cuando dos corazones laten en armonía, el

dolor es menos terrible, el cariño que esta union representa lo aminora y lo extingue.

Fernando comprendia la familia y la deseó.

Una mujer amada, que nos ofrece en pago de la adoracion que la profesamos las dulzuras del amor paternal, con sus inquietudes y sus esperanzas, una mujer que vela nuestro sueño y ve en nosotros la imágen de su providencia, una mujer que nos descubre todos los misterios de nuestra alma, que se nos entrega para toda la vida con esa mirada suplicante que revela su pasion y su debilidad, una mujer que cifra en nosotros todas sus esperanzas, que nos ofrece todos sus dias, todas sus horas, que confía en nosotros y duerme tranquilamente á nuestro lado, una mujer que nos separa con su cariño de esos lazos que tiende el vicio al hombre sin hogar, una mujer así es el ángel de la familia, y la familia llega á ser un cielo.

Fernando, pobre habia encontrado los medios de vivir con el trabajo de su inteligencia, amante de la gloria habia comenzado á recibir sus favores; pero nadie contaba los latidos de su corazon, nadie podia gozar con él, y cuando sentia deseos de llorar no habia un ser á su lado que hiciese de sus lágrimas el bienhechor rocío de su felicidad.

Pero su soledad no le abatia, porque esperaba.

Buscó la familia, y otro cualquiera hubiera desistido de sus deseos.

Fijó sus miradas en algunas mujeres, y una despues de otra le dieron por su amor crueles desengaños; pero siempre exclamaba:

— ¡Bah! no debo desconfiar: la familia puede existir, mi madre ha labrado la felicidad de mi padre, hay mujeres buenas, desmayar es negar la Providencia.

Su alma tenia compásion para las desgraciadas que no habian sabido aprovecharse de los tesoros de su amor.

Su fe era inagotable : el mundo no podia arrebatarle sus creencias.

— ¡Cuán hermoso debe ser, se decia, que una mujer lo deba todo al hombre que la ame ! Si yo encontrase una tan pobre que hasta necesitase de mi mano alimento y vestido, pero tan rica de alma que supiese comprender cuanto hiciera por ella, la consagraria toda mi vida, todos mis pensamientos, trabajaria para ella, venceria los obstáculos mas grandes, adivinaria sus deseos para realizarlos, y pediria al Cielo que conservase mi existencia y me inspirase ánimo para ser el ángel de su guarda, la alegría de su corazon, el consuelo de sus penas, el gérmen de todas sus dichas, todo su bien, toda su alma.

Así pensaba siempre, pero como no hallaba mas que señoritas y caballeros en sociedad, trajes magníficos y aderezos suntuosos, sonrisas burlonas y sátiras sin compasion, templaba su ansiedad, calmaba su angustia, engañaba sus deseos adorando á las artes, que le proporcionaban inspiracion, que daban aliento á su abatido espíritu, que fortalecian su fe y que le trasportaban al mundo primitivo de sus sueños, lazareto piadoso en donde se curaba las heridas que hacia en su corazon la sociedad.

De todas las artes, la que mas interés le inspiraba, la que con mas intensidad le conmovia era la música.

Abandonando el pincel del pintor para continuar el relato del historiógrafo, os diré que su pasion á la música le llevó en una noche del mes de marzo de 1858 á uno de los conciertos sacros que dió en Madrid durante la cuaresma la empresa del teatro de la Zarzuela.

Aquella noche necesitaba oir música; sumido en una profunda melancolía, solo el lenguaje de Bellini y de Haydn podian llegar hasta su alma sin turbarla, sin ofenderla.

Quiso consagrarse completamente á las impresiones de la música religiosa y buscó un sitio solitario, apartado, donde poder estar oculto á las miradas de todos.

Sin reparar en las personas que estaban á su lado, oyó el *Stabat Mater* de Rossini.

Rossini es en sus obras el poema de Goethe; á un mismo tiempo es Fausto, Mefistófeles y Margarita, piensa, se rie de sus pensamientos, y llora su falta de fe.

Cuando ha llorado ha escrito la romanza del *Guillermo*, el duo *Mira la bianca luna* y su *Stabat Mater*.

Yo no conozco nada mas religioso, nada mas lastimero. nada que me conmueva tanto como este último poema del dolor de la Vírgen.

Fernando lo escuchó con recogimiento.

Si yo fuera á deciros lo que pensó al escucharle, podria formar un libro con solo referir sus impresiones.

El alma vive un siglo en un minuto.

Fernando sintió las amarguras de la madre de Dios : de nuevo pensó en lo que necesitaba su alma. en la mujer que habia de darle la familia ; y estas dos impresiones. debilitándole la primera y enardeciéndole la segunda, le llevaron á uno de esos instantes de abatimiento que en vano deseamos explicar.

Una frase perdida que llegó á su oido, le despertó de su sueño.

— Esa música es sublime, dijo uno de los que se hallaban á su lado: pero si Vd. la oyera interpretar á una jóven que yo conozco. si Vd. oyera el órgano pulsado por sus manos delicadas...

Aquella frase, que no fué dirigida á él, resonó en lo mas íntimo de su alma.

Habia en el mundo una mujer que, amante de la música, habia escogido su lenguaje mas dulce, el del órgano, y consagraba sus horas á preguntar al instrumento religioso los misterios del alma.

Aquella mujer debia ser un ángel.

Fernando oyó en seguida la *Segunda palabra* de Haydn, pero sin dejar de pensar en la jóven desconocida.

El que le habia revelado su existencia era un hombre de edad, de elevada estatura, grueso, de

barba y de cabellos blancos, de ojos pequeños pero vivos. Vestia sin elegancia, y en sus maneras se notaba esa desenvoltura que revela á los hombres que no necesitando para nada la sociedad, no se molestan al hallarse en ella, y viven á su antojo á riesgo de pasar por ridículos ante los que profesan la teoría de que la forma es todo.

Cualquiera al ver la atencion con que escuchaba las obras maestras de música y al oirle tararear llevando el compás con el pié ó con la mano, hubiera dicho que era un músico entusiasta ó por lo menos un aficionado en toda regla.

Fernando, que pensaba mas de lo conveniente en la revelacion que le habian hecho sin querer, sentia un vivo deseo de saber dónde podria encontrar á aquella jóven privilegiada; pero su vecino de asiento era hombre de pocas palabras, estaba

absorto con la música y no era fácil trabar conversacion con él.

El concierto terminó, cada cual se dirigió por su camino. y Fernando perdió para siempre al hombre que sabia dónde existia la mujer que podia hacer su felicidad.

— ¡Bah! bah! dijo Fernando, dejémonos de sueños: harto he sufrido ya. ¿Para qué quiero empeñarme en una nueva lucha, para qué quiero buscar un nuevo desengaño? Alguna vez he de tener bastante fuerza de voluntad; no quiero pensar, no quiero amarla, quiero olvidarla y la olvidaré para siempre.

Al tomar esta resolucion llamó á la puerta de su casa.

— ¿Qué es eso, vecino? no ha ido Vd. al café Suizo como los literatos acostumbran hacer antes de

retirarse? le dijo un hombre que llegó al mismo tiempo y que vivia en su misma casa.

— No, tengo mucho sueño, contestó Fernando con amabilidad.

— Yo no, porque he dormido mucho en el concierto sacro, donde le he visto á Vd. al lado de un amigo mio.

Fernando, que sintió un desprecio profundo al oirle decir que habia dormido en el concierto, se apresuró á sonreir con dulzura para serle agradable.

— ¿De un amigo de Vd.? le dijo con timidez.

— Sí, de un célebre músico, aquel tan gordo con el cabello blanco y el chaleco encarnado. Pues si es mas conocido...

— ¿Un músico?

— Sí tal, pero no ejerce la profesion porque tiene bastante con sus rentas. Es buen sugeto, pero un poco pesado cuando habla de su pupila; ¿á que le ha hablado á Vd. de ella?

— ¡De su pupila!

— Sí, de una jóven que toca el órgano, el piano, que sabe mucha música. A todo el mundo se lo cuenta, y el mayor gusto que se le puede dar es el de ir á escucharla. La sesion termina con estas palabras que salen de sus labios: « Todo esto es obra mia. »

En esto subieron hasta el piso tercero.

— Con que buenas noches, vecino, dijo el primero; hasta mañana.

— Oiga Vd., añadió Fernando deteniéndole, ¿podria Vd. presentarme á su amigo? podria Vd. facilitarme el medio de escuchar á esa jóven?

— Nada mas fácil, pero es una extravagancia, y aun cuando su tutor diga de la muchacha maravillas, no crea Vd. que es una cosa del otro mundo. Una niña de diez y seis años que quiere ser monja, y no teniendo dote para profesar quiere entrar de organista en un convento, no es nada extraordinario. y un hombre como Vd. no debe molestarse...

— Tantas gracias, pero hable Vd. francamente. ¿quiere Vd. presentarme á su tutor?

— Con mucho gusto, hombre; esta noche..... mañana, cuando Vd. quiera.

— Vd. lo dispondrá... gracias, vecino, gracias. Estrechó su mano, subió algunos escalones mas y entró en su cuarto.

— Me habia propuesto. dijo, renunciar á conocerla: pero el hombre propone y Dios dispone.

Dios ha querido que yo la vea. ¿Si me engañará mi corazon?

Aquella noche fué una noche de insomnio mas.

Tanto habia pensado en su desconocida, que al dia siguiente una ansiedad febril de conocerla le hacia contar las horas, los minutos, los segundos.

El vecino subió al medio dia.

— Mañana por la tarde, le dijo, iremos juntos á la casa que encierra ese portento que desea Vd. ver. Si se fastidia Vd., como lo espero, no me eche Vd. la culpa.

Fernando se consagró á Cecilia, porque supo su nombre, y se consagró sin conocerla despues de hacerse la siguiente reflexion:

Es pobre, tiene alma, ha buscado la música para revelarla, pero teme al mundo y quiere refugiarse

en un convento. ¡ Ah! si yo se la arranco á Dios, será para devolvérsela algun dia despues de haber hecho felices á cuantos la rodeen.

Fernando soñaba de nuevo, pero debemos respetar á esos seres desgraciados que solo gozan cuando sueñan y á los que el mundo con su ruido despierta á cada paso renovando sus heridas.

CAPITULO III.

EL AUTOR Á SUS LECTORES.

Esta novela es una historia. Todos los personajes que he dado á conocer y algunos otros que irán apareciendo sucesivamente, todos, excepto uno, existen todavía, y necesito para que no me hagan

reclamaciones de ningun género presentarlos tales como son, con su verdadero carácter, con su propia fisonomía.

Muchos de los capítulos que trazará mi pluma son copias de unas cartas de Fernando que han caido en mis manos y que completarán la narracion; pero mientras que él habla, yo, simple historiador, abogado de un reo á quien defienden sus buenos sentimientos, á quien acusa la calumnia, me propongo apuntar todos los datos, bosquejar todas las figuras de este episodio de la comedia humana, para que los lectores no pierdan un solo hilo de los que forman esta trama.

Como ellos han de ser los jueces de esta causa y la verdad me favorece, quiero pintarles la verdad.

El vecino de Fernando, que fué un intermediario providencial, no merece fijar nuestra atencion.

Aunque es muy importante su papel, es tan corto, que nos veremos precisados á abandonarle en cuanto sirva; por tanto creo inútil bosquejar su retrato.

Era un vecino como casi todos y nada mas.

Pero en el anterior capítulo hemos hecho mencion de uno de los principales personajes de nuestra historia, y antes de proseguir debemos darle á conocer muy detalladamente.

Aludimos al hombre que asistió al concierto sacro del teatro de la Zarzuela la misma noche que Fernando, al que le reveló la existencia de Cecilia.

Aunque ligeramente, hemos bosquejado su rostro: hé aquí su historia.

Habia nacido con el siglo, y sin embargo lo

abandonó á los diez y ocho años para entrar en el claustro.

Sus padres, pobres al unirse, lograron amasar una fortuna, aunque modesta. Sus ascendientes habian sido asturianos, y tenian de los habitantes de este país esa avaricia en primer grado que les alcanza el título de tacaños.

Cuando su hijo llegó á la adolescencia dominaban los frailes, y como en otro tiempo se ha vestido á los niños de guardias nacionales, entonces le pusieron los hábitos de monje, y el angelito sin saber lo que hacia se aficionó á aquel traje.

Sus padres, encantados, fomentaron esta aficion, y á los diez y ocho años le vieron con gran júbilo consagrarse al Señor, profesando en la órden de los monjes Basilios.

Una voz poderosa y de un timbre dulcísimo re-

sonó por aquella época bajo las bóvedas del templo entonces, hoy teatro de la calle del Desengaño.

Aquella voz era la suya.

Pero si empezó á cultivar con gusto el arte gregoriano, no por eso dejó de penetrar en los misterios de la teología.

Dotado de clara inteligencia y de una viva imaginacion, con el gérmen de las ideas nuevas en su mente, con pasiones excitadas al choque de la sobriedad, con elementos mas para el mundo que para el claustro, mas que para dasarrollar la doctrina de Cristo en la cátedra del Espíritu Santo, para ponerse al frente de las masas y conducirlas con su voz, no hay para qué decir que desde los primeros momentos en que se dió cuenta de sus inclinaciones, comenzó á sostener una terrible lucha con sus deberes.

Lo que veia en torno suyo, no era lo que necesitaba su alma. Su genio dominante rechazaba la humildad hipócrita que tenia que practicar, y sus noches de insomnio, sus proyectos, sus esperanzas, sus martirios fueron interminables.

Su inteligencia se aumentaba, sus horizontes se extendian y su prision era cada vez mas terrible para él.

Llegó á los veinticuatro años, y por este tiempo un acontecimiento muy ruidoso, ocurrido en el monasterio de los Basilios, fué objeto de todas las conversaciones en la heróica villa.

El abad amaneció un dia muerto, y justos y pecadores, todos pagaron la culpa de algunos revoltosos.

La justicia penetró en el hogar sagrado, y la celda se convirtió en prision para casi todos los monjes.

Nuestro héroe entró en el número de los prisioneros, pero bien pronto, justificada su inocencia, fué puesto en libertad.

Poco despues la revolucion, arrojando á los frailes de los conventos, le abrió para siempre las puertas del mundo, y á los veinticinco años se encontró dueño de sus acciones, con experiencia de los hombres y de las cosas, ligado únicamente á la religion por sus votos, pero con bastantes elementos en sí mismo para hacer del estudio un oasis á su perpetua soledad.

Su madre, que murió, le dejó algunos bienes, y con ellos pudo el ex-monje regularizar su vida y separarse de la sociedad para obrar á su antojo y disfrutar de algunos años de quietud y de satisfaccion.

— Si yo no hubiera sido monje, decia á sus

amigos, hubiera sido un gran general ó un gran ministro.

Pero obligado por su posicion á no aspirar á esta supremacía, se contentó con desear ser un gran músico y logró su deseo.

Sin necesidad de trabajar para ganar el sustento, pero incapaz de estar ocioso un solo instante, y con un alma templada para las artes, consagró su aficion á la música.

Diez ó doce años de continuos estudios prácticos y teóricos le hicieron un maestro.

Su voz privilegiada era la admiracion de todo el que le oia.

A los treinta y seis años, cansado de habitar casas de huéspedes, quiso tener hogar: buscó un ama de llaves, compró muebles y se instaló en su casa.

Su ama, Dª. Francisca, era de un pueblecito de la provincia de Madrid : unos amores desgraciados la habian hecho cobrar una gran aversion al matrimonio, y cuando entró á ejercer la mision de ama de llaves tenia treinta años.

Cuidaba mucho al exclaustrado, era muy limpia, muy hacendosa, y la casa parecia una taza de plata.

Nada turbaba el silencio, la quietud de aquel hogar doméstico.

El año 1840 quedó solo en Madrid el ex-monje Basilio. Su ama se fué á pasar seis meses á su pueblo. Volvió, y la misma ausencia se repitió pasados cuatro años.

Tornó á Madrid, y desde entonces los amigos de la casa no volvieron á lamentarse de su falta.

Una terrible enfermedad que postró muchos meses en el lecho á D. Antonio, que este era el nombre de nuestro héroe, sirvió á su ama de llaves para ganar su confianza por completo.

Le cuidó tan bien, sufrió sus impertinencias con tanta resignacion, que al levantarse restablecido hizo su testamento poniendo en él el nombre de su ama.

El ama lo fué efectivamente.

D. Antonio encontraba en ella una servidora solícita y de tanta virtud, que nadie podia echarla en cara el mas insignificante acto censurable.

Dª. Francisca era buena, tenia familia pobre, y no pasaba un solo dia que no pensase en sus hermanos y no guardase algo para ellos.

En el pueblo era la Providencia de los infelices.

D. Antonio se complacia en fomentar tan excelentes sentimientos, y nada le faltaba para su completo reposo.

Un dia tuvo el ama una cuestion con la criada, y como todas las amas exclamó :

— Esto es insoportable..... no se halla un buen criado por un ojo de la cara, y en vez de tener con ellos quien sirva, no hace uno mas que pagar enemigos domésticos. Uf! bien hayan los que pueden pasarse sin su ayuda.

— No te acalores, mujer, la dijo D. Antonio : con gritar y enfurecerse no se adelanta nada. Suprime la criada y todo está arreglado.

— Lo que es yo por mi gusto... pero ¿quién abrirá la puerta, quién barrerá la casa, quién encenderá el fuego, si yo tengo entretanto que cuidar á Vd.?

— ¿Porqué no traes á tu sobrino Luis?

— Pues tiene Vd. razon. Escriba Vd. una carta diciendo á mi cuñada que lo envie.

El correo llevó aquella tarde una carta al hermano de Dª. Francisca, y seis dias despues entró en la casa su sobrino.

D. Antonio, que nada tenia que hacer, le enseñó á leer y le inició en el arte de la música; pero el chico, aunque algo despejado, aprovechó muy poco las lecciones, y á los dos años, el 52, volvió otra vez al pueblo.

Pero Dª. Francisca no podia hallarse sola, y se mandó venir á una hermana de Luis que tenia pocos años y que podia ayudar á su tia en los quehaceres de la casa, al mismo tiempo que aprendia á coser, á leer y á escribir.

Llegó la niña, pobremente vestida, hermosa como un ángel, humilde y bondadosa, y al dia siguiente de su llegada comenzó á funcionar.

Habia tanta dulzura, tanta expresion en su fisonomía, era tan obediente que se captó la voluntad de D. Antonio.

Para poner guapa á la niña llevó la tia la abnegacion hasta el punto de achicarla dos de sus trajes mas bonitos.

D. Antonio la comenzó á enseñar el alfabeto, y al mismo tiempo que las letras, las notas musicales.

Dos años despues de su llegada nadie la hubiera conocido.

Leia muy bien y solfeaba á las mil maravillas.

Su letra era tan buena que, con el mismo carác-

ter que la de su maestro, la sobrepujaba en belleza.

Un colegio de niñas, en donde estuvo un año, la enseñó las labores femeninas. Al cumplir doce primaveras se encontró un dia con un piano, y desde entonces, sin desatender los quehaceres domésticos, se consagró con toda su alama á cultivar la música.

Lo que entonces pasó, ella os lo confiará, porque esta niña es la protagonista de esta historia, y algunas de sus cartas que me propongo trascribir os darán cuenta detallada de los primeros años de su vida.

Ya sabeis D. Antonio lo que pensaba de ella, y lo que pensaban con este motivo de D. Antonio los que le conocian.

Cuando Fernando le encontró en el concierto y

supo la existencia de Cecilia, vivian en la calle de Jardines D. Antonio, la tia y la sobrina.

La niña era una jóven : tenia diez y seis años.

Permítanme ahora mis lectores que los lleve á su casa en el momento en que el vecino de Fernando fué á visitarlos para anunciarles el deseo del jóven.

Algunos pormenores que iré apuntando á su tiempo, completarán el pasado de esta familia, en cuyo seno iba á entrar nuestro calumniado amigo para empezar un drama doloroso.

CAPITULO IV.

LO QUE ES EL AMOR PROPIO.

Al dia siguiente del concierto sacro, el vecino de Fernando se encaminó á la calle de Jardines á hacer una visita á D. Antonio.

Daban las doce en el reloj de la puerta del Sol,

cuando la campanilla de la casa movió á Cecilia de su asiento, del que se levantó para ir á abrir la puerta.

El vecino de Fernando la saludó con gran indiferencia y preguntó por D. Antonio.

— Está en su gabinete, dijo Cecilia, pero le avisaré que Vd. ha llegado.

Lo dejó en la sala tarareando un aire de Zarzuela, y á poco entró D. Antonio.

— ¿Tanto bueno por casa? le dijo tendiéndole la mano; ¿á qué se debe su visita?

— Hombre, ¡qué quiere Vd.! pasaba por ahí, y he dicho vamos á ver á D. Antonio.

— Tantas gracias, señor D. Bruno.

Ya sabemos el nombre del vecino de Fernando.

— Hacia ya mucho tiempo que no venia Vd. á casa y estábamos sin verle.

— No puedo yo decir otro tanto; anoche le ví á Vd. en el concierto sacro; por cierto que se hallaba Vd. al lado de uno de mis vecinos, un chico de talento, un periodista.

— ¡Cuánto me alegro, hombre! porque me oiria hablar de la niña, y no habrá echado en saco roto mis palabras.

— No por cierto; hablándole de Vd., me dijo anoche mismo: ¿Pero es verdad que su pupila es tan maravillosa? Yo lo creo, le contesté: no hay una como ella en todo el orbe, y todo se lo debe á D. Antonio.

— Sí, señor, todo, todo... Tantas gracias por el favor. Pues sí, hombre, me alegraria que la oyera un periodista, un conocedor, para que la pusiera

en los periódicos. Todos los saltimbanquis del piano que vienen á Madrid se hacen poner en los diarios elogios tan pomposos que da rabia, y no se hace justicia á los Españoles de mérito. Esto clama al cielo, Sr. D. Bruno.

— Pues ya se ve que sí; y como Vd. quisiera yo le presentaria á mi vecino, que es un muchacho muy honrado, oiria á la chica, y al dia siguiente todo Madrid y toda España sabrian que existia.

— Hombre, no me parece mala idea. Mira, Francisca, mira, dijo D. Antonio dirigiéndose á su ama de llaves, que estaba de planton en el dintel de la puerta de la sala. D. Bruno, añadió, nos va á traer á un periodista para que oiga á Cecilia y hable de su talento en los periódicos. ¿Qué te parece? dí.

— A mí.... yo... ya se ve... eso lo que Vd. quiera, pero los periodistas no son buenos, y luego...

— ¡Bah!... bah! mujer, déjate de aprensiones. Tráigale Vd., D. Bruno, que la muchacha no ha de estar siempre entre cuatro paredes : yo la he enseñado música para que luzca; pues no faltaba mas.

— Entonces bien, mañana si Vd. quiere.

— Eso es, mañana...

— Por la tarde.

— Bien está, por la tarde : se lo diré á Cecilia, y nos dejará bien, no haya cuidado.

— Pues entonces lo dicho, hasta mañana.

— Hasta mañana, y mil gracias por todo. Adios, Dª. Francisca, no refunfuñe Vd., que no sabe el tesoro que tiene en su sobrina. Adios, Cecilia... y pensar que mas tarde ha de venir un pícaro;... pero ¡cómo ha de ser! Adios, adios, señores.

Salió D. Bruno, y D. Antonio reunió á su pupila á su ama.

— Esto, esto es lo que necesitaba yo, exclamó al verse solo en familia. Que te pongan en los periódicos, que sepan los maestros que tú tambien tienes quien te apadrine. Ya verás, ya verás.

— ¿Y qué falta hace eso? murmuró Dª. Francisca. ¿Para qué han de sacar á la vergüenza el nombre de la niña?

— ¿Qué estás diciendo, mujer? ¿y la gloria?

— ¡La gloria!... la gloria!... Dejémonos de tonterías: la gloria es para los santos, y nosotros somos pecadores.

— ¿Pero qué tienen que ver los pecadores con los pianistas? Siempre has de ser así, mujer... ¿cuándo llegará el dia en que te civilices?

— Yo no entiendo de civilizacion, lo que yo sé es que no es conveniente meter en casa jóvenes.

— No te dé eso cuidado... Con que vamos, Cecilia, ¿estás contenta?

— Yo sí, señor.

— ¿Y qué vas á tocar?

— Lo que Vd. quiera.

— Cosas buenas, porque ese jóven las comprende. Si vieras con qué atencion oia el *Stabat Mater!* Nada, nada, es preciso tocar algo de empuje. Se trata de dar una batalla y hay que ganarla.

— ¿Has espumado ya el cocido, niña? dijo el ama de pronto.

— Se me ha olvidado, tia.

— Uf... ¡qué cabeza! Siempre con tanta solfa y

nada de provecho. Vamos, vé á la cocina, barre despues el gabinete y luego á ver si coses. Yo voy á hacer una visita á las palomas.

— Y yo voy á salir al almacen de música, añadió D. Antonio.

Cecilia se dirigió á la cocina, y al espumar el puchero, cruzó por su mente un pensamiento de felicidad; no un pensamiento, una intuicion.

Iba á deber su gloria á un jóven. Su rostro se encendió, y al mirarla su tia, que iba á subir al palomar:

— ¡Vaya unas chicas estas! exclamó, no sirven para nada. No hace un minuto que se ha acercado al fuego y ya tiene el rostro encendido. Quítate, quítate, yo espumaré la olla.

D. Bruno subió á la habitacion de Fernando, le

contó el resultado de su visita, y quedaron de acuerdo para ir al dia siguiente por la tarde á casa de Cecilia.

Nuestros lectores pueden figurarse lo que pensaria aquella noche Fernando, y la impaciencia y el temor que dominaron el alma de la jóven artista.

Al dia siguiente tardó mas en peinarse que de costumbre, limpió muy bien la sala, examinó su traje, concluyó sus quehaceres muy temprano y se puso á tocar.

D. Antonio no habló en todo el dia mas que de la importancia de la prensa periódica.

A las cinco de la tarde sonó por la segunda vez, durante aquel dia, la campanilla de la casa.

La primera vez habia entrado el aguador.

La segunda entraron Fernando y su vecino.

Dª. Francisca se escondió en la alcoba para mirar á los recien llegados por las vidrieras sin ser vista.

D. Antonio y Cecilia los recibieron.

Hé aquí lo que pasó en aquella visita.

CAPITULO V.

LA PRIMERA ENTREVISTA.

¡Qué puros eran sus ojos, qué cándidos sus labios; y cómo los primeros inundaban su alma de claridad, asemejándola al encantador lago de Nemi, que ningun viento enturbia, por su trasparencia y pureza! (*El primer pesar.* LAMARTINE.)

— Tome Vd. asiento, amigo, dijo D. Antonio á Fernando con la mayor cordialidad. En mi casa, todos los que la honran son los dueños, y no per-

mito que sufran la menor molestia. Doy á Vd. muchas gracias, señor D. Bruno , por su amabilidad, y es para mí una gran satisfaccion que me haya Vd. hecho conocer á un jóven tan distinguido como lo es este caballero.

Fernando dió las gracias , buscando al mismo tiempo con los suyos los ojos de Cecilia.

La jóven, temblorosa , no se atrevia á alzar la vista del suelo, y al comtemplarla Fernando le pareció tener delante una de esas vírgenes que soñó Murillo y que solo incompletamente pudo trasladar á sus divinos lienzos.

Cecilia era lo mismo que se la habia figurado.

Esbelta pero no elegante, de facciones delicadas, de color sonrosado, de ojos pequeños pero llenos de luz, de cabellos de ébano con un esmalte hermoso, modestamente vestida con un traje de muselina

rameada y un casavec de seda negra , peinada con sencillez, y sin mas adorno que una sortija de brillantes ; Fernando leyó en sus ojos todo lo que encerraba su alma, y sancionó su amor.

El prólogo de aquella primera entrevista fué como todos.

Se habló del tiempo, se criticó , se hizo la apología del arte musical, y el mismo D. Antonio, impaciente de que Fernando oyera á su pupila, dando un corte á la conversacion :

— Vamos, Cecilia, vamos, dijo dirigiéndose á la jóven, que todavía no habia dejado oir su voz, toca alguna cosita para que te oiga este caballero. Ya ves que es periodista y que hablará de tí en su periódico : á ver cómo te portas.

Fernando sintió en aquel momento que le re-

cordaran los lazos que le ligaban á la tierra : estaba en el empíreo.

Cecilia, con paso vacilante, se dirigió al piano.

D. Antonio impuso silencio á D. Bruno.

Sonó el primer preludio vigoroso, magnífico, deslumbrador.

Fernando escuchó con toda su alma, esperando oir á la de Cecilia en los sonidos del piano.

Hay un nocturno, cuyo autor no recuerdo, que se titula *La Pasion*.

Una melodía delicada, dulcísima, penetrante, un ay! continuo, exhalado sin querer, forman el pensamiento de esta obra, pensamiento que se trasforma y que concluye con unos trinos expresivos de muy difícil ejecucion. si se los interpreta con toda su belleza.

Cecilia eligió este nocturno.

Jamás habia oido Fernando sonidos tan suaves, tan dulces, tan intensos como los de aquel piano herido por los dedos de la jóven.

— Es ella, sí, se dijo: es la misma que habia soñado. Despues de haberla oido, la hablaria como si la conociese de toda la vida.

Cuando concluyó de tocar, D. Antonio la aplaudió con entusiamo. Fernando, que hubiera preferido no decirla nada, tuvo que coordinar algunos elogios que no expresaron ni con mucho el sentimiento de que estaba su alma poseida.

— Con que vamos, amigo, le preguntó D. Antonio, ¿qué le parece á Vd. mi obra?

— Admirable, sublime.

Al oir esto Cecilia se atrevió á alzar los ojos, y

su mirada se encontró por la primera vez con la de Fernando.

Entusiasmado D. Antonio :

— No te levantes del piano , niña, la dijo ; es preciso que toques algo tuyo.

— ¡ Algo suyo ! dijo Fernando.

— Sí tal, una romanza que ha compuesto.

La niña, obediente . la ejecutó , y D. Antonio la interpretó.

La letra, por cierto deplorable , representaba á un trobador que al pié de un castillo se dirigia á su amada.

Fernando oyó con recogimiento este delicado suspiro de amor.

Del piano pasó Cecilia al órgano expresivo.

Su triunfo fué completo.

— Esta muchacha es un cajon de sastre, dijo D. Bruno.

Fernando no oyó esta lamentable comparacion de su vecino, porque estaba absorto con la impresion que habia recibido.

Llegó la hora de que se separaran, y D. Antonio le suplicó que volviese cuando quisiera, porque se alegraria de que fuera un amigo de su casa.

Fernando prometió volver, pero antes de marcharse dejó á Cecilia unos versos en italiano, suplicándola que los pusiera en música.

Al despedirse de ella, estrechó por la primera vez una mano que mas tarde debia estrechar con pasion muchas veces para perderla luego.

Pero no hay que adelantar los sucesos.

Fernando y su vecino salieron de casa de D. Antonio.

D. Antonio y Cecilia quedaron encantados de Fernando.

La última habia leido algunos libros suyos, le habia tambien adivinado y habia pensado en él sin conocerle.

Dª. Francisca fué la única que dijo :

— Hem... parece buen muchacho, pero es muy jóven para venir á casa.

Llegó la noche, y á las ocho, como de costumbre, la familia de la calle de Jardines se recogió.

Fernando, triste por tener que revelar al mundo que existia el tesoro que habia encontrado, pero comprometido por D. Antonio y anhelante de buscar un pretexto para volver á su casa, escribió

algunas líneas elogiando á Cecilia, y las mandó al periódico donde escribia para que aparecieran al dia siguiente.

Tal fué el principio del amor, que al concluirse excitó la curiosidad de los amigos de la condesa de F. y alcanzó para mi jóven protagonista las terribles censuras de aquella sociedad femenina, que, juzgando por las apariencias, calumniaba y vilipendiaba al hombre mas honrado de la tierra.

Trazaremos ahora á grandes rasgos la historia de los primeros instantes de aquel amor nacido por casualidad y fomentado por los acontecimientos.

CAPITULO VI.

UNA CONFIANZA AMISTOSA. — UN NUEVO PERSONAJE. — UN ABANICO CONFIDENTE. — UNA RESOLUCION. — UNA FIESTA DE FAMILIA. — EL 25 DE AGOSTO Y EL 2 DE SETIEMBRE.

Pasaron seis meses, durante los cuales admitido Fernando en casa de Cecilia con el doble motivo de ser amante de la música y de haber hecho figurar en letras de molde el nombre de la niña, logró

captarse enteramente el afecto de D. Antonio é inspirar confianza á su ama de gobierno.

En este tiempo pasaron muchas cosas. No las referiré todas, pero consignaré algunas.

El sentimiento del amor de Fernando se fué desarrollando en su alma. Vivia pensando en Cecilia, se acostumbró á ella de tal manera, que en lo sucesivo pensó para los dos.

D. Antonio, hombre de inteligencia superior, aunque vulgar en sus costumbres, halló en Fernando un jóven muy juicioso, aplicado, de buen sentido, de buen corazon, y su mayor placer era el de pasear con él hablando de Cecilia, discutiendo tesis filosóficas ó refiriéndole episodios de su vida.

Fernando, que descubria en él al protector de Cecilia, que comprendia cuánto cariño la profesaba, que conocia que sin él aquella existencia pri-

vilegiada. aquella alma purísima hubiera permanecido oscurecida y abandonada en una aldea pobre; Fernando, que practicaba la gratitud por instinto, sentia un reconocimiento profunda hácia aquel hombre, le bendecia, le escuchaba con gusto, se doblegaba á sus caprichos y hubiera sacrificado por él su vida.

Ya veis que esta rectitud de principios es muy poco comun en nuestra sociedad.

D. Antonio le confió los secretos de su familia, le dijo lo que saben mis lectores, aunque á hablar francamente hizo alguna omision en su relato.

— Cecilia es pobre, le dijo un dia. Su padre, hermano de mi ama de gobierno, es un triste operario de una aldea. Tiene un hijo sirviendo al rey y además de Cecilia tres hijas pequeñitas. Nosotros la trajimos á Madrid para que nos sirviese y

acompañase á Dª. Francisca: pero su inteligencia, su aplicacion y su virtud la han alcanzado el primer puesto de la casa. Es tan buena, tan dócil, que mientras yo viva no la faltará nada; pero para que se acostumbre á trabajar la he buscado lecciones, y á pesar de ser jóven, una niña, tiene discípulas y gana ya para comprar sus trajes.

Esta confianza y otras muchas que continuamente le hacia D. Antonio aumentaban el amor de Fernando.

Sentia hácia Cecilia un cariño desconocido, nuevo. La amaba, deseaba que fuera suya, pero lo deseaba por librarla de los pesares de la vida, de los martirios que proporciona el mundo, de los dolores que ofrece la sociedad á los que admite en su seno.

Nada mas desinteresado, ni mas noble que su amor.

Cecilia por su parte manifestaba, aunque con timidez, mucho afecto á Fernando. Le complacia en tocar el piano cuando iba á visitarla, siempre le abria la puerta y era la última que le despedia.

Un dia le encontró D. Antonio. Se dirigia hácia su casa y le detuvo.

— ¿Iba Vd. á visitarnos? le preguntó.

— Sí, pero nada importa, le acompañaré á Vd.

— No... no, yo me iré solo. Tengo mas gusto en que vaya Vd. á oir un wals, un nuevo wals que ha compuesto la niña. Agradecida á los elogios que Vd. la ha prodigado, le ha puesto el nombre de Vd.; pero no vaya Vd. á decírselo, porque ella ignora que lo sé. He registrado sus papeles de música, y he visto en uno de ellos este nombre « Fernando. »

— Entonces voy á oirle. Adios, adios.

Se separaron, y Fernando corrió á la calle de Jardines.

Cecilia, á instancias suyas, ejecutó su último wals.

— ¿Cómo le llama Vd.? le preguntó Fernando.

— *Mi primer pensamiento*, respondió Cecilia.

Fernando recordó la confianza de D. Antonio.

— ¿Me amará? se dijo.

En aquel momento la hubiera estrechado contra su corazon.

He olvidado deciros que Cecilia tenia un primo.

Ernesto de Losada era un jóven de veinticuatro años, de pequeña estatura, pálido de color y elegante á su modo. Es decir, muy cuidadoso de su figura y de su vestido.

Hijo de un primo de Dª. Francisca que habitaba en un pueblo, de un hombre honrado si los hay, habia sido enviado por su padre á un colegio de Madrid cuando tenia catorce años, y su tia habia recibido el encargo de suministrarle cuanto necesitara.

De clara inteligencia, pero muy perezoso, habia perdido los mejores años de su vida, y daba lástima ver su disposicion y su crasa ignorancia reunidas.

Desde su llegada á Madrid estaba acostumbrado á visitar á su tia todos los domingos, y con ella y con Cecilia iban á Chambery, al paseo de Atocha, y compraban castañas para amenizar su paseo.

Unos amores violentos le hicieron tomar la determinacion de escaparse de Madrid, Dios sabe á dónde; pero lo supo á tiempo Dª. Francisca y lo envió á poder de su padre.

Al regresar al seno de su familia, entró poco mas ó menos como habia salido de él.

Despues de haber perdido algunos años, se encontró á los veinte sin haber empezado una carrera, y escogió entonces, á ruego de su padre, la del profesorado.

Fué á Cuenca, y allí continuó de nuevo por la senda que habia empezado en Madrid.

Tropezó con un hombre extraordinario, un poeta desconocido, que consumia en un rincon una vida de gloria, que tenia almacenados en su casa doce ó catorce dramas terroríficos, capaces de intimidar al romanticismo y de causar desmayos al mismo Cid, si este buen señor hubiera podido ser espectador de tan feroces elucubraciones.

El poeta encontró en Ernesto un oyente solícito.

— Si tú fueras actor, le dijo un dia, tú *crearias* todos mis personajes.

De esta idea nació otra.

— ¿Porqué no vamos á Madrid? añadió; nos presentamos á un teatro, leo mis dramas, y exijo como una condicion que tú los representes.

La proposicion fué aceptada con entusiasmo, y la pedagogia fué pospuesta á la declamacion.

Un año despues, se encontraron en Madrid el poeta y el intérprete, el primero trinando contra sus numerosos enemigos, contra los envidiosos de su talento que no apreciaban sus obras, el segundo estudiando á duras penas el tercer año.

Para consolarse de sus desengaños, habitaron juntos una casa de huéspedes, y pasaron muchas noches, el poeta leyendo sus espantosos dramas, el pedagogo en ciernes aplaudiéndoselos.

Como era natural, Ernesto los llevó á casa de su tia, y la familia de la calle de Jardines tragó algunas de las terribles escenas del incógnito poeta.

La letra de la primera romanza de Cecilia pertenecia á uno de estos aterradores cuadros.

Pero tan excelentes amigos se separaron.

El poeta quiso hacer una tragedia y se casó. .

Las consecuencias de este acto fué el enfriamiento de sus relaciones con su Talma del porvenir.

Pero el contacto con la poesía habia dado aspiraciones á Ernesto.

Ser maestro de escuela era muy poco.

Su ambicion no se contentaba, y escribió una comedia.

Cuando supo que Fernando García, de quien te-

nia noticia por sus obras, era visita de casa de su tia, deseó conocerle.

Cecilia se lo presentó, y Fernando le tendió una mano amiga.

Le pareció muy bueno, y al saber su pereza, se propuso alentarlo.

Era además de la familia de Cecilia, y lo acogió como un hermano.

Jamás mayor lealtad ni mejor buena fe ha estrechado los lazos amistosos de dos corazones, como sucedió á Ernesto y Fernando.

Este último le abrió su casa, le distinguió, alentó sus deseos algo tardíos de estudiar y ser útil, escuchó cuantas confianzas le hizo con cariño, con interés.

Desde que Cecilia le presentó á su primo, solo durante la noche se separaba de él.

Tanta amistad y tanta confianza motivó un dia la siguiente conversacion :

— Fernando , le dijo Ernesto, tú no eres para mí un buen amigo. Me ocultas un secreto y haces mal.

— ¡Un secreto!

— Sí, uno, y al ver que me lo ocultas me convenzo de que no te inspiro completa confianza.

— No te comprendo, explícate.

— ¿Porqué has querido conocer á Cecilia?

— Porque adoro la música.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

— ¿Lo ves cómo me engañas?

— No por cierto, yo no.

— Tu alma te hace traicion; la agitacion que experimentas en este momento me hace creer que quieres engañarme y no puedes. Sé franco y fia en mí. ¿Tú amas á Cecilia?

— Pues bien, Ernesto, sí; ¿para qué ocultarlo? ¿es acaso algun crímen? La amo porque es un ángel, porque su alma privilegiada me da lástima al ver que empieza á penetrar en un mundo que mata los nobles sentimientos; la amo porque nadie la ha comprendido, y yo soy el único que puede comprenderla; la amo porque es pobre, y amo á sus padres, á sus honrados padres, y quisiera hacerlos los mas felices de la tierra. Pensando en ella me siento mas honrado, la noble ambicion de mi alma se aumenta, me siento capaz de luchar y vencer los mas fuertes obstáculos. Consagrarme á hacer su ventura, ofrecerla mi vida, mi porvenir,

mi dicha, todo, es mi único deseo. Ya ves que te hablo con lealtad. La amo y ansio darla mi nombre, hacerla esposa mia ante Dios y los hombres.

Ernesto estrechó su mano.

— Eres el mejor hombre que conozco, le dijo. Cuenta conmigo para todo.

Fernando amplió su confianza, le expuso sus teorías, en una palabra, le descubrió completamente todos los misterios de su corazon.

¿Quién le habia de decir que aquella noche afilaba el puñal que mas tarde debia herirle de muerte?

Las buenas almas son como la fe, ciegas, y no conocen que casi siempre los que se ofrecen á guiarlas las conducen al abismo.

Ernesto por su parte le confió tambien que

amaba á una mujer desde hacia tres años, que no podia unirse á ella por falta de recursos, pero que por su amor trabajaria y alcanzaria la dicha que anhelaba.

— Viviremos eternamente juntos y seremos los mas dichosos de la tierra.

¡Pobres locos!

Fernando firmó un pacto con Mefistófeles.

Cuanto malo le sucediera debia ser una consecuencia natural de aquel primer paso hácia el infierno.

Cuando se separaron, nuevas protestas de amistad eterna pusieron fin á su conversacion.

Al dia siguiente pasearon juntos.

— ¿Podré esperar que me ame? preguntó Fernando al primo de Cecilia.

— Voy á darte una buena noticia, dijo este : te aseguro que sí.

— ¿Has hablado con ella?

— No , pero he visto algo que me ha dado á creer lo que te digo.

Por de pronto no tiene confianza en mí, y como siempre la ha tenido y ahora me oculta sus sentimientos , esto quiere decir que la preocupa algo que no se atreve á revelarse ni á sí misma, y este algo es el amor que te profesa.

— Cuando las mujeres aman de veras, solo confian su amor al objeto dichoso que lo inspira.

— ¿Me auguras tanto bien?

— No te lo auguro, te lo aseguro.

— Pero, cómo puedes...

— Cuando esta noche vayas á su casa, procura apoderarte del abanico suyo. Llévatelo á tu casa, examínale detenidamente, y luego me dirás si me equivoco.

— ¿Su abanico?

— Sí, él te probará la exactitud de mis palabras.

Fernando obedeció la órden. Por la noche la pidió el abanico, y simulando distraerse, lo guardó en su bolsillo.

Corrió á su casa, se encerró en su cuarto y lo examinó.

En todas las varillas habia enlazadas una C y una F. En el país, todo con lápiz, estaba escrito muchas veces el nombre de Fernando, y en un extremo se leia esta frase:

Te amaré eternamente.

Fernando besó con entusiasmo aquella prenda delatora de su mas deseada felicidad.

Al dia siguiente, Ernesto fué á su casa.

— ¿Me equivoqué? le dijo.

— ¡Oh! no, pero no puedo creer tanta ventura.

— Su alma no puede contener la emocion y se desahoga escribiendo tu nombre. Es una niña.

— Es un ángel.

— Ahora es preciso que no sepa que has descubierto su secreto. El rubor la asustaria de tal modo, que aunque muriese amándote no podrias hacer que te confiase su cariño.

— Tienes razon, ¿y cómo hacer?

— Yo me encargo de todo. Se lo devolveré, diciéndola que anoche al salir de su casa me lo diste.

que yo tan solo he visto las iniciales que ha trazado su mano. Con este motivo sondearé su alma. No hay que perder el tiempo. Luego volveré á verte, y todo lo que sepa te lo confiaré.

¿Porqué Fernando confiaba en Ernesto?

¡Ah! el amor es solo patrimonio de dos almas. Una tercera lo mata.

Pero el hombre enamorado, por mas que conozca el corazon humano, es un niño; ve la hermosura de la llama, corre á ella queriendo poseerla y perece al tocarla.

Cuando Ernesto manifestó á Cecilia que habia sorprendido su secreto, esta calló.

No hubiera sabido decirle lo que sentia.

Pocos dias despues de este suceso, se reunieron

una tarde en casa de D. Antonio Fernando, Ernesto y su prometida.

Fernando la ofreció una amistad igual á la que profesaba á Ernesto.

La familia de D. Antonio celebró una fiesta, los cumpleaños del dueño de la casa.

Hubo concierto, y Cecilia, que habia interpretado con su lenguaje favorito la poesía italiana de Fernando, ofreció á su tutor una balada,

Se titulaba la *Gratitud*.

Fernando la habia escrito, y Cecilia la habia puesto en música.

En un momento favorable aprovechó Fernando la ocasion de decir á Cecilia estas palabras :

— Mi alma encierra un secreto; ¿me autoriza Vd. para confiárselo?

Cecilia, temblorosa, no le contestó ; pero con una mirada le dijo :

— Saberle es lo que mas anhela mi corazon.

Cuando se despidieron, Fernando apretó su mano.

Aquella noche se decidió á confiarle el sentimiento que le absorbia. ¿Pero cómo?

De buena gana hubiera comenzado por revelar su secreto á D. Antonio, mas ¿cómo soportar una negativa, cómo exponerse á que se cerraran para él las puertas de la mansion dichosa que guardaba su único bien?

Al dia siguiente la escribió, y doblando la carta se la dió al estrechar su mano sin que nadie se apercibiera.

« Despues de haber vivido mucho en poco tiempo, la decia, he comprendido que la verdadera, la única felicidad que puede hallar en el mundo mi alma es la de consagrarse á hacer la dicha digna de todos los sacrificios que yo pueda arrostrar por ella. La vida está llena de escollos, de peligros: las lágrimas abundan, los pesares nos amenazan á todas horas. Una mujer que se halla al despertar para la vida del sentimiento cerca de un hombre que la adora, que se mira en sus ojos, que no vive mas que para ella, que la defiende de todos los dolores de una existencia solitaria, debe amarle muchísimo, debe pagarle sus desvelos, y esto es lo que yo ansio. La vida de dos almas unidas por un solo pensamiento, animadas por un mismo deseo, consagradas á un solo fin, es la ventura mas grande que comprendo. Yo la amo á Vd., Cecilia, yo la amo á Vd. con todo mi corazon, y deseo que unidos para siempre realicemos este lazo que es quizá por lo único que aun conservo ilusiones. Vd.

posee un alma privilegiada, Vd. tiene sentimientos que no todos pueden comprender ; yo los adivino y una idea dominante nos une : esta idea es el arte. Los dos hemos soñado y aspiramos á realizar lo que otros no han podido imaginar : juntos siempre y unidos por un inmenso amor, podemos encontrar en nosotros un mutuo consuelo, gozar á un mismo tiempo, llegar á todas partes con nuestra imaginacion, hallar en todas las situaciones una esperanza, una dicha desconocida para casi todos. Nuestras almas se comprenden, y yo sé que ninguna otra mujer puede hacerme tan feliz como Vd. No es una pasion, no es un capricho lo que Vd. me inspira, es ese amor que enaltece y satisface, es ese amor tranquilo y eterno que crea la familia con todos sus goces, que hace un cielo del mundo. Como pienso con honradez, una palabra de Vd. bastará para que confie á sus parientes el sentimiento de mi alma. Se trata de nuestro porvenir, Cecilia, de mi felicidad ; acaso de la de los dos, y

esto merece mucha lealtad, mucha meditacion, mucha sinceridad.

« Dios ha de ser testigo de nuestras confesiones : que no tengamos nunca que arrepentirnos de habernos hecho infelices por falta de resolucion ó sobra de debilidad ! »

El lenguaje de esta carta conmovió el alma de Cecilia, pero su embarazo fué inmenso. ¿Cómo responder desairándole si le amaba, y cómo confesarle su amor creyendo, como creia, hallar oposicion en sus parientes ?

Por de pronto se contentó con trazar en la misma carta esta fecha :

« *Veinticinco de agosto por la noche.* »

Pasaron cuatro dias. Si Dª. Francisca hubiera sido observadora, hubiera descubierto en su so-

brina los síntomas del primer amor. Sus ojos, rodeados de esos círculos morados que revelan noches de insomnio y su continua meditacion, la hubieran delatado.

Pero su tia se contentaba con decirla:

— Niña, pareces tonta. Mírela Vd., mírela Vd..., ¿te vas á volver lela?

Fernando volvió á escribirla; su segunda carta encerraba esta frase:

« El temor puede hacernos desgraciados. Ánimo, Cecilia. Hágame Vd. saber su resolucion por el mismo conducto que ha recibido Vd. mis cartas. »

Seis dias despues, al despedirse Fernando de

Cecilia, al estrechar su mano latió su corazon con violencia.

La jóven, menos tímida, habia deslizado en su mano un papel.

Fernando corrió á su casa y lo leyó.

Hé aquí lo que decia.

« Fernando, he creido en todo lo que Vd. me ha dicho : mi corazon acepta con agradecimiento el cariño que Vd. le ofrece. Que sea eterno es mi único deseo. »

Fernando, ebrio de gozo, se prometió hacer la felicidad de Cecilia y escribió como ella, en su primera carta, esta fecha que no ha olvidado, que no olvidará nunca :

« *Dos de setiembre.* »

Jamás el papel ha revelado á dos almas mas nobles y mas puras sus mutuos sentimientos.

Para Fernando y para Cecilia se abrió una nueva era.

Los seguiremos paso á paso.

CAPITULO VII.

EL AMOR Y SU INFLUENCIA. — UN PASEO Á CHAMBERY. — UNA FLOR PREDESTINADA. — TRAICIONES PERDONABLES. — HOJAS DE UN LIBRO. — EL PRIMER JURAMENTO.

Arquimedes fué un sabio.

Como siempre he tenido poca aficion á las matemáticas, sé de él tanto quizá como la mayor parte de mis lectores.

Un dia que se levantó de buen humor, exclamó en un arranque de amor propio :

— Si yo encontrase una palanca capaz de remover al mundo, yo solo bastaria á removerle.

Esto me recuerda un célebre verso de Espronceda :

Yo con erudicion cuánto sabrio !

dice el poeta : pero esto no es del caso.

Hablaba de Arquimedes y de su palanca. Con efecto, el pobre sabio no la encontró, y fué porque la buscaba con la cabeza y no con el corazon.

Si me sobrase tiempo, probaria aquí que la mujer es lo que no halló Arquimedes y lo que se proponia buscar.

Ella es al menos la única palanca que conozco capaz de trastornar el mundo.

Pasando ahora de la historia á la fisiología, no diré, como unos, que la mujer es un enigma y por consiguiente una ciencia abstracta, ó, como otros suponen, una necesidad de la vida ó un oficio; diré tan solo que la mujer es un sentimiento.

El hombre de corazon llega á una época en la que, si no tiene una mujer á quien amar, se siente como mutilado.

Un hombre sin mujer me parece un ser incompleto: la mujer es el complemento del hombre.

Si esto es así, la influencia de la primera sobre el segundo es inmensa, y como yo profeso la teoría que acabo de sentar, creo que mis lectores me juzgarán dentro de mi derecho al proclamar como un axioma que el porvenir de los hombres depende de las mujeres con las que los asocia el mundo.

Ellas empiezan por formar su carácter. Cuando

salimos del lado de nuestras madres, á ellas debemos nuestro corazon.

En nuestra adolescencia, unas se apoderan de la obra de las otras.

Una mujer nos hace el corazon, y otra nos lo deshace... casi siempre.

Esto pasó á Fernando... pero ya he dicho que no quiero trastornar el órden de los sucesos.

Fernando y Cecilia se adoradan. Si les hubiérais preguntado:

— Hemos nacido el uno para el otro, os hubieran respondido.

Fernando, que antes de ir al concierto del teatro de la Zarzuela se habia propuesto en vista de anteriores desengaños no volver á consagrarse al amor de una mujer que no le diera de antemano pruebas

evidentes de una adoracion sin límites; Fernando, que no pudiendo vivir sin una esperanza, sin un deseo, sin un pretexto, habia dejado la sociedad de las Musas para empeñar su inteligencia en las luchas políticas, proponiéndose allá en lo mas recóndito de su alma llegar á ser ministro ó cuando menos diputado; Fernando, que ya llevaba algunos años de penosa experiencia, al hallar á una jóven en el albor de su vida, á una niña sin mas trato que el de su tia y el de su protector, sin saber nada mas que tocar el piano, sin haber pesado el valor de sus lágrimas, sin haberse atrevido nunca á abrigar un deseo, vírgen de amor y de intrigas sociales; Fernando, como digo, al hallar esta alma sin formar, olvidó sus propósitos, encontró mas dulce la voz de ángel purísimo que la del director de su periódico, que le ofrecia para inspirarle ánimo una cartera ó cuando menos un banco en el Congreso, renunció á su proyecto de no amar á ninguna mujer sin sacrificios previos de su parte;

tratando de egoista este sistema juzgó que era ilusion calcular con el alma, y sin conocerlo, por huir de un escollo, como siempre sucede, cayó en otro, porque se dijo con orgullo :

— Yo educaré ese corazon, lo vaciaré en el mio, y mi ventura será inmensa.

La imaginacion es un Mefistófeles eterno.

Algunos la han llamado la *loca de la casa,* y á decir la verdad, la han tratado con demasiada bondad.

Al coger en sus manos la pluma del escritor político, soñó Fernando en la importancia que alcanzaria.

— Regir un dia los destinos de mi nacion, se dijo, esto es noble, es glorioso.

Y despues de satisfacer su alma con esta exclamacion, en alas de su ardiente fantasía recorrió todas las situaciones de un hombre de Estado, en candelero, como suele decirse.

Coches, caballos, visitas de los embajadores, condecoraciones de todos los monarcas, proteccion que dispensar, salones lujosos abiertos para él, solemnidades en su loor, todo esto le embriagaba.

Pero al ver á Cecilia, al amarla, al saber que sus padres eran pobres, que las aspiraciones de la niña eran modestas como ella, trató de sueños vanos é ilusorios á sus aristocráticos pensamientos, y se lanzó á buscar con su imaginacion casitas blancas ocultas entre árboles, arroyuelos murmuradores, crepúsculos melancólicos, sonidos de campana de ermitas solitarias, paseos silenciosos, viajes sosegados, y, para no cansar á mis lectores, todos esos mil cuadros de una felicidad tranquila

que yo no dudo que pueda realizarse, pero que creo que nadie ha realizado.

Este cambio de ideas fué obra de un segundo, y una mujer su móvil.

Descuidó la política, y en vez de leer á Thiers, á Girardin, á Proudhon y á Cousin, leyó los libros de Federico Bremer, los perfumados cuentos de Antonio Trueba, y acostumbrado como estaba á frecuentar las reuniones del gran mundo, cesó de pronto de ir á todas partes, y no sabia ir mas que á la calle de Jardines, y toda su alma estaba llena con el amor de Cecilia.

Esta metamórfosis era debida á la influencia de su pasion.

Ya veis como al decir que el porvenir de los hombres depende de las mujeres á las que les asocia el mundo, no hemos sentado un principio sobre

el aire, sino sobre un hecho que á todas horas se repite.

Conociendo ya la nueva actitud de Fernando, preciso es trasladaros de la teoría á la práctica, de la filosofía á la historia.

Dos dias despues de recibir la epístola motivo de su felicidad fué domingo, y Fernando propuso un paseo á Cecilia y á su tia.

Dª. Francisca y su sobrina lo aceptaron.

La proposicion fué hecha por la mañana, y Fernando quedó en volver á buscarlas á las tres de la tarde.

Nada mas puntual que un amante.

A las tres y cuarto se hallaban en la calle de la Montera, camino de la puerta de Bilbao.

Fernando daba el brazo á Dª. Francisca.

Cecilia iba delante.

Dª. Francisca estaba en sus glorias. Ir del brazo de un jóven y de un jóven tan distinguido como Fernando, la enorgulleció hasta el punto de hacerla atreverse á contar á su caballero la historia de sus primeros amores.

¡Con qué entusiasmo la escuchaba Fernando!

Dª. Francisca no habia tenido mas que un novio, y eso habia sido á los veinte años.

Estaba muy tranquila en su aldea, cuando el dia menos pensado se encontraron sus ojos con los de un jóven de Madrid.

Un jóven de Madrid en una aldea es un semidios.

Dª. Francisca, que por instinto adivinaba su

porvenir, encontró que el mancebo sabia andar con gracia, que le caia bien la levita, y aquella noche antes de acostarse pensó ¡pensó! que el dia habia sido mas fecundo en emociones que los que habia vivido anteriormente.

No sé lo que pasó, pero lo cierto es que un mes despues se vió en la precision de decir al jóven de Madrid esta típica frase:

— Sí, por supuesto, para que yo lo crea todos dicen Vds. lo mismo, que se mueren por una y luego se apean por la cola.

Confieso que semejante respuesta es capaz de enfriar un amor de cuarenta sobre cero, pero el enamorado de Dª. Francisca, que sabia mucho de mundo, dijo para su coleto despues de oirla:

— La pobrecita se muere por mí: ánimo.

La cosa fué adelante y los novios pensaron en casarse, pero la familia de Dª. Francisca se opuso, y ella, que era obediente como una malva, plantó al doncel, que estuvo á punto de tirarse al Tajuña, pero que al fin no se tiró, y para consolarse de sus penas se dedicó exclusivamente á cultivar palomas, es decir, á cuidarlas, quedando en ella tan arraigada esta pasion que, segun dijo á Fernando como complemento de su confianza, tenia en su casa palomar y nunca estaba mejor que cuando se hallaba en él.

El amante correspondido de Cecilia, que tuvo ocasion de adivinar lo que Dª. Francisca pensaria de su amor á su sobrina, si llegaba á apercibirse de él, por la franqueza con que esta buena señora manifestó sus teorías contra los que se unian jóvenes, sin fortuna y sobre todo sin experiencia, procuró alejar su imaginacion de la verdad, y fingiendo pagarla confianza por confianza, la habló

muy mal del matrimonio, se lo pintó con todos sus horrores, la dió á entender que habia recibido desengaños, y concluyó su narracion con esta frase :

— La que me atrape á mí ya ha de ser lista.

En esto llegaron á Chambery , la tia muy contenta y profesando mucho aprecio á Fernando , la sobrina sintiendo no poder participar de la conversacion de su amante, y el jóven entusiasmado al hallarse en el campo , lejos de Madrid , en un delicioso retiro al lado de la mujer que tantas promesas de felicidad le hacia con sus furtivas y candorosas miradas.

Hay seres que todo lo poetizan.

Los que conozcan á Chambery me darán la razon desde luego ; pero á los que nunca hayan estado en este pueblecito irregular y árido de los alrededores de Madrid, diré que nada hay mas prosáico, ni

mas vulgar, ni mas triste que aquel conjunto de calles y de casas, formando vecindad con tres ó cuatro cementerios, que aquel paraje donde hay muy pocas quintas, donde pueden contarse los árboles, donde algunas fábricas corrompen el aire que se respira, y á donde acuden los dias de fiesta por la tarde los soldados, las niñeras, las criadas, los picapedreros, las pasiegas y las gentes que, como Dª. Francisca, no se atreven á frecuentar paseos concurridos, porque conocen que en ellos están fuera de su terreno.

Sin embargo Fernando, que anteriormente pensaba lo que yo de Chambery, al verlo al lado de Cecilia lo encontró delicioso.

— Vivir aquí lejos del ruido de la corte, sin ver mas que personas queridas y flores matizadas, ¿no es verdad, Cecilia, que eso seria vivir?

— ¡Oh! yo lo creo, exclamó la jóven.

— Si hubiera una casita desalquilada, añadió Fernando, la tomaria para pasar aquí el otoño y parte del invierno.

Al decir esto, se hallaron frente á frente de una puerta en la que una tablilla tenia el siguiente rótulo :

« Se alquila un cuarto amueblado. El tabernero tiene las llaves. »

— Mire Vd. aquí una, dijo Cecilia de pronto, y al mismo tiempo dirigió una mirada á Fernando como diciéndole :

— Vente á vivir aquí y espérame.

— ¿Porqué no subimos á verla? dijo Dª. Francisca ; con ver nada se pierde.

Fernando pidió las llaves al tabernero, y los tres penetraron en la casa.

El edificio estaba aislado, y su aspecto era sencillo pero muy elegante.

Constaba de un solo piso. La fachada tenia dos balcones y dos puertas, una servia de entrada, otra era la de la tienda del tabernero, en cuyo frontispicio se leia: « Café manchego. »

Una escalera compuesta de dos tramos conducia á la puerta del piso principal.

Un gabinete primorosamente adornado, con una sillería de muselina azul, colgaduras de lo mismo, un piano, un escritorio y un estante para libros, una alcoba, un corredor con una puerta de cristales que abria paso á un jardin muy pequeño, otra alcoba y una cocina completaban todas las habitaciones de la casa.

Cecilia la encontró encantadora, y en vista de esto Fernando se decidió á habitarla.

Se detuvieron en el gabinete, y Cecilia hizo resonar los acordes del piano.

Entretanto Fernando fué á enterarse de quién era el dueño de la casa.

— Yo soy el amo, dijo el tabernero.

En otra ocasion se hubiera admirado el jóven de que un especulador en vino fuese dueño de una casa tan bonita, mientras que él, que podia comprender todos los atractivos de aquel retiro, que tenia talento y reputacion, no habia podido nunca reunir lo suficiente para comprarla; pero entonces estaba ciego, trató del alquiler y desde luego se instaló en su nuevo é inesperado domicilio.

Cecilia estaba entusiasmada al hallarse como por encanto en casa de Fernando, y si la hubiérais preguntado lo que pensaba de aquel acontecimiento, os hubiera dicho :

— Esto es providencial!

Como era natural, bajaron al jardin.

Constaba de seis varas en cuadro y estaba dividido por dos calles que formaban una cruz. En cada uno de los cuadritos habia sembradas toda clase de flores, pero todas estaban muy mustias. Solo en uno de los extremos del jardin se hallaba en toda su lozanía una mata de pensamientos, pero entre todas las flores de esta mata, que formaban un hermoso ramo, habia una preciosa. De sus cinco hojas dos eran azules, dos moradas y la última de un amarillo muy oscuro.

— ¡Qué hermoso es ese pensamiento! exclamó Cecilia.

— Tómele Vd., dijo Fernando incorporándose para cogerle.

— No, no, por Dios; déjelo Vd. ahí: en mis manos moriria muy pronto, en la mata vivirá muchos dias. Separarle del tallo seria hacerle daño.

— Tiene Vd. razon, Cecilia, añadió Fernando. El pez debe estar en el agua, el pájaro en el aire, las flores en los jardines. Lo conservaré aquí, Cecilia pensó.

— ¡Ojalá dure tanto como mi amor á tí!

Pero se guardó de decirlo; ¿quién sabe porqué? quizá porque un presentimiento oculto... pero no quiero adelantarme á los acontecimientos.

Cecilia y Fernando cambiaron una mirada confidencial.

— ¡Qué tontería sembrar flores! dijo Dª. Francisca. ¿Cuánto mas valdria emplear esta tierra en sembrar coles, nabos, zanahorias, etc.?... El lujo... el lujo...

Lo que sufrió Cecilia al oir á su tia, lo comprenderéis por lo que habréis sufrido cuando vuestros padres delante de vuestro novio han dicho alguna tontería ó por lo menos algo que os lo haya parecido.

La tarde se echó encima, y los amantes y su tia tuvieron que abandonar la nueva residencia de Fernando para volver á Madrid.

Dª. Francisca entró en su casa muy contenta, y Cecilia no se hubiera cambiado por una reina.

Cuando llegaron encontraron á D. Antonio algo indispuesto.

Al ver que se hacia tarde y que su ama de gobierno no llegaba, se metió en la cocina, se puso á encender lumbre y el humo le habia casi asfixiado.

Estaba de mal humor, y Fernando creyó lo mas oportuno alejarse.

Al despedirse, como siempre, depositó Cecilia en su mano un papelito doblado.

Fernando habia hecho la misma operacion al entrar.

He referido tan detalladamente los episodios anteriores, porque aunque parecen insignificantes, son de mucho interés para la historia que voy trazando.

Consérvenlos en la memoria mis lectores, y no se olviden sobre todo del hermoso pensamiento que, segun dijo el dueño de la nueva casa de Fernando, habia aparecido en el jardin el dia 2 de setiembre.

Mi jóven protagonista ganaba cada dia mas terreno en el afecto de la familia de D. Antonio.

Dª. Francisca estaba entusiasmada con él, porque segun decia le habia comprendido y era moro de paz, y porque Fernando la preguntaba todos los dias por las palomas, y esto era en su concepto tener mucha política.

D. Antonio encontraba en él un chico muy juicioso y de mucho provecho, porque le escuchaba con mucha atencion, le daba la razon en todo, era de su partido, admiraba sus opiniones musicales.

Un dia se atrevió á decir hablando de Cecilia:

— Si alguna vez quisiera esta casarse, preferiria para ella á un hombre rico un hombre laborioso. El rico, acostumbrado á gastar, es lo mismo que el pobre acostumbrado á trabajar y á vivir modestamente.

Estas teorías fueron escuchadas con religioso si-

lencio y guardadas para siempre en lo mas íntimo de su corazon por los dos jóvenes.

— Si alguna vez se opone á nuestro amor, se dijo Cecilia, yo le argumentaré con sus mismas razones.

— Si alguna vez al pedirla me la niegan, alegaré para obtenerla las teorías que acaba de sentar, se dijo Fernando.

Pero ninguno de los dos se atrevió á despegar los labios para no delatarse.

Las cosas continuaban así.

Fernando iba por las noches á casa de D. Antonio.

Cecilia tocaba el piano y su protector la aplaudia.

Dª. Francisca en tanto hacia calceta, y cuando no, se iba á la cocina á preparar el fuego para calentar la cena que ya habia hecho por la mañana.

Un dia recibió Fernando una carta de Cecilia, por supuesto por el mismo conducto de siempre.

En ella le decia :

« Hoy he pasado un dia muy triste por haber escuchado, sin ser vista, una conversacion de mi tia y D. Antonio. Hablaban de mi primo Ernesto y de su novia, diciendo del primero que era un hombre sin carrera y que por tanto hacia perder el tiempo á la segunda. Luego hablaron de mí, dando á entender que si viniese á pedirme un hombre como Ernesto, le cerrarian la puerta, porque tan solo trataria de explotarme despues de ser mi esposo. Por lo que ellos dijeron, hoy en el dia está muy puesto en uso que los hombres se unan á

las mujeres para tener con ellas quien les dé de comer y quien les satisfaga sus caprichos.

— » Si la niña toma estado, añadieron, será con uno que tenga renta segura, porque lo demás es vivir en el aire. Todo esto estuvieron diciendo, y yo temblando sin saber porqué, hasta que por fin se ocuparon de tí. Como se creian solos, D. Antonio se expresó con franqueza...

— » Lo que es Fernando, dijo, viene todos los dias por la niña. Le he sorprendido muchas veces mirándola, y luego ese entusiasmo con que la escucha... ¡Oh! yo no me equivoco, tengo un ojo muy perspicaz.

— » Le aseguro que no, repuso mi tia: le he sonsacado y nada, no piensa en amoríos ni noviajos.

— » No hay que fiarse, añadió D. Antonio; los

literatos son muy ladinos, pero sea como sea, lo cierto es que yo sentiria mucho que cualquiera se acercase á la niña con pretensiones de marido.

» Todo esto pude oir, mi querido Fernando, y ya comprenderás que mi familia sospecha algo. Mas tarde salí á dar un paseo con D. Antonio, y por el camino me habló mucho de tí, sin duda para sonsacarme. Me dijo que tenias muchas ilusiones y trató de rebajar tu valor á mis ojos; pero como yo estaba prevenida, le dí á entender que me eras indiferente, y se quedó satisfecho. Los seguiré espiando y te diré todo lo que hablen, pero aunque te presenten á mis ojos como quieran, solo conseguirán que te ame cada dia mas. »

Este era el contenido de la carta, que, á decir verdad, sumió en un grande abatimiento al entusiasta amante.

¡Lo que es el amor!

D. Antonio y Dª. Francisca habian arrancado á Cecilia de una miserable aldea, la habian vestido y alimentado, le habian dado una educacion esmerada, la querian mas que á una hija, y un primer venido, un hombre que pudo apoderarse de su corazon, logró convertirla en una espía de sus protectores, en un enemigo doméstico.

Pero esta ingratitud era perdonable: los dos obraban con lealtad, y el amor les hacia preferirse mutuamente á todos los demás seres que los rodeaban.

Sin que lo comprendieran, su amor se convirtió en un espionaje, pero entretanto él continuaba visitándola y ella escribiéndole.

Algunos párrafos de sus cartas, hojas sueltas del libro íntimo de sus amores, me servirán aquí

para que mis lectores puedan estudiar en ellos, comparándolos con los sucesos posteriores que á su tiempo referiré, lo que es el corazon humano y lo que puede esperarse de él, que, aunque incompletamente, es lo que me propongo revelar al trazar estas páginas.

. . . . . .

. . . . . .

« Ya nos hemos unido de tal manera, le decia Cecilia, que no podremos desunirnos jamás. Nuestras dos almas no son mas que una sola. . . .

. . . . . .

Tú no piensas como los demás hombres, y esto me tranquiliza. Eres bueno y harás que yo lo sea. Mira, anoche al acostarme pensé en tu madre y recé por ella. . . . . .

. . . . . .

Ayer hizo un mes que me confiaste tu amor, y tal

dia como hoy estaba yo sin saber qué hacer. Deseaba dar cuenta á mi familia, y por otra parte no me atrevia. Al fin me decidí á guardar el secreto y á contestarte, pero cuando llegó el momento de entregarte mi carta, tuve miedo sin saber porqué. Despues ya sabes lo que pasó. ¡Cuánto hemos vivido desde entonces! A mí me parece que hace muchísimo tiempo que te conozco, tan grande es el cariño que me inspiras. . . . . .

. . . . . .

Acepto gustosa tus sacrificios, aunque no los merezco. Soy una pobre, y todo el bien que me hacen despierta en mi alma la mas profunda gratitud. .

. . . . . .

Ayer me juraste ser mio para toda la vida, y no pude menos de llorar de alegría... Fernando mio, no he jurado nunca, pero mira, te juro ser siempre tuya y consagrarme enteramente á hacerte el mas dichoso de los hombres... »

Despues de esta formal promesa, la union de

aquellas dos almas estaba sancionada. Poco podian importarles los obstáculos : tenian valor para vencerlos.

Dios recogió aquel primer juramento.

La flor predestinada del jardin de Fernando, aquel hermoso pensamiento de que os he hablado mas arriba, se presentó mas bello que nunca á los ojos del amante el dia en que recibió aquella santa promesa de Cecilia.

Dos dias despues sorprendió la jóven á su tia observándola por la cerradura de la puerta de su cuarto.

Sospechaba que recibia cartas y quiso cerciorarse.

Por fortuna no sacó nada en limpio, y Cecilia procuró desde entonces ser mas cauta que lo habia sido.

El amor de los dos jóvenes parecia estar protegido por un ángel.

Veamos lo que acordó Fernando al creerse ya desde luego que su union con Cecilia seria eterna, y que no tardaria en cambiar el título de amante por el de esposo.

Estudiemos tambien algunas fases de su amor, antes de llegar al desenlace del drama.

CAPITULO VIII.

LO QUE PIENSA UN HOMBRE DE BIEN. — HOJAS DEL MISMO LIBRO. — ESTUDIOS DEL CORAZON HUMANO. — UNA TEORÍA SOBRE LAS OCULTACIONES. — ESPERANZAS Y PROYECTOS.

El trabajo mas grato es el que se hace por el amor.
No hay mayor egoismo que aquel que exige sacrificios de la gratitud.
(GOETHE.)

Fernando era un hombre honrado, y como tal, una vez empeñada su palabra, una vez convencido de que su amor á Cecilia seria eterno, y conociendo

que en el amor llega un dia de prosa en el que es preciso formar un presupuesto de gastos para la reparacion y entretenimiento, como suele decirse, de las urnas que encierran el fuego del amor, vulgo cuerpos, y si es preciso que me explique mejor, vulgo estómagos; como no ignoraba todo esto, y conocia que su posicion no le permitia asegurar á su amada lo que toda mujer espera si no exige de su marido, pensó como debia pensar, y decidió consagrarse con mas asiduidad que nunca al trabajo, porque con él tan solo podria hallar lo que necesitaba para echar los cimientos de su felicidad.

Abandonando las tareas del periodismo, lucha tenaz que no podia amalgamar con la lucha amorosa de su corazon, se consagró á escribir algunos de esos libros en que los poetas, estudiando á la sociedad, la dan lecciones descubriéndola sus dolores.

Abd-el-Kader, ¿quién lo diria? el poético emir ha comparado á los que traen al mundo el modo de enseñar y guiar á los demás con las bujías, que alumbran consumiéndose, y ha tenido razon.

Con su imaginacion oriental ha comprendido mejor que nadie la abnegacion de los que legan á la humanidad para enseñarla la experiencia adquirida á costa de tormentos.

Pero volviendo á mi protagonista, diré que se resolvió á amasar en poco tiempo una fortuna regular.

No tenia ambicion de dinero : todo lo que ambicionaba era hacer venturosa á Cecilia ; pero como no queria que nada la faltase y sabia que no todo lo proporcionaba el amor, se decidió á luchar con la suerte animado por sus nobles deseos, por su purísima pasion.

Cecilia le animaba.

Por mas que nuestros lectores hallen algo difusa la coleccion de los fragmentos de las cartas de la amante de Fernando, que por tenerlas en mi poder me voy á permitir trascribir á continuacion ; por mas que, como todas las epístolas que solo sirven de comunicacion á dos corazones apasionados, carezcan de interés para el público, las trascribo, porque como me propongo hacer el retrato de una mujer, y *el estilo es el hombre*, segun ha dicho un célebre filósofo, quiero que mis lectores la conozcan por sus escritos.

Hasta ahora no hacemos mas que apuntar sucesos con el fin de que sirvan de preludio á mi historia y al fin moral que me propongo desarrollar en ella.

Ya sabemos que á pesar de la conversacion de

D. Antonio y de su ama de llaves, el amor de Fernando y de Cecilia no habia sufrido interrupcion. Tambien sabemos que el jóven estaba decidido á trabajar para ser digno del amor de Cecilia en la vida social.

Sigamos paso á paso la crónica de su existencia amorosa.

. . . . . .

Hé aquí cómo se explicaba la niña :

« No tengas cuidado, que aunque me espien nada podrán sacar de mí. Tú dices que se portan mal conmigo. ¡Cómo ha de ser! les debo tanto, que no me atrevo á censurar sus actos. Voy á satisfacer uno de tus deseos. Me aconsejas que piense para qué me han sacado de mi aldea y me han traido aquí. ¡Ah! Fernando, lo he pensado muchas veces. Mi tia me trajo para que la sirviese y al mismo

tiempo para aliviar á mi familia. Es tan pobre, que apenas podia sostenernos. Al poco tiempo de mi llegada comenzó en casa una lucha tenaz. D. Antonio queria educarme, enseñarme á escribir y á leer, iniciarme en los secretos de la música; mi tia, por el contrario, se oponia á todo esto, diciendo que era criarme para señorita, y que solo debia aprender los quehaceres domésticos. Yo era la víctima, porque á un mismo tiempo tenia que emplear mi inteligencia en el estudio para complacer á D. Antonio, y mis fuerzas para dar gusto á mi tia.

» Pasaron de este modo algunos años.

» Un dia... ¡nunca lo olvidaré!... un dia, sin que nada me hubieran dicho, ví entrar por las puertas de casa un piano. Mi alegría fué inmensa. Yo era muy niña, no sabia lo que era la amistad, ignoraba cuán necesaria era para vivir; pero al ver á mi lado aquel instrumento que al tocarle hablaba, ó al

menos yo comprendia su lenguaje, al verle allí para siempre, comencé á mirarle como á un amigo y me prometí confiarle todos mis secretos y preguntarle todos los suyos.

» D. Antonio se sonreia al verme junto al piano, extática, absorta, sin saber lo que me pasaba. Temia y deseaba poner mis dedos en el teclado.

» En cambio mi tia, con un rostro ceñudo, con los síntomas de un terrible mal humor, anunciaba una tormenta que no tardó en estallar.

» D. Antonio la trató de mala manera ; ella dijo que yo tenia la culpa de todos sus disgustos, y, sin saber porqué, yo me puse á llorar y me encerré en mi cuarto.

» ¡Que nunca ha de ser completa una alegría !

» Desde que el piano entró en casa, la lucha entre

mi tia y D. Antonio fué mas continua y mas terrible ; pero, como siempre, yo era la víctima.

— » Sabrá tocar el piano, decia D. Antonio enfurecido.

— » Sabrá barrer, fregar y hacer las cosas de la casa, exclamaba mi tia en el mismo tono; y yo, para tranquilizarlos, estudiaba y hacia el servicio de una criada. ¡Cuánto, cuánto sufrí! ¡Cuántas veces he mojado el teclado con mis lágrimas al ver que mi tia no me comprendia, al presentir el porvenir que me aguardaba!

» Pero la guerra no terminaba por esto.

» Un dia llegó á tal extremo la contienda que armaron, que D. Antonio cerró el piano, cogió la llave y se marchó á la calle, diciendo que iba á buscar quien lo comprase para echar de la casa aquel continuo motivo de polémicas.

» Aquel dia me acordé de Dios y le comprendí por la primera vez. Yo necesitaba algun consuelo, y le encontré rezando. Pedia al Cielo que no me arrebatasen á mi único amigo, á aquel único ser á quien yo profesaba un cariño que entonces no me explicaba, pero que despues he sabido lo que era.

» El Cielo oyó mis súplicas, y la tormenta se apaciguó.

» D. Antonio volvió mas decidido que nunca á que yo continuase por la senda que habia emprendido. Tanto se lo agradecí, que desde entonces no he cesado de profesarle esa especie de cariño filial que es el que me hace mirarle como á un padre.

« Dos años despues despidieron á mi maestro. El piano no me negaba nada de lo que le pedia.

» Ya ves cuál ha sido mi vida, Fernando mio : un martirio continuo, un trabajo penoso del cuerpo y de la inteligencia á la vez ; pero Dios me ha premiado, porque te ha puesto en mi camino, y amándome como me amas, ofreciéndome la felicidad que me ofreces, me enorgullezco con el pasado y espero confiada en el porvenir. ¡Ah! no lo dudes, ser tuya es para mí el mayor premio, la única dicha que podia ambicionar. »

He trascrito este fragmento de carta, tanto para añadir noticias á la historia de Cecilia, como para que puedan mis lectores establecer mas tarde comparaciones. ¿No es cierto que una mujer que cuenta de este modo sus sentimientos, sus esperanzas, sus temores, no es cierto que una mujer así es un ángel? Y, sin embargo... pero continuemos narrando como historiadores antes de analizar como filósofos.

Dos dias despues, continuó Cecilia escribiendo á Fernando entre otras cosas las siguientes :

. . . . . .

« Tú eres la única persona en quien tengo confianza en el mundo. Decirte todo lo que siento es la mayor necesidad de mi alma. Hasta que te oigo hablar no creo que vivo. Soy tan tuya, Fernando mio, que si me abandonaras moriria. »

Sigamos hojeando á la ligera las páginas del libro que tenemos entre las manos.

. . . . . .

« Me hablas de nuestras esperanzas, y me preguntas cuándo deseo que se realicen. ¡Cuándo! si por mí fuera, Fernando mio, tu voluntad seria la mia. Pero ¿qué quieres que te diga yo, pobre mujer que te ama mas que á su vida, pero que para

disponer de su albedrío tiene que olvidarse de la gratitud y romper una de esas barreras que, al destruirlas, dejan un recuerdo doloroso en el alma? No, no me preguntes nunca. Manda, y obedeceré. Debo á mi familia todo lo que soy, pero puedo pagarles si, al jurarte ser tuya, te he dado todo cuanto tenia. No me preguntes, te lo repito. Obedecerte es para mí gozar. »

. . . . . .

. . . . . .

« ¿Y te figuras que yo podria amar á otro despues de haberte amado? ¡Ah! ¿quién es como tú, si tú no te asemejas á ninguno, si uno cualquiera de tus sentimientos vale mas que los de todos juntos? No me digas jamás esas cosas. Solo pensar que algun dia puedes separarte de mí, que algun dia puedo perderte, me hace llorar. Pero no hay que pensar en esto, sino en la dicha que nos es-

pera. Yo veo, Fernando mio, yo veo con la modesta casita que guardará en sus muros las santas horas de nuestro amor, yo veo al lado tuyo, cuidándote, ostentando tu nombre, viviendo de tu vida, toda una existencia de purísimas satisfacciones, y al descubrir mis ojos todos los objetos que nos han de rodear, me creo tan feliz que siento hácia tí un profundo agradecimiento, porque tú eres quien ha despertado en mí estos deseos, quien me ha hecho imaginar estas escenas, quien me ha dado á comprender cuánto vale la vida de una mujer consagrada á hacer la felicidad del hombre que para en ella sus miradas, que la dedica todos los latidos de su corazon, que la protege con su nombre, que la redime y que la libra de los tormentos, de los dolores que la sociedad ha reservado á la mujer, que sola ó extraviada, ó pierde inútilmente su existencia, ó la mancha con los vicios del mundo. ¡Ah! sí, Fernando mio, tú me has hecho buena. A los padres debemos la existencia, pero el alma á los

hombres que, generosos como tú, nos inspiran el primer pensamiento de amor. »

. . . . . .

Pasamos por alto algunas hojas, porque si todas eran interesantes para Fernando, no lo serian para mis lectores á causa de parecerse unas á otras, y nos fijamos en la primera que encierra algun detalle original.

. . . . . .

« Tienes razon, Fernando mio, le decia, no lo volveré á hacer. ¿Pero no es cierto que me perdonas? »

¿De qué era de lo que debia absolverla, que tan compungida suplicaba perdon?

Hé aquí lo que pasó.

Estuvo dos dias sin escribir á Fernando, y pre-

guntándola este el motivo de su silencio, le contestó que no habia podido por no haberse apartado de su lado en todo el tiempo su tia ó D. Antonio.

Fernando la creyó de buena ie, y en la segunda noche oyó que le dijeron :

— Ayer dejamos sola en casa á Cecilia mas de dos horas. Estando fuera D. Antonio, tuve yo que salir á ver á Ernesto, porque se recibió una carta suya diciendo que estaba enfermo.

Fernando lanzó una mirada dolorosa á su amada.

— Me has engañado, la quiso decir.

« ¿Porqué has mentido? » la preguntó en su primera carta.

Ella le refirió la verdad.

Habia tenido que coserse un vestido, y habia

tomado con tal empeño su tarea, que no la abandonó hasta dejarla concluida.

¿Porqué aquella ocultacion? Las mujeres son así. Su misma naturaleza les inspira ese afan de ocultar sus acciones, y vivir del misterio es lo que mas las satisface.

No creo que haya una sola que no tenga que arrepentirse de haber ocultado alguno de sus pensamientos á las personas á quien mas ame, y yo creo que la primera causa de sus eternos martirios es esta.

Como son débiles y la lucha es la vida, escogen como armas la belleza y la mentira. Al hablar en tesis general, no es mi objeto aludir á la mentira vicio, sino á la mentira debilidad.

Fernando la perdonó : los que aman perdonan,

y ella á su vez procuró hacerle olvidar aquella primera falta.

D. Antonio aparentaba estar cada dia mas lejos de creer que su jóven amigo iba á su casa por su pupila.

— Viene por mí, decia á Dª. Francisca; ¿pues que no soy bastante yo?

Su ama de llaves se habia ya acostumbrado á las visitas de Fernando, y en vez de extrañarle su puntualidad, sentia que llegase la noche sin que estuviera el jóven en su casa.

Hay algunas personas á quienes sienta bien aquel célebre pensamiento de suponer á los seres humanos animales de costumbre.

Cecilia continuaba esperando en la felicidad que

la prometia su amor; escribia á Fernando, le preguntaba por las flores de su jardin, por la situacion de sus libros, y se entregaba con deleite á esos dulcísimos delirios que llenan el primer período del primer amor.

El jóven vivia solo adorando á Cecilia, proyectando adquirir los medios para hacerla pasar una vida dichosa, y procurando á toda costa evitar que la familia de su amada descubriese el misterio de sus amores.

Despues de abandonarlos todas las noches á las nueve, se encaminaba á Chambery, se ponia á trabajar, dormia poco, cuidaba su jardin por la mañana, escribia de cuando en cuando á sus padres, que le adoraban desde el fondo de su provincia, trabajaba en sus obras, y á las siete de la tarde iba á Madrid á casa de Cecilia.

El tiempo pasaba, y nuestros personajes se encontraron en los primeros dias de noviembre.

El termómetro Reaumur marcaba 7 grados bajo cero.

Si se lo hubiérais dicho á los dos jóvenes, no lo hubieran creido.

CAPITULO IX.

UNA REPRESENTACION DE LOS HUGONOTES. — LA PRIMERA OCASION. — PROPOSICIONES. — LA RELIGION Y EL AMOR.

Un dia llegó Fernando á casa de D. Antonio á una hora extraordinaria.

Eran las cuatro de la tarde.

— ¿Cómo es esto? le preguntó alarmada Dª. Francisca.

— ¿A qué debemos el placer? añadió D. Antonio.

Cecilia no dijo nada, porque sabia el objeto de la visita.

— He venido, dijo el jóven, á hacerles á Vds. una proposicion.

— Veamos cuál es, añadió D. Antonio.

— Cecilia no ha ido nunca al teatro, no ha asistido á una ópera, y es necesario que acuda á ese espectáculo que es la expresion mas grande y mas brillante del arte musical. Esta noche se canta una ópera de Meyerbeer, *los Hugonotes*, tengo butacas, ¿quieren Vds. venir?

— Hombre, hombre, repuso D. Antonio mirando de reojo á su ama de gobierno... la proposicion es tentadora, y como Cecilia quiera y esta se resigne

á esperarnos despierta hasta la hora de volver, la aceptaré con mucho gusto. Con que, vamos, ¿qué decís?...

— Yo, murmuró Cecilia.

— Sí, vayan... vayan... añadió Dª Francisca; una vez cada año se puede permitir.

— Pues entonces, Vd. manda, Fernando.

— Es cosa hecha, repuso el jóven; á las siete y media volveré, y á las ocho estaremos en el teatro, fila doce de butacas.

El jóven fué puntual: D. Antonio y su pupila habian comenzado á vestirse á las siete.

Aquella noche era para ellos una gran noche, y sacaron del fondo de la cómoda sus galas de los dias de fiesta.

Fernando y Cecilia, al darse la mano, cambiaron dos epístolas condenados á excitar su ansiedad durante las horas de la representacion.

El teatro estaba magnífico.

Cecilia abrió su corazon á toda clase de impresiones.

Era la primera vez que se veia en uno de esos templos del arte que tan grandioso aspecto presentan en las ciudades modernas.

La luz, la decoracion de la sala, el lujo de las mujeres aristocráticas que llenaban los palcos, todo aquel maravilloso conjunto la extasiaba.

Aquella primera impresion la hizo pensar en la gloria, y se atrevió á preguntar á Fernando :

— Cuando llaman á los autores para aplaudirlos

y arrojarles coronas, ¿es un público como este el que los llama?

— Sí, la dijo Fernando; y si hubiera estado solo con ella, la hubiera dicho : El poeta logra en un momento subyugar con su genio á todos los corazones, y cuando este poeta ama, su mayor gloria es ofrecer este homenaje á la mujer que le ha inspirado con su cariño, que con su adoracion le ha dado fuerza para dominar con el suyo tantos y tan diversos corazones.

Pero nada de esto le dijo, porque D. Antonio le hubiera oido.

Comenzó la representacion.

No quiero hablaros de la ópera : escribiria otro libro.

Nada mas grandioso que los *Hugonotes* de Meyer-

beer. El célebre compositor aleman ha mostrado que un músico puede crear un mundo para el sentimiento. Todas las almas tienen eco en la obra maestra á que asistia por la primera vez Cecilia.

D. Antonio disertaba sobre la ciencia musical con que estaba trazada la partitura, y obligaba á Cecilia á que le dijese los tonos en que estaban las piezas, los acordes que formaban la armonía y todo cuanto de material tenia á sus ojos aquella música sublime.

Fernando oia por los dos, por su amada y por él, y le parecia que aquellos cantos harian comprender mejor que nada á Cecilia cuánto podia amarse, cuánto la amaba.

Cecilia, á su vez, de no poder hablar con Fernando hubiera deseado permanecer silenciosa y guardar como un tesoro aquellas notas que le pa-

recia haberlas soñado. aquel lenguaje que le parecia asemejarse al de Fernando, cuando lejos del mundo y sola con él fuese á los ojos de Dios y de los hombres la compañera de su vida.

Todo cuanto pudiera yo decir acerca del estado de la jóven en aquellos momentos, nos lo va á revelar ella misma : al dia siguiente escribió á Fernando estas palabras :

« Yo no podria explicarte lo que me pasó anoche al estar junto á tí y tan cerca que, como tú me has dicho, podíamos comprender cuanto sentíamos. Hubo un instante, Fernando mio, un instante, cuando los sacerdotes bendicen los puñales, en el que reunido el gran efecto de aquella música á la emocion que yo experimentaba al tenerte á mi lado, sentí algo extraño que no podia explicarme, á no ser figurándome que habia dejado de existir.

» En aquel momento solo te veia á tí sin mirarte,

y parecia que mi alma se encontraba en otro mundo distinto del que hasta ahora he conocido, pero el mas delicioso. Al final de la ópera apenas podia respirar. En toda la noche no cesó de latir agitado mi corazon; y te aseguro, Fernando mio, que todo lo que me pasó era la primera vez en mi vida que lo experimentaba: así es que me quedé rendida, necesitaba descansar. Aun me dura el calor que yo sentia al estar á tu lado, al respirar el mismo aire que tú. En fin, no sé decirte sino que anoche descubrí un nuevo mundo de felicidad que no realizaré mas que al ser tuya para siempre. »

¡El amor... el amor!... ¿para qué comprenderle tan sublime antes de romper los lazos que nos sujetan á la tierra?

Pocas noches despues de aquella en que asistieron á la representacion de los *Hugonotes*, dió un paso grande el amor de Cecilia y de Fernando.

Estaban como siempre al rededor de un velador.

D. Antonio conversaba con su jóven amigo, Dª Francisca hacia media y Cecilia bordaba.

El dia antes habia sabido Fernando que Cecilia padecia algo de la vista, y al oirlo decir sintió aumentarse su amor. Cuidarla era su mas vivo deseo.

No habia olvidado este detalle: y al verla trabajar, creyendo que sufriria, en un momento en que D. Antonio se retiró á una pieza inmediata, la dijo:

— No trabajes.

Dos minutos despues dejó su labor.

Salió tambien la tia, y quedaron un momento solos.

Cambiaron una mirada, y, sin saber cómo, sus manos se encontraron juntas por la primera vez.

Aquella purísima satisfaccion hizo asomar á sus ojos lágrimas de alegría.

La mano... ¿sabeis lo que es la mano?

Ella es la mensajera que lleva al corazon los testimonios del afecto que nos profesa; y si gozamos al estrechar la de un amigo, al oprimir la de una mujer amada, al comunicarla todo el fuego de nuestra alma, al decirla esa palabra santa, misteriosa, esa palabra que no puede articularse, pero que la comprende el corazon que nos ama, ¿puede explicarse por ventura la emocion que sentimos?

Cecilia se encendió, y si en aquel instante Fernando la hubiera muerto, hubiera besado la mano que clavase el puñal en su pecho.

Cecilia le confió su impresion en los siguientes términos :

« Ayer, al estrechar tu mano por la primera vez, sentí una felicidad tan nueva, que hubiera querido no separarme mas de tí. Sí, Fernando mio, te amo, te amo mucho : lo conozco por la dicha que me haces disfrutar. ¿No es verdad que esta no será la última vez? ¿No es verdad que muchas veces, al estrechar mi mano, me harás gozar la misma felicidad? Cuando así sea, una cosa te pido. Piensa en la ventura que nos aguarda, júrame en lo mas íntimo de tu alma ser mio siempre, y pide á Dios que realice todos nuestros deseos ; yo pensaré en tí, juraré ser tuya, oraré, y al mismo tiempo que nuestras manos, estarán juntas nuestras almas. »

Fernando aceptó esta proposicion con entusiasmo, y cumplió los deseos de Cecilia.

Esta llevó mas allá su adoracion.

Como los dos eran buenos, eran religiosos.

Siempre contaban con la Providencia, y al mismo tiempo que en ella, pensaban mutuamente en su felicidad.

« Hay un momento, la escribió Fernando, en que nuestra alma se desprende completamente del barro en que está encerrada, momento sublime en el que el ser humano comprende á su Criador y le adora. Pues bien, Cecilia mia : en ese instante, que es cuando el sacerdote durante el sacrificio de la misa eleva el cáliz y la hostia, en ese instante de celestial arrobamiento jura que serás mia, que te consagrarás á hacer mi dicha. Yo tambien lo juraré, y Dios recogerá nuestros juramentos y nos bendecirá. »

Cecilia aceptó la proposicion de su amante como

Fernando habia aceptado la de su amada, y confundiendo su sentimiento religioso con el de su adoracion, prometieron á Dios en el momento mas solemne de la misa, ella dar su vida á Fernando y él consagrarse para hacer su ventura.

Tranquila su conciencia con estos actos, y sin verse acosados durante algunos dias por la familia de la jóven, que apreciaba cada vez mas á su jóven amigo, volvieron á caer en esos sueños deliciosos que forman los períodos de calma de la vida consagrada al amor.

Copiaremos algunos fragmentos de las confesiones de Cecilia durante este tiempo.

CAPITULO V.

HOJAS DEL MISMO LIBRO. — POLICÍA DOMÉSTICA. — DECLARACION DE POBREZA Y GENEROSIDAD. — AMOR FILIAL. — EMOCIONES DESCONOCIDAS. — CELOS.

He dicho antes de ahora que escribo historia y no novela.

Esta historia es un drama de los que todos los dias se multiplican misteriosamente en la vida social.

Los caractéres, cuando se copian del natural como yo lo hago, tienen alguna novedad.

Podrán decirme mis lectores :

— Todas las mujeres que aman escriben sobre poco mas ó menos á sus amantes como Cecilia al suyo, todas hacen protestas, juramentos, y al fin los dejan plantados.

No hay tal, las mujeres que hacen esto son vulgares.

Cecilia sentia y comprendia lo que decia ; Cecilia era buena cuando se guiaba por los impulsos de su corazon.

Ella quizá recorrerá estas páginas algun dia, y al ver en ellas la efigie de su alma tal como fué, no podrá menos de exclamar :

Yo era buena, ¿porqué fuí débil?

Querrá llorar y no podrá.

No lo dudeis, Cecilia no se parece á nada ; seguid leyendo sus confesiones, continuad con nosotros este estudio del corazon humano, creed de buena fe todos sus juramentos.

La exposicion del drama es larga : su accion fué corta, pero violenta.

Un instante mas, y tendremos á nuestros personajes en accion.

Fernando, á quien Madrid en masa ha acusado por su conducta, ha encontrado un defensor y le ha dado las pruebas.

¿Podrá galvanizar el cadáver de sus ilusiones?

¡Ah! no, pero al menos ofrecerá el contraste de su alma ante la de Cecilia.

Todavía eran muy felices á mediados de noviembre.

El cielo ofrecia dias serenos, pero el invierno avanzaba con sus dias nebulosos y sus tormentas horrorosas.

. . . . . .

« ¿Que no tengo confianza contigo? le decia Cecilia. ¿Cómo quieres que te pruebe que estás equivocado? ¡Ah! si tu alma es mi alma, si te necesito para vivir, ¿cómo te he de ocultar lo que deseo? Yo que apenas he disfrutado de las caricias maternales, yo que he vivido del trabajo, que no tengo mas esperanza que la de tu amor, veo en tí toda mi familia, todo el mundo. Dices que te entristeces al llegar á tu casa y no encontrarme en ella. Espera... espera. No está lejano el dia en que tus esperanzas y las mias se conviertan en realidad.

. . . . . .

» Amándote, Fernando mio, experimento una felicidad que no me sé explicar mas que deseando que no concluya. Comprende tú por esto cuánto me harias sufrir ayer al decirme en tu carta : « Dichosa tú que puedes vivir tranquila sin deseo alguno. » ¡Ay! yo no sé decirte lo que pasó por mí al verte tan cruel. Tuve deseos de llorar, y mas tarde soñé. Soñé que te alejabas para siempre de mí, que no me amabas, y que yo misma era la causa de nuestra triste separacion. Al despertar sobresaltada, mis ojos estaban llenos de lágrimas; leí tu carta, ví que todo era un sueño y la besé con gratitud, porque me devolvia mi única dicha que es tu amor. Sí, Fernando mio, al adorarte siento en mí mucho de inexplicable y grato al mismo tiempo. En este instante en que te escribo tengo el rostro encendido, mi corazon late con violencia, y es porque te amo; sí, te amo mas que á mi vida, y quisiera al decírtelo poder estrechar tu mano, para

que te convencieras de que es mi alma la que te habla. »

. . . . . .

Creo inútil decir el efecto que producirian en Fernando estas apasionadas manifestaciones.

Como diré mas tarde, Cecilia, temerosa de que su familia sorprendiese su correspondencia, la condenaba al fuego.

Aquel fué el primer paso que, todavía con los ojos vendados, dió por la senda del mal.

Pero aunque se perdieran los preciosos fragmentos de las cartas del jóven, mis lectores podrán imaginarse la felicidad de que llenaban su corazon.

Prosigamos hojeando.

. . . . . .

« Me preguntas que si retrocederé ante los ruegos

de mi familia cuando llegue el momento de tomar una extrema decision. ¿Puedes creer que retroceda? ¿No tienes confianza en que te amaré siempre? Acostúmbrate á pensar bien de mí y á creer en la sinceridad de mis palabras. Ya no podremos nunca retroceder, porque nunca podremos vivir el uno sin el otro. Si es necesario desobedecer, ser ingrata, ¿por tí, Fernando mio, qué no haré yo? Para vivir necesito ser tuya.

. . . . . .

» Mi familia vuelve á tener sospechas. Me han hablado de tí, me han preguntado, pero no han conseguido arrancarme nuestro secreto. Yo, en cambio, he comprendido cuál es la obcecacion de su manera de pensar. Mi pobre tia dice que el verdadero amor es el del hombre rico que se une á una mujer sin bienes de fortuna y la coloca en una posicion brillante. Lo demás es mentira para ella,

y es causa de los males que turban en el mundo la paz de los esposos. Pero yo no lo creo así; nosotros nos amamos y no nos mueve para nada el interés. Tú trabajas para mí, y yo tambien estoy dispuesta á trabajar para ayudarte. ¿Podemos temer las desgracias que pronostica mi familia? ¡Ah! estoy segura de que no. Voy á hacerte una confianza. Ya no se fian de mí, y me registran para ver si pueden encontrar algo que los cerciore de sus sospechas. Ayer, cuando te fuiste, pasé un apuro inmenso. Quise leer tu carta y me puse delante del balcon, haciendo que miraba á la calle. Cuando menos lo esperaba, sentí á mi tia detrás de mí que habia entrado de puntillas, y que no me dejó mas que el tiempo preciso para ocultar tu carta con mi mano izquierda debajo del manton. Ya puedes figurarte el compromiso en que me hallé. No tenia libre mas que la mano derecha, porque la otra tenia tu carta abierta, y no me atrevia á cerrarla por el ruido que haria. Empecé á pasearme, y mi tia, sin dejar de

observarme, me mandó abrir una ventana y cerrar otra. No sabia qué hacer para obligarme á que la enseñara las dos manos.

— » Quiero ver el bordado que tienes ahí en el piano, me dijo; tráelo aquí.

» Al ver que se agravaba mi situacion, me resolví á guardar tu carta en el pecho aun cuando hiciese ruido.

« Cómo lo pude conseguir, no lo sé. Sin que mi tia se apercibiera, pude enseñarla el bordado. ¡De qué angustia salí, Fernando mio! Por ella juro amarte eternamente. »

Como ven mis lectores, el peligro de los dos jóvenes comenzaba á ser inminente.

Dándole proporciones colosales, creyó Fernando que se acercaba el momento crítico, y deseó saber

hasta qué punto podria contar con el valor de Cecilia.

— Yo te he amado creyendo siempre que eres pobre. Si llega el caso, pues que nada te pido, ¿querrás aceptar lo que yo te dé, aunque no sea bastante?

Esta cuestion tan delicada, en la que á un mismo tiempo chocan en la vida social intereses tan encontrados, inspiró á Cecilia las siguientes palabras :

. . . . . .

« Sí, soy pobre, Fernando : mis padres, ya lo sabes, viven de su trabajo, y solo tengo los beneficios que las personas que me rodean me han dispensado. Pero tú me amas así, tú quieres darme todo lo que necesite y yo no quiero recibirlo de nadie mas que de tí. Nada te exijo : tu cariño me basta. Yo te amaré mas todavía si te veo despreciado. Antes de conocerte esperaba tan solo en que dando

lecciones podria ganar para vivir. Si alguna vez tuviera que trabajar para los dos, me verias orgullosa hacer mas que lo que hacen todas las mujeres. No temas, no, que te abandone. Son nuestras almas las que se han jurado fidelidad eterna. »

Estas palabras tranquilizaron á Fernando, quien á su vez la dijo :

— Pues bien, yo te acepto tal cual eres, y te pido por mi amor una cosa. Júrame que no aceptarás nada de tu familia, que si algo aceptas será para cederlo á tus honrados padres. Así te quiero, y á pesar de esto será tanta mi gratitud con los que tanto bien te han hecho, que si algun dia tienes que desobedecerlos y te acusan de ingrata, puedes decirles :

— No soy ingrata, no : es tanto el agradecimiento que siente mi corazon, que he buscado otra alma que conmigo pueda sentirlo y expresarlo.

Estas explicaciones dieron por resultado lo que ya sabian, que eran buenos y que se amaban mucho.

Convencidos, esperaron el instante decisivo.

Convinieron en hacer mutuamente la felicidad de los padres de Cecilia.

Fernando la acusó de que apenas le hablaba de ellos.

— ¿Es que no sientes una ventura inmensa al adorarlos? le dijo.

Ella le contestó que los amaba, pero que no sabia explicarse porqué su amor era tan tibio.

« Apenas los conozco, le dijo : á los cinco años me separé de ellos y de mi hermano. Cuando los he vuelto á ver, no sé porqué, ha sido frio el abrazo que les he dado. Deseo verlos muy dichosos y los quiero, pero no gozo tanto como tú con los tuyos. »

Fernando estaba ciego : sino esta declaracion debiera haberle alarmado.

— No importa, la dijo, los honraremos y los haremos muy dichosos.

Como ya he dicho, no tenian ocasion de hablarse y mucho menos de estrecharse la mano, para reunir en un solo deseo todos los suyos y pedir á Dios que velase por ellos.

Una noche, sin embargo, les favoreció la suerte.

Al dia siguiente escribió Cecilia esta carta á su amante :

« Anoche, cuando tuviste mi mano entre la tuya y me la estrechaste, no sé lo que me sucedió. Me pareció que te habias apoderado de mi alma de tal modo, que no era dueña de mí misma. ¡Oh! Fernando, bien mio, ¿no sentiste tú algo de misterioso cuando por tanto tiempo estuvieron unidas

nuestras manos? Yo solo sé decirte que fué tal mi emocion, tan nueva, tan desconocida, que me quedé sin fuerzas, y no pude volver en mí hasta que abandonaste mi mano.

» Al ver la indiferencia con que tuvimos despues que hablarnos, todo me pareció un sueño; pero no, tú estabas á mi lado y me amabas. ¡Ah! Fernando mio, muchas veces me pregunto porqué sentiré cosas tan extrañas cuando tú me das pruebas de tu amor, y solo me contesto que necesito amarte para vivir. »

Veinticuatro horas despues de recibir esta carta, leyó Fernando otra que le quitó el sosiego.

¿Quién es el que se complace en asistir á estos contrastes?

Por fuerza Mefistófeles anda por el mundo y se rie á carcajadas de los pobres hombres.

CAPITULO XI.

DOS AMIGOS. — HISTORIA DE UN MARINO. — LO QUE SON LOS CELOS. — ALGUNOS DIAS SERENOS. — UNA SITUACION DRAMÁTICA, — UTILIDAD DE LOS FAROLES PÚBLICOS. — DESESPERACION. — UN CONCIERTO. — UN RAYO DE SOL Á LAS DOCE DE LA NOCHE.

Lo que Fernando tenia eran celos.

Veamos porqué.

D. Antonio, oriundo de Asturias, habia tenido en su infancia un amigo muy íntimo asturiano.

Este amigo se casó y tuvo un hijo. Le hizo estudiar medicina, y le llevó á Madrid á graduarse cuando cumplió veinticuatro años.

Cecilia tenia entonces trece.

Los amigos de la infancia volvieron á abrazarse.

El hijo del asturiano fué á su vez amigo de D. Antonio, y, aunque de tarde en tarde, fué á visitarle algunas veces.

Su padre se volvió á Asturias, y el jóven, aficionado al mar, se consagró con el mayor afan á solicitar una plaza de médico de la armada.

— Haré algunos viajes, dijo á D. Antonio, adquiriré riquezas y volveré.

Cecilia, al oir esto, pensó en el mar y nada mas.

El médico realizó sus deseos, y al despedirse

estrechó la mano de Cecilia á pesar de tener solo trece años.

Se embarcó en Cádiz y fué á la Habana. Ni siquiera una tormenta al verse en alta mar, nada grandioso impresionó su alma durante su viaje.

Quince dias despues de su llegada, se sintió enfermo.

La fiebre amarilla hacia estragos y le contó entre sus víctimas.

Esta fué su historia. Nada mas inocente, mas sencillo ni mas doloroso al mismo tiempo.

Y si esto era así, ¿porqué tenia celos Fernando?

Cecilia le habia escrito que aquel jóven se fué á la Habana á hacer fortuna para volver cuando tuviera ella quince ó diez y seis años y hacerla su esposa.

El padre del marino y D. Antonio habian concertado este enlace ; pero, segun decia Cecilia, no habian contado con que la Providencia habia resuelto que fuese para siempre de Fernando.

A pesar de ser tan consoladoras estas frases, el jóven sufrió y sufrió sin saber porqué...

Los celos son una de las cosas mas raras de la vida.

Yo me acuerdo que una vez los sentí, porque una jóven á quien yo amaba prestó á un amigo un libro que yo la habia prestado. Esto lo digo para castigarme aquella debilidad.

Fernando, hombre de buen talento, de sano juicio, no se puso menos en ridículo que yo al sentir celos, porque su amada habia debido ser la esposa de un pobre jóven ya muerto.

Si le hubiérais preguntado porqué sufria, no os

lo hubiera podido decir, pero lo cierto es que sufria; y, creedlo, el público tiene derecho para reirse de los que califica con el epíteto de visionarios, pero estos infelices padecen mas que el esposo ultrajado que encuentra á su consorte en flagrante delito de adulterio. Puede matarla impunemente el último, puede odiarla y maldecirla, puede, en una palabra, desahogar la angustia de su corazon; pero el celoso visionario, aprehensivo, el que al mismo tiempo que se inquieta por el pasado ó por el porvenir, no puede menos de acariciar á la mujer que despierta sus recelos, el que se ve en la precision de ocultárselos porque un secreto instinto le dice que descubrirlos seria hacer caer en la tentacion á la mas inocente, ese desgraciado pena mas, sufre mas que ninguno, porque se ahoga y no puede pedir auxilio, porque se abrasa y nadie lo cree, porque tiene que condenarse á un silencio que le aniquila, que le mata.

Fernando tenia imaginacion.

— ¡Oh! ese marino, dijo al saber que habia existido, ese hombre pensaria en ella; para desear hacerla su esposa se forjaria á su lado todas las felicidades imaginables, gozaria al forjárselas, la veria en sus sueños, la acariciaria... ¡Oh! esto es horrible.

¡Pobre Fernando! juzgaba que todos eran como él.

Estoy seguro que el desgraciado jóven, si pensaba como su honrado padre, y si sabia algo mas que Fernando respecto de Cecilia, al acordarse de ella no soñando sino despierto, calcularia que casándose con ella, al dote que llevase reuniria una mujer para cuidar de su casa, planchar sus camisas, dar un vistazo á la cocina, y aumentar nueva generacion á su apellido.

Los hombres, por regla general, piensan esto sobre poco mas ó menos de las mujeres que escogen

para esposas, y hacen muy bien; no piden, como suele decirse vulgarmente, peras al olmo, y viven muy felices.

Para ellos el presente es la vida. Fernando solo vivia en el pasado y en el porvenir.

Nada dijo á Cecilia de su pesadumbre, padeció mucho y nada mas.

Pero ella — las mujeres tienen el don de adivinar — comprendió que estaba triste, y para consolarle continuó acariciándole por medio de sus cartas.

Fernando conoció que sus celos eran infundados, se tranquilizó y volvió á sonreirle la esperanza de su felicidad.

En el amor como en los años hay dias serenos en que todo se reune para embellecerlos.

En esos dias, como en los de la hermosa primavera, se rejuvenece el alma, aumenta su savia, y el objeto mas insignificante admira, y la satisfaccion mas leve produce una vivísima alegría.

En este período de tranquilidad, hizo Fernando muchos castillos en el aire y se los comunicó á Cecilia.

— Tengo un amigo íntimo, la dijo, que posee una quinta en el valle de Baztan, lejos de los hombres, solitaria y lo mas pintoresca que puedes figurarte. Se la he pedido para habitarla algunos meses, y cuando nos unamos, allí, olvidados del trabajo, del mundo, olvidados de todos, allí pasaremos dias enteros consagrados á nuestro amor, allí no se separarán nuestras manos, los dias serán minutos, tú y yo seremos un solo ser que bendecirá á Dios y gozará de todas las felicidades del cielo y de la tierra.

Cecilia, entusiasmada por este porvenir, lloraba de agradecimiento y de amor.

— ¡Ah! que llegue pronto para nosotros tanta ventura, le dijo en una carta.

Media hora despues de entregarle este papel que contenia su vivísimo deseo, en los momentos en que Fernando lo leia, pasó una escena muy notable, escena de que no quiero privar á mis lectores.

Segun acostumbraba, nuestro jóven protagonista salió de la calle de Jardines poco antes de las nueve.

Era el último dia del mes de noviembre.

Cuando quedaron solos, D. Antonio cerró la puerta del gabinete donde estaban.

— Cecilia, dijo dirigiéndose á la jóven, es preciso que seas sincera con nosotros. Tú amas á Fernando, ¿no es verdad?

La jóven se ruborizó y no contestó nada.

— Eso se ve á la legua, añadió Dª. Francisca; que lo confiese, que lo confiese la inocentona.

— Cállate tú y déjame á mí hablar, repuso D. Antonio.

Acto continuo pronunció un discurso diciéndola que era muy jóven para pensar en amoríos, que no conocia el mundo para saber lo que la convenia: además la pintó el cuadro doloroso de las miserias á que estaban expuestos los que se casaban, y compungido, con tono patético, con lágrimas en los ojos y cayendo de rodillas ante ella, añadia:

— Sí, hija mia, sí, yo no te impediré que realices tu gusto si te quieres casar, aunque á mí no me agrade el esposo que elijas: pero quiero que sepas que cuanto yo te digo es por tu bien, porque te quiero ver feliz, porque tu desgracia — y uniéndote

á Fernando serias desgraciada — será el mayor martirio que sufriré en el mundo.

Sacó el pañuelo, enjugó algunas lágrimas, y continuó diciéndola :

— Tú harás lo que te plazca; si me desobedeces, yo nunca te negaré mi cariño, y si me necesitas, aun cuando me abandones, yo te socorreré, yo te daré mi vida si es preciso.

Cecilia no pudo menos de llorar tambien, pero negó que Fernando la hubiese hecho proposiciones amorosas.

Entonces D. Antonio, mas repuesto, la hizo prometer que no haria mas que lo que él la dijese hasta cumplir veinticinco años.

Dª. Francisca refunfuñó un poco, D. Antonio se serenó, y la escena terminó satisfactoriamente.

¿Podrán creer mis lectores, despues de lo que

han visto, que este inesperado suceso cambiase el modo de pensar de Cecilia? — No seguramente.

Sin embargo al otro dia, 1°. de noviembre, despues de referir á Fernando la escena de la noche anterior, le decia en su carta :

« No puedo resistir á los consejos de mi familia. Hasta anoche no han hablado al corazon. Me han recordado que mis padres son pobres, que viviendo yo libre puedo ser un apoyo para ellos. Me han dicho tantas cosas, que me han decidido á no pensar por ahora en unirme á tí. Mi familia ha enfriado el amor que empezaba á arder en mi pecho, y ya no puedo volverme atrás. Todo esto te lo digo con lágrimas. Perdona á tu

CECILIA. »

Esto no es nada todavía. Semejante contradiccion empieza á bosquejar el carácter que me pro-

pongo dar á conocer, pero no es nada; aun nos quedan muchas cosas que ver.

Cuando llegó Fernando á casa de D. Antonio en la noche en que debia recibir esta terrible puñalada, encontró á Cecilia muy triste.

Otras veces se sentaba á su lado: aquella estuvo lejos de él.

Una cruel ansiedad se apoderó de su alma.

Habló poco.

Al despedirse notó que la jóven estrechó su mano con mas emocion que nunca.

Su incertidumbre fué mayor.

Salió de su casa, é impaciente de descifrar el enigma en la carta que oprimian sus dedos, se acercó al primer farol que halló en la calle y la leyó.

Si hubiera tenido una pistola, en aquel momento se hubiera quitado la vida.

No teniéndola, su primer impulso fué volver á casa de Cecilia, pedirla explicaciones, echarla en cara su falsía y matarla.

Dió dos pasos, pero el dolor pudo mas que el deseo ; sintió que le abandonaban sus fuerzas, entró en su coche y se dirigió á su casa en el mayor abatimiento.

A la inmensa utilidad de los faroles públicos debemos añadir la ventaja de impedir crímenes á los que se encuentran en la situacion de Fernando, y, como él, hallan un farol que les dé luz para leer las noticias de sus mayores desgracias.

Larra se mató porque, al sentir el vértigo, se hallaba en su casa y tenia á mano unas pistolas cargadas.

El que reflexiona un segundo y tiene buen corazon no se suicida.

Fernando hubiera hecho lo que Larra, pero estaba en la calle, á alguna distancia de la casa de Cecilia, la suficiente para desobedecer su primer impulso: por otra parte, el aire libre que pudo respirar contribuyó á debilitarle, y en vez de cometer un crímen, se resignó á sufrir las consecuencias de una desgracia.

— ¿Pero será posible, se decia al hallarse solo en su cuarto, faltar á sus promesas, renunciar para siempre á la felicidad... olvidarme... asesinarme así?

Leia y releia la carta, y á cada instante se aumentaba su desesperacion.

¡Cuántos pensamientos distintos, cuántas investigaciones imaginarias, cuántos dolores agudos!

Sus ojos se llenaban de lágrimas; de la esperanza caia en la duda, en el desengaño; queria consolarse, y sus consuelos aumentaban su pena; deseaba morirse y vivir, amarla y aborrecerla, matarla y darla al mismo tiempo toda su vida.

Así pasó la noche revolviéndose en el lecho.

Antes de amanecer bajó al jardin.

El pensamiento, que aun se conservaba en su tallo, se encontraba algo mustio.

El dia que sucedió á la noche fué mas horrible todavía.

Fernando buscó á Ernesto, al primo de Cecilia, que aunque nada hemos vuelto á hablar de él, debemos decir que casi á todas horas estaba en casa de Fernando.

Olvídala, dijo este, vales mas que ella tú. Hasta

ahora no he querido decírtelo, pero te aseguro francamente que siempre he pensado que se portaria así contigo. Es una niña que todo lo ve con los ojos de D. Antonio, y D. Antonio es un egoista y mi tia una estúpida. Déjalos, y vive feliz. Yo estaré siempre contigo. En mí hallarás un corazon leal.

Fernando fué por la noche á casa de Cecilia. Esperaba una carta, y al despedirse comprendió que su esperanza habia sido una ilusion.

Le dejó un papel, teniendo que poner en él la misma fecha que tenia el de la primera confesion que Cecilia le hizo de su amor : *dos* de diciembre.

Hé aquí lo que la decia.

« Despues de muchas horas de martirio, Dios se ha apiadado de mí. Estoy tranquilo, pero no puedo contestar á tu carta de ayer. Solo te diré que he

jurado por la memoria de mi madre ser tuyo toda la vida, que he prometido á Dios muchas veces amarte eternamente, y que antes de hacer esto, he sabido lo que juraba y lo que prometia. No puedo renunciar á mi felicidad, y espero alcanzarla algun dia. Tambien te he prometido velar por la suerte de tus padres y agradecer á tu familia los beneficios que te ha dispensado. El tiempo te hará conocer lo que has hecho ayer y lo que yo soy. He tomado una resolucion de la que nadie podrá disuadirme. Continuaré trabajando con el mismo ardor, continuaré velando á tu lado y contribuyendo cuanto pueda á tu felicidad. Cuando sea rico, te volveré á repetir mis juramentos, á los que nunca faltaré. Si alguna vez llegas á ser desgraciada, yo estaré á tu lado. Cuando se tiene un alma como la mia y se ama como yo te amo, no se necesita ser correspondido para ser feliz. La conciencia tranquila, el mismo amor que se siente son bastante : además, yo creo y espero en la Providencia. Si vie-

ras la tranquilidad, la dicha que experimenta mi alma en este momento, por ser como es, hasta te alegrarias de haberme proporcionado una ocasion de probarte que no me parezco á nadie. Adios; te perdono, y espero. »

¿Era esto despecho, amor ó qué era?

Fernando no lo sabia, y al trazar los anteriores renglones se engañaba á sí mismo.

Su tranquilidad era mentira.

Continuó yendo á casa de Cecilia, y lo que sufria al verla y lo que padecia al no estar á su lado no podria explicarlo.

La Providencia aprieta, pero nunca ahoga, dice un refran vulgar.

Fernando tuvo un rayo de esperanza.

Necesitaba una explicacion con Cecilia, y la Providencia se la proporcionó.

Una sociedad artística quiso dar un concierto.

Como la jóven empezaba á ser conocida y admirada en el mundo musical, fueron á suplicarla que tomase parte en él.

D. Antonio, orgulloso siempre con su obra, é impulsado otra vez por su amor propio, cedió á los ruegos de los que suplicaron su concurso á Cecilia.

Fernando fué tambien invitado á la funcion.

Llegó la noche designada para celebrarla, y en un salon primorosamente adornado y favorecido con un escogido auditorio se encontraron los dos amantes.

Los detalles de la fiesta serian inútiles aquí.

Cecilia arrebató : hablando con el piano, era un

ser celestial que revelaba los misterios de la mansion de los ángeles.

Durante la primera parte del concierto no dirigió ni una mirada compasiva al pobre jóven. Este, que deseaba á toda costa hablar con ella, se dirigió adonde estaba durante el intermedio, la suplicó que aceptara su brazo para conducirla al *buffet*, y con un atrevimiento inusitado pasó con ella por delante de D. Antonio; y pocos minutos despues, libre de miradas importunas y á su lado, pudo pedirla la explicacion ambicionada.

¡Si los hubiérais visto!

Ella estaba encendida, temblorosa, su corazon latia con violencia.

Fernando, que tenia muchas cosas que decirla, al sentir cerca de sí el aliento de su amada no supo hablar.

Sin saber cómo, sus manos se encontraron reunidas, y una conmocion instantánea, un flúido simpático unió de nuevo sus corazones.

Fernando, que habia pensado acriminarla, maldecirla si era preciso, se limitó á preguntarla :

— ¿Y ahora me amas?

— Sí, respondió la jóven con voz balbuciente.

— ¿Porqué me has dicho entonces que se habia enfriado tu cariño?

— Perdóname, Fernando mio; he llorado tanto!

Huvo una explicacion satisfactoria, amplia, completa, que dió por resultado un nuevo juramento de amor y de fidelidad eternos, aunque todos los obstáculos del mundo se opusieran á su felicidad.

Media hora les pareció un minuto.

En este tiempo no se separaron sus manos.

Fernando respiró.

— ¡Oh! ya es mia para siempre, se dijo, sin conocer que si la decision que habia tomado al oir los consejos de su familia habia sido una debilidad, otra debilidad era la de volver á reunirse á él.

El concierto terminó á las doce de la noche.

Salió con ella y con D. Antonio : la noche estaba muy oscura.

D. Antonio se adelantó algunos pasos : Fernando iba al lado de Cecilia.

Cogió su mano, y en un arranque de pasion la llevó á sus labios y la besó.

Cecilia le dijo :

— Fernando, soy muy feliz amándote y seré tuya.

El jóven, á pesar de la oscuridad de la noche, vió en el cielo un rayo de sol.

Era que las palabras de Cecilia habian iluminado su corazon, era que estaba ciego y que no veia mas que con los ojos de su alma.

Se separaron, y aquella noche durmieron tranquilos.

— Bendito seas, Dios mio, dijo poseido de la mas viva emocion.....

Al dia siguiente bajó muy temprano, como tenia de costumbre, á su jardin.

El pensamiento estaba hermosísimo.

— ¡Oh! dijo acariciándole, esta preciosa florecilla es el emblema de su amor.

Si pudiera hacerla eterna!

Desgraciadamente el invierno avanzaba á paso de gigante.

CAPITULO XII.

ARREPENTIMIENTO. — PALABRAS DULCES. — PLANES DE BATALLA. — LÓGICA DE LOS AMANTES. — UNA TRENZA DE SUS CABELLOS. — UNA CRUZ. — REFLEXIONES. — CONSEJOS. — UNA DECLARACION. — LA PROMESA DE UN BESO. — PESQUISAS DE UNA TIA Y DE UN SEÑOR MAYOR.

Hé aquí lo que escribió Cecilia al dia siguiente del concierto.

« Sé cuanto habrás sufrido con mi última carta, porque yo tambien he padecido muchísimo antes y

despues de dártela. ¡Oh! estos dias han sido muy terribles para mí... yo, que te amo tanto, tener que negarte mi amor! Pero no, Fernando mio, te amo y te amaré toda mi vida. ¡Qué instantes los de anoche... no se me olvidarán jamás! Cuando entré en el salon estaba triste, muy triste... Pero al verte, al hablarte... ¡ah! quiero confártelo todo : yo, al obedecer á mi familia, no habia pensado olvidarte, porque esto me seria imposible, porque he jurado ante Dios ser tuya, y Dios no permitirá nunca que te pueda olvidar. El juramento que hicimos anoche teniendo unidas nuestras manos vale mas que ninguno : fué nuestra union, que el Cielo bendijo y que ya no se puede romper.

» Soy muy feliz... soy muy feliz. »

Fernando tambien volvió á serlo.

Cecilia continuó escribiéndole aquellas cartas

que, en mi pobre opinion, tienen muy poco que envidiar á las de Eloisa y mucho á las de Ninon de Lenclos.

En una de ellas hallamos este párrafo :

« Mi familia no me prohibe que hable contigo, puesto que eres amigo de la casa, así es que hablaremos cuando quieras: pero, por Dios, que no me mires, porque he averiguado, Fernando mio, que, como nos amamos, al encontrarse nuestras miradas no podemos ocultar, aunque queramos, el inmenso cariño que sienten nuestras almas. »

¿No es verdad que este consejo tiene algo de esa inocencia purísima de las vírgenes que el artista sueña en sus horas de esperanza?

Fernando y Cecilia se unieron contra la familia de la segunda.

Concertaron que él estaria menos tiempo por la noche en su casa, y que algunas noches dejaria de ir.

De este modo se propusieron extinguir las sospechas que abrigaban D. Antonio y su ama de llaves.

Cecilia prometió espiarlos; y las primeras pesquisas les hicieron saber 1°. que la retirada de Fernando comenzaba á desorientarlos, y 2°. que Dª. Francisca, por órden de D. Antonio, se habia encargado de explorar el corazon de la niña para ver si esta sentia algun amor hácia su jóven contertulio.

Encargar esta mision á la buena del ama de gobierno, era lo mismo que poner en las manos de un labrador un pincel y mandarle pintar un efecto de luna sobre un lago.

Al verse obligado Fernando á escasear sus visitas,

pensó que debia exigir una indemnizacion por este sacrificio.

La lógica de los amantes es una cosa muy particular.

— Puesto que voy á estar mas tiempo que antes separado de tí, la dijo Fernando, es necesario que me des una prenda tuya que me acompañe y me consuele.

Cecilia, como todas las mujeres á quienes se les hace semejante peticion, le dió una trenza de sus cabellos, que Fernando — los amantes son idólatras — erigió en ídolo y adoró, besándola á todas horas y no separándola de su lado.

Cecilia á su vez exigió á Fernando otra prenda, y el jóven la entregó una crucecita de pórfido con un cristo de oro.

« Desde el momento en que llegó á mis manos,

le escribió Cecilia, no he cesado de besarla, y por ella te juro nuevamente no faltar nunca á mis promesas. »

Fernando tenia tambien una sortija de su madre, y como no podia entregársela, se la ofreció para cuando se unieran, y desde entonces hasta ahora no ha dejado de llevarla.

Todos estos episodios, por mas que parezcan vulgares, son necesarios para la exactitud de mi relato.

Antes de pasar adelante debo decir que la familia de Cecilia redoblaba sus consèjos, separándola de todo afecto y presentándola el amor con los colores mas tristes.

Ella daba cuenta de todo á Fernando.

Para que tengáis una idea del alma de nuestro

jóven protagonista, voy á insertar aquí algunos fragmentos de una de sus cartas.

Ella encierra un tratado de filosofía que puede aprovechar si se lee con atencion.

« Es la una de la mañana, y como no te he visto, voy á escribirte para consolarme. En estos momentos, en los que tú dormirás tal vez, quiere Dios que yo vele por tu felicidad. Sí, bien mio, despues de ver que eres sincera y que estás decidida á no hacer caso de los consejos con que á todas horas te atormentan, siento en mí un deseo vivísimo, una fuerza superior que me obliga á decirte con el lenguaje mas íntimo de mi alma las razones que debes tener para desoirlos. Han comprendido que puedes amarme, y para separarte de mí no han encontrado otro recurso que el de asustarte. Por eso te presentan el matrimonio con tan negros colores, por eso *hacen* que sus amigos te ló pinten tambien del

mismo modo. Hay algunas personas que son muy egoistas : en llegando á cierta edad, lo son todas. Tú dirás muchas veces que tu familia no puede desear mas que tu bien. Si *supiese* desearlo, en vez de querer matar tus ilusiones, comprenderia que la mujer, por mas talento y habilidad que tenga, necesita un esposo. y en vez de darte los consejos que te da, procuraria saber si yo podia ó no hacerte feliz. La mujer está siempre antes que la artista, porque la artista no se libra de vivir como todas las mujeres, y la que crea, la que siente, la que tiene entusiasmo, necesita mas que ninguna otra un alma que la comprenda y satisfaga todos sus deseos. La gloria y la riqueza no son bastante. Hay épocas en las que daríamos todas las riquezas, toda la gloria por hallar una voz sincera que nos consolase. Si meditasen en tu bien, pensarian que pues ya son ancianos no está lejos el dia en que te dejarán sola en el mundo : no consideran que eres jóven y que no puedes ver las cosas como ellos. Además, tú que ya

has llegado á comprender el amor, tú que ya has gozado como yo al enlazarse nuestras manos, tú que conoces hoy otros goces tan santos como inefables, no podrias vivir ya como vivias antes, como quieren que vivas, y con todos los tesoros de la tierra no podrian darte lo que yo te he dado. Créelo, Cecilia mia, el porvenir mas brillante de una mujer es un hombre honrado: ¿no lo comprendes tú así? Pero aun no te lo he dicho todo, ni acabaria nunca trátandose de pensar en tu felicidad. Estoy seguro de que te han hablado mucho mas de lo que me has referido para atemorizarte, estoy seguro de que te han dicho que no debes pensar en nuestra union, porque cuando las mujeres se casan jóvenes se *llenan de hijos*, y desde este momento pierden el gusto para todo y empieza para ellas una vida de sobresalto y de martirio. Cecilia mia, es preciso creer en Dios. Él es quien lo dispone todo y él sabe dar al corazon de una madre tanta felicidad, cuando esta madre tiene corazon, que

aunque sufra muchísimo, sus goces son mayores. Por lo demás, matar el sentimiento maternal en el corazon de una mujer es una infamia, y yo no te amaria como te amo si no creyese que hay en tu alma esas esperanzas que adornan á la mujer.

» Si todo esto no te basta y retrocedes, yo habré hecho cuanto puede hacer un hombre por un alma como la tuya. »

Fernando tenia razon, y además no se equivocó en sus presentimientos.

Sin embargo, Cecilia pensó como él y le escribió :

« *Si alguna vez faltase á mis promesas, si dejase de amarte, seria prueba segura de que habia perdido el juicio ó que era víctima de una desgracia, en cuyo caso seria mas digna de lástima que de castigo.* »

Fernando, como veremos mas adelante, no olvidó nunca estas palabras.

Los dos amantes habian llegado á una situacion inminente.

No podian retroceder ni detenerse.

Se necesitaban, se buscaban á todas horas.

Fernando odiaba y amaba al mismo tiempo á la familia de Cecilia.

Esta seguia recibiéndole con afecto, pero con recelo: continuaba aconsejando á la niña en el sentido que ya saben mis lectores, proporcionándose los medios de aclarar sus sospechas.

A juzgar por las reseñas de la espía doméstica, su opinion al descubrir el secreto de los dos jóvenes seria desfavorable; por consiguiente temian el momento crítico.

Entre temores y esperanzas pasaban los dias.

Fernando algunas veces sufria el terrible aguijon de la duda.

— Una vez me ha faltado, se decia; ¿tendrá valor para no faltarme la segunda?

Se lo preguntaba, y ella una vez le contestó:

« No, no te volveré á engañar, Fernando mio; y para que veas que siento de todo corazon el haberte engañado una vez, y que deseo hacértelo olvidar, cuando estemos unidos y me repitas que hubo un dia en que falté á todas mis promesas, yo cerraré tu boca con un beso, y entonces no me lo podrás decir. »

Entre estas y otras cosas llegaron á la mitad del mes de enero, repitiéndose las promesas, enviándose pruebas de cariño, besándole ella en su cruz, y él en sus cabellos.

D. Antonio y Dª. Francisca asediaban á Cecilia, y esta última llegó á decirla que las mujeres no debian casarse, que esta era su mayor desgracia.

Irritado Fernando, la escribió una carta atroz. Uno de sus párrafos era el siguiente :

« Se conoce muy bien que no son tus padres los que te aconsejan, porque los consejos que te dan son impíos. »

Tres dias despues de leer esta carta Cecilia se le cayó en el suelo. Dª. Francisca la recogió y se la dió á leer á D. Antonio.

Cecilia los vió encerrarse en su gabinete, y un vago presentimiento la hizo estremecerse.

Media hora despues fué llamada ante el tribunal.

Fernando en aquellos momentos estaba mas tranquilo que nunca.

¿Cuál fué el resultado de este suceso?

CAPITULO XIII.

EL DIABLO TIRA DE LA MANTA. — OLMOS QUE DAN PERAS. — EL ARCO IRIS. — UNA ESCENA DE MELODRAMA. — FELICIDAD. — AMISTAD. — UNA MÁXIMA MORAL.

Todas las cosas tienen su destino marcado.

Fernando fué por la noche, como tenia de costumbre, á casa de D. Antonio.

Los halló silenciosos. Dª. Francisca, como siem-

pre, hacia calceta, Cecilia bordaba y no levantó los ojos de su labor, D. Antonio ocupaba un sillon.

Fernando los saludó como siempre.

Al dar la mano á Cecilia sintió un estremecimiento extraño.

Cinco minutos despues se levantó D. Antonio, y acercándose á él:

— Mire Vd., le dijo... ¿conoce Vd. esta letra?

Era su carta, y fué tan grande su emocion, pero tan rápida, que contestó:

— Es la mia.

— ¿La ha escrito Vd. para Cecilia?

— Sí, repuso, y me alegro de que ya haya llegado esta ocasion que esperaba hace tiempo.

Su serenidad detuvo á D. Antonio, que segura-

mente habia pensado un discurso, una catilinaria, para encajársela á boca de jarro y anonadarle en los momentos.

Solo los malvados temen.

Fernando obraba con lealtad, no tenia por qué avergonzarse de su comportamiento; en aquella situacion solemne pudo erguir su cabeza.

D. Antonio se limitó á decirle :

— Fernando, ha sido Vd. dos veces pecador. Vd. ha estado en relaciones con Cecilia ocultándonoslo y nos ha calificado Vd. de impíos. De lo primero ahora hablaremos : antes exijo á Vd. una satisfaccion por lo segundo.

Fernando se la dió muy cumplida, y con voz firme, con el lenguaje de la lealtad, refirió á D. Antonio y á su ama la historia de sus amores.

— Si hemos hecho un secreto de nuestro ca-

riño, añadió, no ha sido porque pudiéramos avergonzarnos de él : temíamos la resistencia y queríamos presentarnos á Vds. de tal modo que no pudieran oponerse á nuestra felicidad. Ahora bien ; todo se ha descubierto, Vds. ya no ignoran mi modo de pensar ; saben quién soy , ¿quieren Vds. concederme la mano de Cecilia ?

La jóven le miró con reconocimiento, y las lágrimas que hasta entonces habia contenido inundaron sus ojos.

— Lo que hace Vd. ahora , repuso D. Antonio, debió hacerlo al principio. No crea Vd. que somos tan malvados como Cecilia le ha hecho á Vd. suponer, ni tan impíos que queramos matar en ella los impulsos de su alma. Le ama á Vd. y Vd. desea hacerla su esposa. Despues de haber hablado con su tia, estoy autorizado para decirle á Vd. que su deseo es el nuestro, que este cariño que Vd. la profesa es nuestra mayor felicidad , que anhelába-

mos lo que ha sucedido, que en adelante será Vd. un hijo nuestro puesto que á ella la queremos como á una hija, en una palabra, que al mismo tiempo que nos han dado Vds. un pesar al ver lo que pensaban de nosotros, nos han proporcionado Vds. la mas grande de las satisfacciones que podíamos desear.

Tan lejos estaba Fernando de esperar esta acogida, que le pareció un sueño al principio; receló luego que fuese un lazo que le tendian, suplicó á D. Antonio que repitiese sus palabras, estrechó su mano al mismo tiempo, y al fin se convenció de que era el hombre mas feliz de la tierra.

Este suceso, como los infinitos semejantes que se ven todos los dias, echó por tierra todos los cálculos posibles.

¿Habian estado ciegos? ¿Era aquello efectivamente un lazo que les tendian?

Mis lectores lo decidirán, ni Fernando ni yo hemos podido todavía averiguarlo.

Antes de proseguir debo decir todo lo que pasó aquel dia.

Dª. Francisca encontró la carta, y como no sabia leer, se la dió á D. Antonio para que la descifrase.

— Ya me parece que los cogimos, le dijo al entregársela ; lea Vd., lea Vd.

D. Antonio la leyó , sus ojos se encendieron , y dando un fuerte puñetazo en la mesa, exclamó :

— Ímpío yo... impío yo !... Llama á Cecilia.

Cecilia entró temblorosa. Del mismo modo que á Fernando, le dijo D. Antonio :

— ¿ Conoces esta letra ?

— Sí, señor, respondió Cecilia.

— ¿De quién es?

— De Fernando.

— Ya lo sabia yo... ¿Habráse visto semejante infamia? ¡Llamarme impío á mí! llamar impía á Dª. Francisca!

— Que nos llaman impíos! dijo Dª. Francisca encolerizada... los impíos serán ellos,.. no se sofoque Vd.

Acto continuo prosiguió D. Antonio dirigiéndose á Cecilia:

— Has concluido para mí, tu ingratitud te ha hecho perder todo el cariño que te tenia. Nunca hubiera creido que pagases de un modo tan infame los grandes sacrificios que hemos hecho por tí. ¡Cómo se entiende!... espiarnos, violar el sagrado de la familia, ponernos en ridículo á los ojos de un jóven, de un extraño, prefirirle á nos-

otros que te hemos arrancado de la miseria, que te hemos dado educacion, que te hemos querido como á una hija... y saltándole las lágrimas añadió: Anda, anda, ingrata... tú expiarás tus culpas... la que obra como tú no puede tener perdon de Dios.

— Déjela Vd., déjela Vd. á esa infame, añadió la tia... no merece siquiera que se le den los buenos dias.

— Si por mí fuera, repuso D. Antonio serenándose, ahora mismo la mandaba á su pueblo.

— Pues no faltaba mas, continuó diciendo doña Francisca. No, señor: se quedará aquí y tres mas nueve, y seguirá sirviéndonos, y ¡ay de ella si se atreve!...

Cecilia los dejó hablar, encerrándose en el mas profundo silencio.

« Si me hubieran dejado en aquel sitio, dijo á Fernando, me hubiera estado toda la vida sin saber lo que me pasaba. Tú no estabas allí, y cuando tengo un sentimiento, pienso que solo á tí podria confiártelo y encontrar un consuelo echándome en tus brazos.

— Váyase Vd. á su cuarto, la dijo D. Antonio.

Cecilia salió, y él y su ama de llaves quedaron conversando en el gabinete.

Lo que hablaron nadie mas que los dos ha podido saberlo hasta ahora, pero su conversacion dió por resultado la llamada de Cecilia á su presencia.

Era al anochecer.

— Tu tia y yo te perdonamos, la dijo D. Antonio; y no es que quieras á Fernando lo que nos ha irritado, sino tu falta de franqueza, tu espionaje. Mucho nos has ofendido, mucho daño nos

has hecho; pero te queremos tanto, hija mia, que, lo repito, te perdonamos, pero vas á responder con la mayor sinceridad á las preguntas que voy á hacerte. ¿Amas á Fernando?

— Sí, señor.

— ¿Pero mucho?

— Sí, señor.

— ¿Lo suficiente para ser su esposa, vivir con él toda la vida, participar de su fortuna y su desgracia?

— Sí, señor.

— Míralo bien, mujer.

— ¡Oh! sí, señor, estoy segura, segurísima de que seré feliz al lado suyo.

— Bien está, eso es lo que yo queria saber para mi tranquilidad. Veremos cómo él se explica, y

pues que lo quereis, allá con vuestro pan os lo comais.

Cecilia se atrevió á alzar los ojos, y su mirada halló en los labios de Dª. Francisca una sonrisa, que si yo la hubiera visto, estoy seguro de que la habria calificado de maliciosa.

A pesar de esto no se tranquilizó del todo; temia que llegase el momento de la entrevista de su familia con Fernando.

Ya sabemos lo que pasó. Cuando el enamorado jóven supo que los obstáculos que habia previsto eran imaginarios, cuando escuchó de los labios de D. Antonio y de Dª. Francisca que accedian gustosos á su union con la jóven, cuando la oyó decir solemnemente delante de su familia que le amaba y que seria suya, ebrio de gozo, saltándosele el corazon del pecho, con la emocion de un alma pura, con la lealtad de un hombre honrado casi se

inclinó ante la tia de su amada, y cogiendo su mano y estrechándola con gratitud, imploró humildemente perdon, juró hacerla feliz, y otras tantas promesas hizo despues á D. Antonio.

Cecilia, como veremos despues, no olvidó este momento de expansion.

— Vd. vendrá á esta casa cuando quiera, le dijo D. Antonio; su voluntad de Vd. se cumplirá, y la niña hará hasta lo posible todo lo que Vd. quiera. Para nosotros será un placer verlos á Vds. muy felices.

En aquellos momentos fué tanto el cariño y el agradecimiento que sintió Fernando hácia la familia de su amada, que se prometió respetarla, amarla y dar su vida por ella si era menester.

Al despedirse estrechó la mano de Cecilia, cambiaron una mirada llena de ternura, abrazó á Don

Antonio y á Dª. Francisca. Hubiera abrazado á su mayor enemigo.

Al hallarse en la calle tan lleno de contento — Fernando era así, — no pudiendo contener su dicha, no pudiendo gozar solo, buscó un alma á quien confiar su felicidad, y su mala estrella le guió á casa de la amada del primo de Cecilia.

Creyó encontrarle allí, le profesaba mucho cariño y quiso hacerle partícipe de su alegría.

Montó en un coche, y media hora despues, en el mismo carruaje se dirigieron al Prado.

Hacia una hermosa noche, y Fernando necesitaba respirar porque la alegría le ahogaba.

Cuando se halló solo con Ernesto, abrazándole con verdadera emocion, le confió todo lo que habia pasado.

— ¿Pero es verdad? le preguntó mostrando al-

gun recelo el primo de Cecilia, ¿estás seguro de que obran con lealtad?

— ¿Cómo dudarlo? le respondió Fernando; y sin detenerse, desarrolló á los ojos de su amigo con los mas brillantes colores el cuadro de la felicidad que le esperaba.

Al dar las once se separaron.

Fernando no queria retirarse á su casa. En el Teatro Real se cantaba la *Sonámbula*, y fué á oir el final.

Ernesto no pudo explicarse la impresion que le causó la última confianza de Fernando. Al verse tan cercano de una dicha que él tambien deseaba, pero de la que estaba lejos todavía, no pudo menos de decirse:

— Si yo fuera tan feliz como él, me alegraria mas.

Aquella noche no pudo dormirse : á su tiempo diré porqué.

Cecilia, en cambio, durmió muy satisfecha.

Fernando rezó mas que de costumbre.

El hombre que en sus momentos de felicidad se acuerda de Dios es bueno.

CAPITULO XIV.

EXCUSAS DEL AUTOR. — CÓMO ESTÁ UNA MUJER ALGUNOS DIAS ANTES DE CASARSE. — DAN PARTE DE LA BODA. — EXPLORACIONES. — CÓMO NACE LA ENVIDIA. — NOTICIAS ALARMANTES. — EL AMOR PUESTO Á PRUEBA. — NUBES EN EL CIELO. — UN CAMBIO REPENTINO. — UNA FLOR MARCHITA. — POBRE FERNANDO!

Hemos llegado á un punto en que la rapidez de los acontecimientos nos obligará á abandonar el estudio detallado del fisiólogo por la presentacion y gradacion de escenas del autor dramático.

Al principio de nuestro libro lo hemos dicho. Esta historia es un reflejo exacto de los hechos : la hemos escrito para dar á conocer hasta qué punto la debilidad de carácter puede hacer desgraciada á una mujer y desgraciados á los que la rodean.

Nos hemos detenido demasiado en la exposicion, pero necesitábamos dar á conocer con todos sus detalles la pasion de nuestros jóvenes protagonistas.

La segunda parte debia ser un contraste de la primera, y ahora empezamos la segunda.

Si nuestros lectores han sentido algun interés hácia los personajes de nuestra historia, si no han hallado pálidas las hojas de este libro á pesar de faltarles la agitacion , las peripecias de los que en vez de describir los episodios reales describen los delirios de la imaginacion , si desean por último , puesto que ya conocen el desenlace , saber cómo los hombres de corazon soportan la desgracia del

mas terrible de los desengaños, ánimo, adelante y no tardarán en realizar sus deseos.

Antes será preciso que dirijamos una mirada retrospectiva á los acontecimientos.

Fernando, desengañado de sus aspiraciones á fundar la familia que necesitaba su alma, se lanza á conquistar con la política algo que llene el vacío de su primitiva ambicion.

La casualidad le depara una mujer nueva para el mundo, con un alma privilegiada y con todas las condiciones para llegar á ser una excelente esposa, una afectuosa madre, para realizar el bello ideal de Fernando, la familia.

El amor une sus almas, y al amarse recuerdan á la Providencia é invocan á la religion.

Fernando cambia de rumbo y se entrega por completo á Cecilia.

Los dias felices de su amor, sus juramentos y sus caricias... por escrito, solo se ven turbados por un presentimiento de los obstáculos que opondrá á su ventura la familia de la jóven.

Otra casualidad descubre su misterio, y cuando esperan una terrible tempestad, ven levantarse en su dichoso cielo un sol purísimo.

La familia le abre los brazos y bendice su amor.

Desde aquí en adelante todo debe salir á medida de sus deseos.

Pero Cecilia, que era un ángel, que comprendia y deseaba toda la felicidad que Fernando podia ofrecerle con su eterno cariño, que le hacia todos sus juramentos con la mayor sinceridad, con la mejor buena fe del mundo, le habia faltado una vez sucumbiendo á los ruegos de su familia, y su-

cumbiendo á las impresiones de la misma, debia faltarle para siempre.

Hemos dicho al final del anterior capítulo que la felicidad de los dos jóvenes llegó á su colmo.

Fernando estaba poseido de los sentimientos mas nobles, mas buenos y mas santos de la tierra.

Cecilia estaba loca de alegría, y hasta parecia mas bella. La auréola de la virtud y del amor la prestaban nueva belleza, nuevos encantos.

Dª. Francisca se mostraba contenta, pero D. Antonio, D. Antonio estaba ebrio de gozo.

A todos sus amigos daba parte del enlace de su sobrina con Fernando, lo publicaba á todas horas enorgulleciéndose y regocijándose, y cuando alguno le decia :

— ¿Y con qué vivirán cuando se casen?

— Con mi vida si es preciso, exclamaba. Todo lo que yo tengo es para ellos, á quienes quiero como á dos hijos, para ellos que alegrarán las tristes horas de mi vejez, para ellos que cada dia me darán un motivo para bendecir á Dios por haberlos unido.

Y como Fernando era estimado y Cecilia inspiraba simpatías á cuantos la trataban, todos mostraban gran satisfaccion.

Esta publicidad fué causa de que un periódico anunciase el enlace de Fernando García, ya conocido por sus obras, y de que se hablase de él en los salones de la condesa de la F.

Aunque Cecilia nunca salia de su casa, era tambien muy conocida y apreciada en la alta sociedad.

Una señora, esposa de un banquero, era discípula suya y la queria como á una hermana.

La baronesa de O. habia solicitado lecciones de Cecilia.

Los que la habian oido tocar el piano, hacian resonar sus elogios en todos los salones.

El enlace de Fernando y Cecilia llegó á formar por un instante parte de las conversaciones de Madrid, y, lo que no deja de ser extraño, todo el mundo deseó con sinceridad la ventura de los amantes.

D. Antonio, como ya hemos dicho, estaba loco de contento.

— Con que no hay que pensarlo mucho, decia á Fernando : ánimo, á casarse en seguida, y Dios dirá ; lo que yo tengo es de Vds.

— No, respondia Fernando ; yo no puedo aceptar de Vd. ni de Cecilia mas que el bien que me hacen, ella amándome, Vd. protegiendo nuestro amor.

Además, he jurado no permitir que la mujer que se una á mí me dé otra cosa que su cariño, y yo deseo que Vd. complete mi ventura no obligándome á recibir nada y dejándome que la agradezca á Vd. la dicha que me proporciona como si me otorgase todos los bienes de la tierra.

— ¡Bah!... bah!... yo haré.

— Vd. hará lo que quiera, pero Cecilia, que no tardará mucho en ser mi esposa, me obedecerá.

Debemos advertir que Fernando estaba resuelto á no faltar al juramento que se habia hecho de no consentir en que Cecilia viniese á su poder con la menor señal de la munificencia de su familia y de sus protectores.

Los hombres honrados piensan como él.

Cecilia le expresó con mas fuego que nunca el amor que sentia.

— Ahora ya no hay obstáculos, le dijo; cuando tú quieras seré tuya.

Fernando reflexionó, creyó poder contar con los medios para comprar su felicidad al mundo: estaban á mediados de enero, y fijó el dia de su enlace en uno de los del mes siguiente.

— Nos uniremos, dijo á Cecilia, y pocos dias despues saldremos á viajar. Pasaremos la primavera en la casa de campo de Baztan, el verano en París, y en el otoño volveremos.

D. Antonio y Cecilia se entusiasmaron con este proyecto. Dª. Francisca, que no habia viajado mas que desde su pueblo hasta Madrid, se asustó y comenzó á combinar á su manera un plan que debia dar por resultado el desenlace de esta historia.

Fernando no dejaba de ver todos los dias al primo de Cecilia.

La hablaba de sus proyectos, de sus esperanzas, y Ernesto repetia :

— ¡ Qué dichoso eres! quien estuviera en tu lugar!

El presunto marido se ocupó del arreglo de su casa, y, lo que no dejará de parecer extraño á nuestros lectores, encontraba una poesía desconocida en las prosáicas operaciones del ajuste de muebles y demás menudencias que constituyen el ajuar de las casas.

Ernesto le acompañaba á todas partes, repitiendo su eterna frase :

— ¡ Qué dichoso eres! quien estuviera en tu lugar!

Fernando habló muchísimo con Cecilia en los dias siguientes al descubrimiento de sus amores.

— ¿Estás segura de que me amas? la preguntó.

— ¡ Oh ! segurísima.

— Y si alguna vez fuera yo desgraciado, ¿me amarias?

— Mas aun de lo que te amo.

— ¿Y si una terrible enfermedad me privase de los medios de trabajar, si yo quedase ciego?

— Entonces seria feliz trabajando para tí y haciéndote verlo todo con mis ojos.

— ¿Estás segura de lo que dices?

— ¿Estoy segura de que no podria vivir sin tí, de que solo á tu lado, aunque para no separarme nunca de tí tuviese que soportar los mas crueles tormentos, es como podré satisfacer el ardiente anhelo que tiene mi alma de consagrarse á tí. Pero no temas, añadió; Dios nos protege y el mundo nos bendice. Todos los que saben nuestra próxima union me dan la enhorabuena; todos nos auguran una dicha

sin límites : ¿habrian de equivocarse todos? ¿crees tú que podrá engañarme mi corazon?

Fernando, satisfecho por la milésima vez, se juró consagrar toda su vida á labrar la ventura de su amada.

Un dia halló Fernando á un conocido de D. Antonio.

— ¿Con que va Vd. á casarse con Cecilia? le preguntó.

Fernando le contestó afirmativamente.

— Buena boda hace Vd., continuó diciéndole : esa chica bien vale medio millon de pesos.

— Está Vd. equivocado, Cecilia es pobre : todo lo que tiene, que es talento y educacion, se lo debe á Dios y á D. Antonio.

— Ya se sabe que sí ; pero como los hijos heredan á los padres, y D. Antonio es rico...

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— Vamos, no se haga Vd. de nuevas... todo el mundo lo sabe, y es preciso estar ciego para no conocerlo. ¿No ha visto Vd. que es el retrato de él?

— ¿Pero qué dice Vd?... yo no comprendo.

— Será posible... ¿con que no sabe Vd. que es hija suya?

— ¿Hija de quién?

— De D. Antonio, pero como él no puede legitimarla...

Estas palabras produjeron dos efectos distintos en Fernando.

El primero fué ira contra lo que él creia una calumnia; el segundo le hizo decirse:

— ¡Cuánto me alegraria de que esto fuese cierto! La sociedad la arrojaria de su seno como á una hija

sacrílega, y yo la recogeria en mis brazos, la daria mi nombre y haria que la sociedad se humillase ante ella.

Pero el primer sentimiento dominó al segundo.

— Lo que acaba Vd. de decir, repuso, es una infame calumnia. Cecilia es pobre; sus padres viven en una aldea, y D. Antonio es demasiado honrado para ocultar un secreto que lo mas que haria seria enaltecer á Cecilia á mis ojos.

— Está Vd. ciego: le digo á Vd. que es su hija... y, ¡qué diantre! ¿porqué no confesarlo?... con el aditamento de la fortuna de D. Antonio se la puede tomar.

Apenas acabó de pronunciar las últimas palabras, se halló de rodillas á los piés de Fernando.

El jóven se alabanzó á él, y

— ¡ Miserable ! le dijo... pide perdon ó te aniquilo.

El pobre hombre asustado, se excusó como pudo y se marchó murmurando :

— Las verdades amargan...

Fernando se retiró á su casa pensativo.

— ¿ Será verdad lo que me han dicho ? se preguntó...

La prueba del parecido era exacta, pero si el jóven pudo acoger la revelacion y darla crédito, fué porque de este modo comprendia que era mayor el bien que iba á hacer á Cecilia.

No faltaron algunos oficiosos que le dijeran :

— ¿Porqué se casa Vd. con esa jóven?... no tiene mundo... Vd. merece mas.

Fernando no lós escuchó. Cada vez que trataban de separarle de Cecilia, le unian mas á ella.

La jóven por su parte estaba cada dia mas placentera.

Su rostro retrataba toda la felicidad de la virtud.

—Aun me parece verla, nos decia no hace mucho Fernando. Sus ojos apenas se atrevian á fijarse en los mios : un resplandor celestial los cubria. Ella, que nunca habia pensado en adornarse, cuidaba, para darme gusto á mí, sus cabellos, y cubria su cuerpo con un pañuelo azul que hacia resaltar la belleza de su rostro. Me parecia un ángel que se presentaba sobre un fondo de cielo.

Terminó el mes de enero, el mes de su ventura.

En el último dia Fernando visitó su jardin, y vió que el pensamiento empezaba á marchitarse.

Una profunda tristeza se apoderó de su corazon.

Corrió á ver á Cecilia, y la que al despedirse el

dia anterior habia estrechado su mano con efusion, le sauldó con frialdad.

Tambien Cecilia estaba triste y pensativa.

Dª. Francisca apenas despegó sus labios.

D. Antonio no estaba en casa.

— ¿Qué es esto? se preguntó Fernando, sintiendo al mismo tiempo un deseo vivísimo de llorar.

Para templar su pena habló de la gloria.

— ¿No comprendes, Cecilia, la dijo, no comprendes lo que vale un triunfo? Yo deseo poderte ofrecer esta emocion; pero si fuera posible que tú me la ofrecieses antes, gozaria aun mas.

Una lágrima asomó á los ojos de Cecilia.

Permaneció silenciosa; pero no así Dª. Francisca, que le interrumpió diciéndole:

— No sucederá eso mientras yo viva, pues no faltaba mas. Cecilia no necesita para nada esos triunfos y esos aplausos, y el que crea que ha de sacar partido de su habilidad, se engaña y tres mas nueve.

Acentuó tanto estas palabras, que cada una fué un dardo para el corazon de Fernando.

— No me ha comprendido Vd., señora, la dijo.

Cinco minutos despues se levantó y salió de casa de Cecilia.

La misma frialdad que al saludarle empleó al despedirse.

— ¿Qué es esto? volvió á preguntarse Fernando.

El dolor de su alma nada le respondia, pero le mortificaba.

Pasó una noche cruel.

El pensamiento perdia por instantes sus colores. y comenzaba á inclinarse como desmayado.

Al dia siguiente por la mañana volvió Fernando á casa de Cecilia, y la halló aun mas triste que el dia anterior.

Dª. Francisca le dijo que tenian mucho que hacer, dándole á entender que las dejase solas.

Preguntó por D. Antonio, y tampoco estaba.

Su ansiedad fué horrorosa. ¿Qué hacer en aquella situacion?

Salió á la calle, anduvo algunos pasos y de pronto se le ocurrió la idea de buscar á Ernesto.

Él habia estado en casa de Cecilia el dia anterior; segun le habian manifestado, habia tenido una gran conferencia con Dª, Francisca, y debia descifrarle el enigma de aquel repentino cambio.

Eran las doce de la mañana y Ernesto estaba todavía en el lecho.

Fernando le tendió la mano.

— ¡Tú por aquí! le dijo el primo. ¿Qué buen ángel te guia?

— ¡Oh! no es un ángel. es la desesperacion.

— ¡La desesperacion! ¿Pues cómo es eso? añadió el jóven perezoso con una imperceptible sonrisa burlona... Un hombre que va á casarse está desesperado... eso es adelantarse á los sucesos... al año de matrimonio seria una cosa natural... á mi amigo el poeta de Cuenca le ha pasado..... pero antes y á tí...

— No bromees, Ernesto..... tú eres un buen amigo mio, tú me quieres, ¿no es verdad?

— ¿Y puedes dudarlo?

— No lo dudo, lo creo y por eso te busco en mí afliccion.

— Veamos, ¿qué te pasa?

— ¿Lo sé yo por ventura?

— Entonces, ¿qué pretendes?

— Que tú me lo expliques.

— ¿Yo?

— Tú, sí.

— ¿Pero cómo?

— Cecilia no es la misma... su pura frente está velada por las sombras de un oculto pesar. Dª. Francisca se muestra indiferente y desdeñosa conmigo. D. Antonio abandona su casa cuando yo voy á ella. ¿Porqué sucede esto? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa?

— Hombre, yo no lo sé, pero tienes razon: todo

lo que has notado me ha parecido á mí notarlo ayer.

— ¿Y no te han dicho nada?

— Nada absolutamente. Es decir, nada respecto de eso. Hablé, sí, con Cecilia; hablamos mucho, la pinté por tu bien todo lo grande, todo lo extraordinario del paso que iba á dar uniéndose contigo; la expliqué sus deberes, sus obligaciones, y para acostumbrarla á todo le dije sin ambages lo que era un matrimonio donde se concluia el amor, y donde al mismo tiempo de concluirse el amor, se acababan los recursos. La aconsejé que en vez de figurarse una vida tranquila y sosegada con las comodidades necesarias, se acostumbrase á la idea de una escasez inesperada, de una enfermedad larga, de una casita con cuatro paredes, sin criados, teniendo que hacerlo todo: en una palabra, la expliqué la verdad. Si le amas todavía despues

de lo que te he dicho, puedes casarte con los ojos cerrados, añadí.

— ¿Y entonces ella...?

— Entonces me confesó que yo tenia razon y que te amaba mucho, pero que ella creia ser muy jóven todavía para empeñarse en una lucha tan peligrosa; y si te he de decir la verdad, este pensamiento es el que creo que la ha entristecido tanto.

Fernando, que en otra casion hubiera aniquilado á Ernesto solo al pensar que sus palabras necias, inútiles, tan alarmantes como faltas de sentido comun, habian podido alterar su ventura, se contentó con suspirar amargamente.

— Al fin es una niña, añadió Ernesto, y las niñas al fin...

Fernando tomó una resolucion instantánea.

— Adios, dijo á Ernesto, despidiéndose de él. Si vas á verla tranquilízala.

— Sí, luego iré... Adios.

Cuando salió Fernando, Ernesto dió media vuelta en la cama y se quedó murmurando :

— ¡Pobre chico! que los hombres lleguen con el amor á ser tan ciegos y tan estúpidos!

Esto lo decia Ernesto, y Ernesto amaba tambien.

Fernando fué á su casa y decidido á ver á Cecilia por la noche: pero temiendo no poder hablarla, la escribió una de esas cartas tiernísimas, donde el alma se presenta con toda su pureza.

« Si ese pesar que nubla tu semblante, la decia, es el temor de no vivir feliz al lado mio, Cecilia, yo te perdono tu inexperiencia, yo te perdono porque te amo, y te devuelvo todos tus juramentos,

todas tus promesas, pero sin retirar las mias. Esperaré un año, dos, veinte, todo el tiempo que quieras. Si te han hecho pensar en que es preciso para vivir una fortuna, yo la conseguiré para ofrecértela. Dáme un plazo, y cuando se concluya vendré á buscarte como me desees. Pero si tu pesar no es un temor, dímelo, porque me mata verte triste. Te ama y te amará siempre

Tu Fernando. »

Al mismo tiempo que le entregó esta carta, prueba evidente de su cariño y de su abnegacion, recibió otra,

Cecilia le decia :

« Estoy pensando mucho en nuestro porvenir, y veo nuestra union como acostumbra á verla el mundo. Al lado de inmensas alegrías descubro tristezas infinitas. Fernando mio, te voy á hacer una

pregunta que nunca se me ha ocurrido. ¿Has amado á otra mujer antes de conocerme? Contéstame por Dios, porque tengo ansia de saberlo. Te amo y siempre seré tuya. »

Esta extraña pregunta, las reflexiones de Cecilia acabaron de trastornar la razon de Fernando.

— Pero ¡Dios mio! ¿qué puede ocurrir? ¿Quién ha encendido la tea de la discordia? ¿Quién se complace en atormentarnos?

Mas tarde reflexionó que el contenido de la última carta que la habia entregado la tranquilizaria.

Aquello era el último rayo de esperanza que le quedaba.

Fué á verla al dia siguiente, y descubrió en sus ojos las huellas de las lágrimas.

Dª. Francisca hasta fué grosera con él.

Buscó á D. Antonio, y tampoco lo halló : quiso hablar con Ernesto, y no pudo encontrarle.

Sin embargo, Cecilia le entregó una carta.

Aquel papel debia ser la solucion del enigma.

Temiendo y deseando descifrarle, llegó hasta su casa.

Se encerró en su cuarto y lo leyó.

Cinco minutos despues estábamos á su lado el médico y nosotros.

El médico vivia en la casa inmediata, era un amigo nuestro, y al ver á Fernando entrar en su habitacion fuertemente agitado , nos inspiró recelo su salud y corrimos en su auxilio.

Hé aquí lo que decia la carta fechada en aquel dia, el 4 de febrero :

« Despues de todo lo que ha ocurrido en estos úl-

timos dias, debo decir á Vd. que por fortuna nada sufro, ni espero disfrutar en mi vida mayor felicidad que la que experimento. No estoy triste por tanto, pero sí pesarosa de haber dejado sorprender mi inexperiencia por ese fárrago de huecas palabras que me ha regalado Vd. en sus conversaciones y en sus cartas : así es que me he engañado completamente al decirle á Vd. que le amaba. Habiendo sondeado un poco mi corazon, me he convencido de que no profeso amor mas que á la virtud, al trabajo y á mi familia. Sírvase Vd. no molestarse ni molestarme en lo sucesivo con un amor que no siente ni puede sentir por Vd. S. S. Q. B. S. M. »

— ¿De qué servirian cuantos comentarios pudiéramos hacer?

Debemos apresurarnos á decir que Fernando no creyó que aquellas líneas las hubiese dictado el co-

razon de Cecilia ; pero ¿por quién habian sido inspiradas á la jóven?

Fernando pasó una noche de delirio , de fiebre.

¡Cuántas resoluciones tomó ! Él , honrado , que la amaba mas que á su vida , pensó en matarla, y sintió un goce desconocido al cruzar esta idea terrible por su mente.

Pero á la agitacion siguió una calma helada, terrible, amenazadora.

Pasó la noche.

Al dia siguiente bajó al jardin y halló la flor enteramente marchita...

— ¡Pobre flor ! dijo... tú eras la imágen de su alma , y á un mismo tiempo habeis muerto las dos.

La cortó de su tallo y la guardó para siempre.

Esperó á las doce del dia, y al dar se dirigió con paso lento á casa de Cecilia.

No pensaba en nada, un dolor sordo le abrasaba el corazon.

CAPITULO XV.

EL ÚLTIMO SUSPIRO. — UNA EXPLICACION DOLOROSA. — LA ANTEPENÚLTIMA PRUEBA. — LÁGRIMAS.

Cuando Fernando entró, habia visita en casa de Cecilia.

Fernando saludó á todos con finura y se sentó.

Miró á Cecilia, pero ella no se atrevió á mirarle.

— ¿No tendremos el gusto de oir á Vd. tocar el piano? la preguntó uno de los amigos que allí estaban.

Cecilia no se hizo de rogar : necesitaba desahogarse, y ella hablaba con el piano.

¿No recordais que os hemos hablado anteriormente de un precioso nocturno, *La pasion,* que ella tocaba con una expresion admirable ?

Pues esto fué lo último que tocó para Fernando.

Jamás he oido una música mas conmovedora, nos decia Fernando al contarnos su impresion de aquel instante. Aquella melodía dulcísima caia gota á gota como un bálsamo del cielo sobre mi corazon. Era la confesion de la culpa y la súplica del perdon , era un grito de la conciencia próxima á extinguirse , era el último suspiro de un alma

apasionada, era la última lágrima, era la muerte de un sentimiento, era un adios eterno.

Cecilia estaba sublime.

Fernando la escuchó extasiado: un instante despues sintió que su corazon se helaba, que temblaba su pulso.

Fernando se quedó solo con Cecilia.

Dª. Francisca y D. Antonio, que habian salido á despedir á sus amigos, entraron de nuevo en la sala.

Una nube sombría se dibujó en todos los semblantes.

La tormenta iba á estallar.

Fernando rompió el silencio.

— He venido, les dijo, á dar á Vds. cuenta de un suseso que cambia enteramente todos los pro-

yectos que hemos concebido juntos. Vds. me han otorgado la mano de Cecilia; Vds. deben saber el motivo que me obliga á renunciar para siempre á la felicidad de unirme á ella.

— Hable Vd.. dijo con sequedad D. Antonio.

— Esta señorita, añadió Fernando señalando á Cecilia, esta señorita, que anteayer mismo me juraba todavía amarme eternamente, ha hecho llegar á mis manos una carta, en la que no solo falta á sus juramentos sino que me insulta como á un infame criminal. Oigan Vds. lo que me ha escrito.

Fernando leyó la última carta de Cecilia con voz acongojada.

— Ahora bien, continuó, como que nuestro amor, al ser protegido por Vds., ha adquirido un nuevo carácter de formalidad además del que ya anteriormente tenia, debo decir á Vds., en vista de

esto, que nuestras relaciones quedan rotas. Pero antes necesito una explicacion y exijo que se me dé.

— Aquí no hay ninguna explicacion que dar, exclamó D. Antonio con estentórea voz. La niña ha conocido que no le amaba á Vd. y se lo ha confesado; nada mas natural.

— ¡Oh! no: yo necesito una explicacion y se me dará...

— La explicacion es que nos deje Vd. en paz. Ya es demasiado tarde... está Vd. conocido. Pero, amigo mio, se ha llevado Vd. chasco... se le ha escapado de las manos el negocio...

Al oir estas insultantes palabras, Fernando se levantó frenético, dispuesto á destrozar con sus manos aquella infame lengua que le ultrajaba.

Un rayo de luz iluminó su mente.

— Si Cecilia no le debiera á Vd. tantos beneficios y yo no fuera tan honrado, le habria hecho á Vd. pedirme perdon por sus insultos, ó hubiera Vd. perecido á mis manos.

Dª. Francisca, asustada al ver el giro que tomaban las cosas, trató de apaciguar á D. Antonio y á Fernando.

Cecilia, que ya no podia contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, salió de la habitacion.

— Vd. ha dicho, repuso Fernando, que yo he venido á hacer aquí un negocio, y es necesario que me explique Vd. sus palabras.

— Sí, señor, un negocio... porque unirse á una jóven de talento, honrada, virtuosa... pero no hay mas que hablar, todo está concluido.

— No lo está, porque yo soy un hombre de ho-

nor, yo he pedido la mano de Cecilia, Vds. me la han otorgado, y...

— Es Vd. muy cándido, amigo mio. ¿De qué le sirve á Vd. el talento? ¿No ha conocido Vd. que al concedérsela hemos jugado con su corazon? Ni su tia ni yo podíamos disponer: ¿no tiene padres? ¿Se la ha pedido Vd. á ellos? — ¡Bah! ¡bah!... qué candidez...

— Esa es una infame intriga.

— Será lo que Vd. quiera, pero espero que en lo sucesivo no volverá á molestarnos con sus visitas.

— ¡Ah! Vd. me ha robado toda mi felicidad, Vd. ha sido el que ha dictado esa funesta carta que he leido, Vd...

— ¡Qué tontería! ¿no ve Vd. que la chica no le quiere?

— Miente Vd... su corazon es mio.

— Despues de lo que ha escrito...

— Ella no ha escrito mas que lo que la han dictado.

— Es Vd. un terco, y quiero convencerle. — Cecilia, ven acá.

— ¡Ah! no la llame Vd... no la martirice Vd. mas...

— Ven, ven acá.

Cecilia se presentó : sus ojos eran dos llamas de fuego.

— ¿No es cierto, la preguntó D. Antonio, no es cierto que tú sola has escrito con plena libertad la carta que nos ha leido este caballero?... responde...

— Sí... murmuró Cecilia á media voz.

— No.. no es verdad... dijo Fernando... Si te creyera capaz de haberla escrito, te mataria aquí mismo... pero te perdono y te amo todavía... Sí, te amo como tú me amas, como tú me amarias si no hubiéramos sido juguetes de los cálculos frios y malvados de las personas que creen que te quieren. Pero mi conciencia está tranquila. Adios, adios.

Al decir esto estrechó la mano de Cecilia y la halló helada.

— ¡Dios mio! se dijo, he estrechado la mano de un cadáver... y sin poderlo remediar, lloró muchísimo.

— No... no ha faltado á sus promesas... no es una infame... ha muerto, ha muerto!

¿Qué impresion dejó en Cecilia esta terrible escena?

Por desgracia suya, ninguna. Era verdad que habia muerto. Como la flor del jardin de Fernando se habia marchitado su alma.

Aun vivia, pero vivia como un autómata.

Fernando cayó enfermo con esa enfermedad que se llama *recuerdos de un bien perdido*.

¿Qué habia motivado aquel extraño cambio? ¿Quién habia muerto al alma de Cecilia!

Nadie lo sabe de fijo : hé aquí las conjeturas solamente?

CAPITULO XVI.

ERNESTO SIRVE DE EMBAJADOR. — VARIAS RESOLUCIONES. — LOS AMIGOS DE D. ANTONIO. — EL VERDADERO AMOR. — EXPIACION.

Renunciamos á describiros las infinitas ideas que cruzaron por la mente de Fernando.

Despues de una lucha en la que sus ensueños, sus esperanzas le acariciaban para hacerle mas in-

tensos sus dolores, despues de combatir con su desgracia, se acordó de la Providencia, y su angustiado corazon se calmó.

— La amaré aunque no me ame, se dijo, la devolveré bien por mal, la salvaré de todos los peligros : ella me hace desgraciado, y yo la haré feliz.

Esta resolucion tan religiosa como sincera ahuyentó de su imaginacion los espantosos pensamientos que le atormentaban.

Hubo un amigo, un buen amigo, que le dijo :

— No te fies de Ernesto; él te ha vendido y continuará haciéndote el daño que pueda.

— ¡Él, repuso Fernando, él que me quiere tanto, él que tantas pruebas de afecto ha recibido de mi!... no es posible.

En esta creencia se dirigió á buscarle.

Ernesto deseaba tambien tener una entrevista con Fernando.

El primero se presentó con una mansedumbre y una humildad jesuíticas al segundo.

— Te compadezco, le dijo..... pero no hay que desmayar..... el mundo es grande, y los hombres honrados como tú encuentran siempre premio á sus buenas acciones.

— No te pido consuelo, te suplico aclaraciones, le dijo Fernando.

— No solo aclaraciones sino satisfacciones te daré. Me han encargado de ello. D. Antonio se ofuscó demasiado, y sin querer herirte en lo mas mínimo, te insultó.

— ¿Pero porqué? veamos porqué. Cuando un tribunal condena á un reo le lee su sentencia. ¿Cuál es la mia?

— ¿Tú tienes enemigos? le preguntó Ernesto.

— Creo que no.

— Pues lo parece al menos. No puedes figurarte las cosas que le han dicho á D. Antonio. Te han pintado á sus ojos como un ser pervertido, y esto es lo que ha causado su rompimiento y el desamor de Cecilia.

— No hay tal, dijo Fernando: él mismo lo confesó. Desde el primer instante se han opuesto á nuestra union, pero han fingido protegerla para inspirar mas confianza á Cecilia al presentarme á sus ojos como me han presentado..... pero ella..... ¡oh! ella.....

— Ella es una niña... te lo he dicho mil veces... debes no hacerla caso, despreciarla...

La conversacion de los dos jóvenes duró mas de dos horas.

Fernando dedujo que alguno de esos seres infames que se complacen en alterar la paz de las familias, en verter hiel sobre los corazones mas felices, habia destruido toda su dicha.

¿Pero quién era este ser oculto?

Fernando estaba seguro de que la verdad se descubriria, y no le herian las infames calumnias que le habian levantado.

Esperaba en Dios, pero sentia que Cecilia hubiese dado crédito á lo que la habian dicho.

— Que sea muy feliz, se contentó con decirle, que sea muy feliz; yo perdono á todos menos al vil calumniador. A ese, en cuanto le halle, le escupiré en el rostro y lo pisotearé.

— Pero los dos nos veremos siempre, añadió estrechando la mano á Ernesto, los dos nos reunire-

mos para hablar de Cecilia, porque yo nunca dejaré de amarla.

¡Cómo pintar la profunda tristeza que se apoderó del alma de Fernando!

¿Sabeis lo que es desear, conseguir y perder á un mismo tiempo la mayor dicha de la tierra? ¿Sabeis lo que es consagrar toda la vida á un objeto, acostumbrarse á acariciarle, á conservarle, creerlo poseer para siempre y encontraros con que os lo roban, con que no lo volveréis mas á ver?

Pero si aquel inmenso bien que perdia Fernando mortificaba su alma, las confianzas que Ernesto le habia hecho le habian clavado una espina que hacia brotar la sangre de su corazon.

Entre otras cosas le habia dicho :

— D. Antonio ha creido, por lo que le han con-

tado, que tú sabias que Cecilia debia heredar todos sus bienes, y que esto te movia á enlazarte con ella : además sus amigos le han hecho comprender que, no teniendo tú grandes recursos, te aprovecharias del talento de Cecilia y la explotarias para saciar tu ambicion que, segun se han expresado, es inmensa y puede tanto en tí, que por satisfacerla serias capaz de todo. Ya ves que estos son cargos muy terribles, y aunque yo estoy seguro de su injusticia, no dejarás de conocer que son muy suficientes para alarmar á cualquiera.

Mas hubiera querido que Cecilia hubiese clavado un puñal en su pecho, que no que hubiese dado crédito á tan infamantes calumnias. Pero si le habian atropellado, si le habian sentenciado sin juzgarle, si le cerraban todos los medios de defenderse, ¿qué podria hacer para lograr el triunfo de la verdad?

Hay una hora suprema en la que la justicia divina

acepta ó rechaza los juicios de los hombres : Fernando la esperaba ; pero si Cecilia le habia perdido todo el amor, ¿escucharia el fallo de Dios, despues de haber oido el de los hombres?

Fernando no era egoista. Amaba á Cecilia para poder hacerla feliz, era bastante generoso para perdonarla sus perjurios ; pero no podia soportar que le juzgase como á un ser depravado. Su conciencia, su dignidad se volvian irritadas contra el mundo calumniador.

—Díme que me has perdido todo el cariño, pero no que me crees malvado, la hubiera dicho si ella hubiera querido escucharle.

Pero el tiempo pasó : Cecilia desapareció de la vista de Fernando ; y el jóven, angustiado, sin explicarse el terrible tormento que llenaba de lágrimas sus ojos, abatido, casi loco por la intensidad de sus dolores, vivió muriendo algunos dias.

Ernesto iba á verle, le consolaba, hablaban de Cecilia, y cada vez le hacia una nueva revelacion.

— La han afirmado que estás enfermo y que tu enfermedad no tiene cura, le decia unas veces.

— La han asegurado que al dia siguiente de vuestra boda hubieras tenido que pedir limosna para darla de comer, le decia otras.

Se complacia en pintarle la indiferencia de su prima.

— Haz lo que ella, le decia; ya ni se acuerda de tí.

Todas estas palabras eran puñales para el corazon de Fernando, pero estaba tan ciego que no conocia al dar la mano con cariño á su amigo que acariciaba á su verdugo.

Ansioso de saber noticias de su amada, visitó á

los amigos de D. Antonio que le habian abierto sus brazos al conocerle.

Habia entre ellos dos, de los que haré mencion : un sacerdote y un profesor de música.

Los dos le profesaban un afecto muy grande : los dos creian en él y no podian comprender cómo D. Antonio, que tan entusiasta suyo se habia manifestado, hubiera podido dar crédito á las calumnias levantadas á su jóven amigo.

Eran prudentes : conocian las causas de aquel cambio, sabian apreciar á Fernando en su justo valor, y cuando la familia de D. Antonio le arrojaba de su seno como á un malvado, ellos le tendian los brazos, estrechaban su mano con cariño y hasta al verle llorar sentian agolparse á sus ojos algunas lágrimas de compasion.

Fernando... ¡lo que es tener buen corazon! Fer-

nando, que habia perdonado á Cecilia y que se figuraba que arrepentida y pesarosa recordaria sus esperanzas cuando él, volviéndose á acercar á ella la librase del rubor de pedirle un perdon que deberia desear obtener, la escribió recordándola el pasado.

« Me has jurado eterno amor, la dijo, me has prometido muchas veces ser mia, has ofrecido á Dios amarme eternamente, y sin embargo no has tenido valor para seguir los impulsos de tu alma, y no te ha faltado para destruir con un golpe todas mis ilusiones, para herirme no solo con el desden sino tambien con el insulto. Yo te dije un dia :

— « Si me clavases un puñal en el pecho, besaria tu mano y te bendeciria al morir. »

» Quiero probarte que no soy tan malo como me han presentado á tus ojos. En el momento de reci-

bir tu última carta, debí despreciarte para siempre porque nada justificaba tu conducta, debí dejarte sola con tu conciencia : Dios hubiera cuidado de mí. Sin embargo no pude : comprendí que una intriga infame nos separaba, comprendí que llegaria un instante en el que tú comprenderias el mal que me habias hecho, en el que apreciarias mi amor y mis deseos. Yo perdoné tu carta porque tú no la habias escrito, me propuse alcanzar cuanto te habia prometido y ofrecértelo de nuevo.

— » Si no lo acepta, dije, si ha podido romper para siempre los lazos que nos unian, si despues de haber estrechado mi mano con amor puede estrechar la de otro, si me ha engañado, si su alma en vez de ser la de un ángel es la de una mujer y de una mujer mala, entonces daré gracias á Dios por haberla separado de mí. No seria digna de ser la compañera de mi vida, la madre de mis hijos, y para castigarla bastaria el desprecio; pero si es

buena, ni el tiempo ni la distancia me la podrán robar. Esperaré.

» Este pensamiento me tranquilizó. y ya ves no me avergüenzo al confesarte que te amo mas que nunca. que te amaré hasta convencerme de que tu alma se ha extinguido ó de que eres una infame.

» Antes de condenarme debes oirme. Si me crees culpable, yo me sinceraré á tus ojos. Al conocerte te dije, « que no tengamos nunca que arrepentirnos de habernos hecho infelices por falta de reflexion ó sobra de debilidad en llevar á cabo nuestros propósitos. » Acuérdate de todo y explícame tu comportamiento. Te lo suplico por el recuerdo de nuestro amor. »

Fernando le envió esta carta. y en vano esperó dias y dias una respuesta.

Una mañana fué Ernesto á su casa.

— D. Antonio está enfermo, le dijo. En unos dias no nos podremos ver porque voy á velarle.

Fernando, que tantos ultrajes habia recibido del protector de Cecilia, sintió no poder correr á la cabecera de su cama y pagarle con los cuidados de un hijo todo el daño que le habia hecho.

Tres dias despues recibió una carta de Cecilia.

En ella habia tres frases terribles.

— « Te he perdido todo el cariño que te profesaba. le decia.

» No quiero pensar mas en el amor, porque ahora *soy feliz y disfruto de una inmensa tranquilidad.*

» Me alegraré que seas muy dichoso ya que no tomaré nunca mas parte en tus felicidades. »

¿Era posible que una mujer, no ya privilegiada sino buena, trazase aquellas palabras?

Fernando en un arrebato de desesperacion corrió á su casa sin saber lo que la diria, pero dispuesto á confundirla.

Al llegar á la puerta se detuvo.

Cuatro hombres salian conduciendo un ataud.

Fernando sintió una emocion extraña. Quiso hablar.

— Silencio, le dijo Ernesto: es D. Antonio, reza por su alma.

CAPITULO XVII.

LA ENVIDIA Y LA IGNORANCIA. — EL BESO DE JUDAS. — UN ARREBATO. — LA ENFERMEDAD DE DON ANTONIO. — EL HOMBRE ANTE DIOS. — PENSAMIENTOS DE FERNANDO. — LA ÚLTIMA ESPERANZA.

Nuestros lectores ignoran todavía las verdaderas causas del inesperado rompimiento de Cecilia con Fernando : tienen noticia de los efectos , pero ignoran su orígen.

Vamos á hacer algunas aclaraciones.

D. Antonio acogió á Fernando con verdadero afecto, con entusiasmo. Dª. Francisca se doblegó á la voluntad de D. Antonio.

Porqué disponian los dos de Cecilia, teniendo esta sus padres, es un misterio que ni queremos ni podemos descifrar.

Pero lo cierto es que formaron sus planes y encontraron muy aceptable la boda de Fernando con Cecilia.

Una cuestion de forma separó la voluntad de Dª. Francisca de la de D. Antonio.

Fernando habia dicho :

— A los dos dias de nuestro enlace nos iremos á pasar cuatro meses en el campo, despues haremos un viaje á París.

Esta manifestacion alarmó á la tia.

— ¿Porqué se la querrá llevar? se dijo; y mas tarde pensó que no era conveniente este viaje por diversas razones que ella se dió á su modo.

Con solo que lo hubiera indicado, Fernando hubiera prescindido de sus teorías y sus deseos.

Él amaba á Cecilia y queria obtenerla á toda costa.

Pero Dª. Francisca se guardó muy bien de decir nada.

A pesar de su falta de sentido comun, ideó un plan digno de un autor de comedias.

Una mañana fué á visitarla Ernesto.

Estaba sola.

— ¿Con que ya es cosa hecha, la dijo; con que la boda de Cecilia y Fernando se efectuará en febrero?

— Así parece... y á tí te alegra que se casen...

— Yo... los envidio... van á ser tan felices... ¡quien estuviera en su lugar!...

— Sí, pero quiere llevársela en seguida al extranjero, á Francia... ¿No crees tú que esto es una imprudencia?

¿Pues no ha de serlo?... y mucha.

— Y si te he de decir la verdad, desde hace algunos dias yo no sé qué pensar de Fernando... si por mí fuera... pero ya se ve, D. Antonio cree que con el tiempo... Lo positivo lo cierto y nada mas. Figúrate un muchacho sin fortuna, y con unos proyectos... tan... no... no... te digo que con gusto desharia lo hecho.

La conversacion duró mas de media hora.

Al despedirse, dijo Ernesto á Dª. Francisca :

— Descuide Vd., que yo hablaré con ella, la asustaré, la diré muchas cosas de Fernando. Haré otro tanto con D. Antonio, y como saben que soy su amigo, que yo me intereso por su suerte, que conozco todas las interioridades de Fernando, me creerán y el triunfo será nuestro.

— No digas nada á nadie, repuso Dª. Francisca... y en cuanto á tí, se hará lo que se pueda para que al fin te cases.

Se separaron, y al dia siguiente comenzó Ernesto á deshacer la laboriosa obra de Fernando.

Cecilia, débil de carácter, muy débil, tanto que por él ha perdido sus mas felices esperanzas, al oir hablar á Ernesto, al oirle pintar los horrores del matrimonio, al escuchar las confesiones íntimas de los defectos que habia encontrado en su amante, defectos que podrian labrar su desgracia en vez de proporcionarla su ventura, se asustó, se entriste-

ció ; Dª. Francisca remachó el clavo ; Ernesto continuó presentando á Fernando á los ojos de D. Antonio como á un malvado . como á un infame á quien solo movia el interés. D. Antonio se arrebató , su *amor propio* , siempre su amor propio ! ofuscó su vista , añadió á las observaciones de Ernesto nuevas observaciones , nuevos consejos. Cecilia se amedrentó entonces de una manera lastimosa , perdió tambien su buen sentido , el miedo sofocó los impulsos de su alma, trazó con su mano las terribles palabras de su última carta , y sin pensar en lo que hacia , sacrificándose sin conocer el valor de su sacrificio , dejándose matar los nobles sentimientos de su corazon , renunció para siempre á su única felicidad , y dió lugar á los sucesos que ya hemos referido.

La ignorancia y la envidia se reunieron para matar cuanto de noble y bueno habia en su alma.

La excitacion de D .Antonio duró en él muchos

dias : Dª. Francisca , entusiasmada con el éxito de su intriga , y Ernesto , que iba á su casa con mas asiduidad que de costumbre, trataban de calmarle, pero en vano.

Ernesto — ya lo sabemos — no dejó de visitar á Fernando ni de darle consuelos , calificándole del hombre mas honrado de la tierra.

Cuando estrechaba su mano, era Judas dando el beso á Jesucristo.

¡Algun dia se ahorcará como el traidor discípulo!

Pero olvidémosle por un instante para consagrar algunas líneas, las postreras á D. Antonio.

Es uno de los principales personajes de nuestra historia.

Con solo recordar su retrato , que bosquejamos en las primeras páginas de este libro, bastará para

conocer que su comportamiento respecto de Fernando no era una consecuencia de su carácter, sino un arrebato, una ceguedad, una fiebre.

Hombre de corazon, de sentimientos, que sus años habian adormecido pero no apagado, al ver unidos á Cecilia y á Fernando, á la primera á la que amaba como á una hija, al segundo á quien profesaba uno de esos verderos afectos que siente el alma sin saber porqué, á quien habia confiado todos sus secretos, de quien esperaba la felicidad de su ahijada, al contemplar su union se habia entusiasmado, y su mayor ventura fué desde entonces la de facilitarles todos los medios para que llevasen cuanto antes á cabo un pensamiento que bendecia y que tan plenamente satisfacia todas sus aspiraciones, todas sus esperanzas.

Engañado por las apariencias, herido sin saberlo con las calumnias fraguadas á Fernando, sus ojos

se cegaron; se vió primero defraudado, ultrajado despues, y sin reflexionar, presa de un vértigo terrible, hizo todo cuanto hemos visto, en una palabra destruyó su felicidad y la de Cecilia, se acarreó la enfermedad que le llevó al sepulcro.

La situacion en que Fernando le pidió explicaciones fué tan violenta, lucharon tanto en él á un mismo tiempo su afecto reprimido, pero no sofocado por completo, y su ira al creerse engañado, que cuando el jóven los dejó solos, cayó abatido en un sillon y tardó mucho tiempo en levantarse.

— ¡Nunca lo hubiera creido! exclamaba casi sollozando. Cuando se levantó para irse al lecho llevaba ya en su corazon la herida que Dª. Francisca, la mujer que mas beneficios le debia, y su sobrino le habian abierto destruyendo sus últimas ilusiones, armando su brazo para romper los vínculos que sin saberlo él le ligaban á la vida.

Su reaccion fué dolorosa. Acariciaba á Cecilia.

— ¡Pobre hija mia! la decia; tú tan buena... tú que eres un ángel ibas á ser la mujer mas desgraciada de la tierra.

Pasó muchos dias en el lecho.

Cuantos le iban á ver oian sus suspiros.

D. Antonio tenia buen corazon.

Un dia que se sintió mejor quiso salir: Dª. Francisca le acompañó en un carruaje.

Pasearon: todo le parecia sombrío; él, que habia soñado en los últimos años de su vida una felicidad desconocida al ver dichosa á Cecilia, á su obra, como él la llamaba, al perder la esperanza de esta ventura perdió todo lo que le quedaba en el mundo.

Al volver á su casa se encontró peor. Volvió á

meterse en el lecho, y entonces fué para no volver nunca á levantarse.

Cecilia estaba en un estado de idiotismo.

Sin saber porqué, y como si todos los objetos la causaran miedo, se acercaba á su primo.

¡Para ella habia sido su salvador!

El médico fué llamado, y al observar el estado del enfermo, hizo una de esas señales que tanto recelo inspiran á las familias que tienen á uno de sus miembros postrado en el lecho del dolor.

Para Dª. Francisca pasó desapercibida.

Al dia siguiente volvió y le halló todavía en peor estado. Repitió dos veces mas su visita, y al despedirse lo mandó administrar.

— Pues no faltaba mas, dijo Dª. Francisca... como si se encontrara en el postrer momento... Yo no le voy con esas embajadas.

Cecilia no opinó : Ernesto no tenia mas opinion que la de su tia.

La fiebre se aumentaba en D. Antonio : la respiracion le faltaba por momentos.

« ¡Ah ! en aquellos instantes supremos, decia Fernando, en aquellos instantes en los que el hombre, despojado de sus pasiones, con los ojos fijos en esa puerta misteriosa que separa la vida de la muerte, está solo ante Dios, en aquellos instantes en que alma se purifica y comprende á las otras almas, hubiera yo corrido á su lado, hubiera estrechado su mano y le hubiera dicho : « Mírame... júzgame, soy el mismo á quien habias ofrecido dar tu mas preciado tesoro : aun es tiempo... arrepiéntete de tu conducta, no me condenes antes de juzgarme y verás como al volver á abrirme tus brazos, al confiarme de nuevo ese ángel que ha sido el de tu guarda hasta que tú mismo, en tu arrebato, le has asesinado, hasta que tú, querién-

dole manifestar un inmenso cariño, has ahogado estrechándole contra tu seno... Al borde de la tumba aun podemos hacerte feliz... Tu bendicion será el perdon para ella, será la dicha para mí. »

D. Antonio tuvo antes de morir una fiebre que le duró muchas horas.

Algunas frases inconexas demostraban su arrepentimiento : apretaba sus manos como queriendo estrechar las de un ser imaginario que se figuraba tener al lado suyo.

— Fernando... decia... Cecilia, hijos mios... perdonadme...

Pero estas palabras no las oia Cecilia.

La habian dicho que no entrase en la habitacion, y habia obedecido.

Quizás entonces escribia aquella carta terrible en la que, engañándose á sí misma, decia : « Ahora

soy muy feliz y disfruto de una inmensa tranquilidad. » Casi en los momentos en que espiraba D. Antonio, la recibió Fernando.

El enfermo pidió un confesor. Dª. Francisca, empeñada en que era mas aprehension que otra cosa lo que tenia, se negó á buscarle.

Un amigo de D. Antonio, un íntimo amigo, entró á verle momentos antes de espirar y pudo hablar con él.

Cuando se separaron se quedó mas tranquilo.

Diez minutos despues, sus ojos se nublaron, creció la agitacion de su pecho.

— Una congoja... una congoja, dijo Dª. Francisca, que vayan á avisar al médico.

— El médico llegó tarde.

— Señora, la dijo despues de pulsarle, encomiéndele Vd. á Dios.

Cecilia, al perderle, no supo lo que habia perdido.

Dª. Francisca y Ernesto buscaron en los papeles de D. Antonio su testamento.

Cecilia permaneció muchos dias como anonadada.

Al dia siguiente fué depositado el cadáver en una iglesia, y se reunieron los testamentarios para leer la última voluntad del difunto.

Instituia por su heredera universal á Dª. Francisca : de Cecilia no hacia ni siquiera mencion.

Todos saludaron á la nueva propietaria segun costumbre; le dieron , una hora despues del pésame , la enhorabuena , y todo cambió de aspecto en la casa.

Ernesto fué á ver á Fernando , le contó los detalles de la muerte de D. Antonio y concluyó su relacion con esta frase :

— Cecilia me ha encargado que te diga que ahora menos que nunca debes pensar en ella. Te ha olvidado completamente : su tia dice que tú has sido la cauaa de la muerte de D. Antonio, y por lo tanto espera que no la asediarás. Aunque la veas no la saludes , no la pares . no la hables : tiene miedo. Yo tambien creo que tú te portarás así por darme gusto.

Fernando escuchó con dolor cuanto le dijo Ernesto , y al separarse de él escribió á Cecilia una carta.

Habia sabido que nada habia heredado : su corazon le impulsó á ofrecerla de nuevo su amor y su vida.

Ernesto fué el encargado de dar contestacion á esta epístola.

— Por Dios te pido , le repitió , que olvides á

Cecilia. Me ha encomendado que te diga en su nombre contestando á tu carta que no te ha abandonado por creerte indigno de ella, sino porque se le ha acabado el amor. Ya nada siente : déjala en paz.

Tambien se permitió decirle :

— Ya te he manifestado que la causa de todo ha sido D. Antonio. No te queria bien , y te robó su cariño.

Fernando se contentó con responderle :

— Pues bien , si se ha olvidado ya de mí , díla que todavía la amo , y que hasta que yo muera no cesaré de amarla.

Ernesto , en vez de decirla estas palabras , que revelaban hasta lo infinito la bondad de alma de Fernando, continuó desacreditándole á sus ojos , y lo que es mas, infundiéndola miedo con él.

Fernando no comprendia que Ernesto era su

mayor enemigo, y sintiendo profundamente el desamor de Cecilia, vivió algunos dias en esa lucha terrible del que no cree y espera.

En este tiempo brotaron de su pluma algunas sentidas estrofas que retrataban el estado de su alma, el temor, el deseo, la esperanza.

Hijas de un momento, expresaban sus impresiones segun las experimentaba.

Vamos á copiar algunas : hélas aquí.

Al recordar que Cecilia le confesaba que era dichosa, su mano trazó estos renglones :

¡Eres feliz!... ¿y lo dices?
Mientes, pobre niña, mientes.
No pueden ser venturosas
Las que á sus amantes venden.
Tú me juraste, no há mucho,
Ser mia y amarme siempre;
Si has faltado á tus promesas,
¿Cómo ser dichosa puedes?
Me dices que has olvidado
Las dulces horas alegres

En que jurábamos juntos
Amarnos eternamente;
Que en mí no piensas, que vives
Entre dichas y placeres.
¡Ay! pobre niña, engañarme
Por segunda vez no puedes;
Hay un Dios, que es tu conciencia,
Y gritas porque le temes.
Al matarme te has matado.
No eres feliz... mientes, mientes.

Otra vez, presa de una profunda melancolía, trazó estas líneas:

Aun suenan en mi oido
Tus promesas de amor, y el alma siente
El éxtasis divino que probaba
Cuando tu mano ardiente
Con la mia frenético estrechaba.
Aun te veo purísima y hermosa
Fijar en mí tus ojos, y temblando
Darme el alma amorosa.
En tu dulce mirada bondadosa
Aun te adoro... soñando.

Recordando sus promesas, escribió:

¿Te acuerdas de aquel momento
En que al verter triste llanto
Porque romper intentaste
Nuestros amorosos lazos,

— No llores, no, me dijiste,
Que yo, bien mio, te amo,
Y de tus labios las quejas
Sofocaré con mis labios?
Te acuerdas, ¡ ay ! ¿quién diria
Que tanta fe y amor tanto
Seria para tu amante
Un terrible desengaño ?
Mas no lo fué : tú quisiste
Clavar en mi alma un dardo,
Y que era tuya la mia
Olvidastes al clavarlo.

En un momento de desesperacion brotaron de su pluma estos versos :

Te ví, mujer ; mas tus ojos
Un ángel me revelaban.
Oí tu voz, y al oirla
Te amé con toda mi alma.
Despues que ha pasado tiempo,
Al verte me inspiras lástima,
Porque tú me has enseñado
Que ojos y oidos engañan.

El mismo sentimiento le inspiró estas estrofas :

Hoy que soy tuyo me dejas,
Pero mañana... mañana,
Cuando veas que has perdido
Conmigo tu dulce calma,

Me llamarás, mas en vano;
Entonces con febril ansia
Me buscarás, y al hallarme
Se desgarrará tu alma.
Dios, que es bueno, me habrá dado
Una mujer pura y santa
Que acariciará á mis hijos,
Que vivirá en mis miradas.
Y al vernos tan venturosos,
Tú comprenderás tu falta,
Y sabrás que las perjuras
Al querer matar se matan.

En un momento de tristeza la preguntó:

¿Porqué, di, me abandonaste?
Si á un tiempo los dos gozamos,
Al ver nuestro bien perdido,
¿No hemos los dos de llorarlo?
Vuélveme tu amor, bien mio;
Vuelve á mis amantes brazos,
Solo en ellos tendrás dicha;
Porque en ellos la has sembrado.

Pero siempre veia su amor, y entonces exclamaba:

Aunque ya no escucha el alma
Tus amorosos acentos,
Aunque ya tus blancas manos
Entre las mias no estrecho,

Aunque al dolor me abandonas
Y vives cuando yo muero,
Yo no he podido olvidarte,
Que te juré amor eterno,
Y á todas horas tu nombre
Pronuncia mi labio trémulo,
Y en todas partes te miro
Porque siempre miro al cielo.

El hombre que sentia así, el que, como ya han visto nuestros lectores, sacrificaba su amor propio y hasta su dignidad á una mujer que, sin conocer el bien ni el mal, se dirigia por la senda del último, impulsada por la envidia y la ignorancia de los que creian quererla: el hombre què tantas pruebas de abnegacion habia dado, las amargas censuras de las amigas de la condesa de F..... ¿No es digna su defensa de ocupar todo un libro?

Pero aun hay mas: es necesario que no le perdamos de vista hasta el último momento. Otro hombre, al recibir de una mujer un desengaño tan cruel como el que Fernando habia recibido, la hubiera despreciado.

— Tú no quieres el bien, la hubiera dicho ; pues toma el mal, y hasta insultándola la hubiera hecho un favor.

Pero nuestro jóven protagonista sabia que la felicidad costaba mucho, y estaba dispuesto á hacer toda clase de sacrificios para alcanzar la suya.

Un dia halló á un amigo.

— ¿Sabes quién te ha hecho todo el daño que sufres? le dijo ; pues ha sido el que crees que mas te estima, Ernesto.

Todos los amigos de D. Antonio le repitieron estas mismas palabras.

— Ella le amaba á Vd., y cuando se ama por la primera vez, añadió otro, no se olvida tan fácilmente. Búsquela Vd., hablen Vds. : ella es buena. y su corazon, que ahora está dormido, se despertará.

Algunas circunstancias probaron á Fernando la traicion de Ernesto.

Su amistad hácia él se trocó en un implacable odio, y tenia razon para abrigar este sentimiento.

Antes de castigarle quiso apurar las heces de su cáliz de amargura.

— Quizás cuando la hable me creerá, al estrechar su mano despues de tanto tiempo quizás la volveré la vida que le falta.

Esta esperanza le alentó. La escribió, supo dónde podria verla y fué á aguardarla.

Aquella nueva esperanza debia engendrar un nuevo desengaño.

CAPITULO XVIII.

LA OBRA DE ERNESTO.— CELOS.— UNA RESOLUCION EXTREMA. — EL ENVIADO DE DIOS. — UNA CONFESION. — LA CONCIENCIA. — AL ALZAR EL CÁLIZ — LA PENÚLTIMA PRUEBA. — ADIOS.

Cecilia debia ir á casa de su maestro de música: Fernando le conocia y fué tambien á visitarle.

Allí esperaba hablarla.

Cuando llegó, no estaba en casa.

Cecilia, como tenia de costumbre, entró en la sala y halló solo á Fernando.

— Cecilia, escúchame, la dijo este... yo necesito hablarte.

Como si hubiera visto á un espectro, apenas le escuchó, huyó precipitadamente sin contestarle una palabra.

— Óyeme por piedad... toma esta carta al menos.

Cecilia no le oyó... siguió el rumbo que habia tomado y, amedrentada, penetró casi convulsa en las habitaciones interiores.

— Me tiene miedo! dijo Fernando alejándose muy triste.

Aquello era la obra de Ernesto. Fernando lo comprendió, y ciego con la cólera de tan inusitada traicion corrió en su busca.

No pudo hallarle y se retiró á su casa fatigado y angustioso.

— ¿Qué habrá podido obligarle á venderme? se preguntaba. ¿La amará? ¡ah! no, amarla él no es posible; ¿la amará algun otro y él le protegerá?

Cuando pensaba esto, sufria horriblemente.

— ¿Será posible, se decia, será posible que escuche amores de otro hombre, que pueda repetirle los juramentos que me ha hecho, que pueda acariciarle como me ha acariciado, que yo la vea en los brazos de un esposo feliz... que la llamen madre otros hijos que los mios?

Al llenar su imaginacion con estos pensamientos, su dolor era agudísimo, su exaltacion no tenia límites.

En uno de estos arrebatos su alma necesitó desahogarse, y su mano trazó estas líneas :

No lloro, no, porque ingrata
Olvidas tus juramentos,
Lloro porque te amo tanto
Que tu desventura temo.

No me importa que otro amante
Reciba tus dulces besos;
Los primeros son del alma,
Y me diste los primeros.

Ya no te hará gozar nadie
Lo que yo gozar te he hecho
Al sentir entre mis manos
Las tuyas de amor ardiendo.

Tus primeras emociones,
Tus primeros pensamientos
Fueron para mí, y ya nadie
Puede volver á obtenerlos.

Me diste lo que tenias,
Ya nada tienes... lo siento;
Si tú me dejas sin pena,
Yo lloro porque te pierdo.

Pero olvidemos estas emanaciones de su alma. Hemos dicho que al comprender la traicion de Ernesto, de su mejor amigo, sufrió al principio, y que mas tarde sintió una cólera terrible.

— Él me ha robado toda mi dicha, me dijo; él

ha sido un infame, y yo juré matar al vil calumniador.

Matarle... matarle... ¡ah! sí, eso es lo que yo necesito, y le mataré.

Al decir esto, porque lo dijo en alta voz á pesar de estar solo, cogió un puñal y se dirigió hácia la puerta.

— No le matará Vd., porque Dios manda perdonar y porque los infames no merecen que los honrados se manchen con un crímen, le dijo un hombre ya de edad, un sacerdote que le queria muchísimo, que habia venido á visitarle y que habia oido su última frase; un enviado de Dios, en una palabra.

Fernando, al verle, cayó en sus brazos y vertió en ellos abundantes lágrimas.

Aquel buen sacerdote, verdadero ministro del

Señor, dotado de un alma angelical, con la fe de los mártires, con la caridad del cristianismo, profesaba á Fernando un gran afecto. Era además amigo de D. Antonio y le habia hablado momentos antes de su muerte.

— He conocido que necesitaria Vd. un alma cariñosa para desahogar sus pesares, y por eso he venido á verle. Mi corazon no me ha engañado; ánimo: la Providencia vela siempre al lado de los buenos.

Un sentimiento religioso como los que produce en el alma la música de un órgano bajo las sacras bóvedas de un templo solitario, causaron en Fernando las palabras del sacerdote.

— La mejor venganza es el perdon, continuó diciéndole, el único consuelo la confianza.

— Sí, tiene Vd. razon, repuso Fernando; yo iba

á ser un miserable! Quitándole la vida, ¿hubiera recuperado mi felicidad? no; le perdono... pero mi alma está angustiada, los pesares me ahogan, yo necesito consuelos, yo necesito consejos... ¿Quiere Vd. oirme... quiere Vd. escuchar la confesion de todos mis pensamientos?

— Es mi deber...

— Pues bien, entonces que al menos se desahogue mi alma.

Fernando le contó toda la historia de su amor, sus mas vivos deseos de labrar la ventura de Cecilia, los juramentos que la habia hecho, los que de ella habia recibido, sus rectas intenciones, todo, todo.

— La amo, sí, añadió, y la amaré mientras viva, porque no puedo convencerme de que ella haya olvidado todos los sentimientos que tanta dicha nos

prometian. La he consagrado mi existencia y no podré vivir sino pensando en ella, velando al lado suyo, salvándola de todos los peligros. Al desear vivir, al meditar en lo venidero he contado con ella. Me ha hecho mucho daño, pero la perdono. Mi adoracion me extravía á veces. Hay momentos en los que desearia que la sociedad la rechazase, que una enfermedad robase á su rostro la belleza, separase á todo el mundo de su lado para correr hácia ella, abrirla mis brazos y probarla la intensidad de mi cariño. En otras ocasiones quisiera verla muerta. Cuando pienso que otro puede llegar á conseguir su amor, cuando pienso que pueden usurparme el privilegio de hacerla feliz, me mortifica un dolor tan acerbo que quisiera la muerte. Al comprender que toda la ventura que esperaba con ella me la ha robado un hombre, la cólera me enciende, ciega mis ojos, arma mi brazo y me incita al crímen; pero no tarda el arrepentimiento, y entonces, ¡ay! entonces quisiera ocultarme á las mira-

das de todos los seres de la tierra. Entretanto no vivo : mi vida es una continua agonía, la fe y la duda combaten en mi pecho, el amor, los recuerdos animan la lucha, y yo quedo extenuado, y yo me vuelvo loco, y yo sufro, porque al pensar que ya no será mia, parece que me arrancan á pedazos el corazon. ¡Ah! yo quisiera olvidarla, huir de ella, yo quisiera ser bueno, generoso, yo quisiera perdonarla, bendecirla, yo no sé lo que quisiera, quizás la muerte, ¡oh!... Dios mio! Dios mio!

Al pronunciar esta última frase, cayó de nuevo en los brazos del sacerdote.

Sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

— Vd. está sufriendo los efectos de una pasion violenta, le dijo el ministro del Señor, y la pasion no oye consejos.

El único que puede consolarla es el tiempo.

Ánimo, amigo mio; un hombre como Vd. encuentra al fin el premio, y Vd. hallará una mujer mas digna de su amor. Le propongo que viaje, que renueve en su alma los sentimientos de la gloria que han alentado su juventud.

— Pero sin ella... ¡ay! sin ella nada quiero.

— Haga Vd. la última prueba : vuelva Vd. á buscarla una vez mas . una sola. Si no responde, es que su corazon se ha extinguido, que no hay en él ni el sentimiento de la piedad, y entonces llórela Vd. porque estará *muerta en vida.*

Fernando aceptó este consejo, se despidió del sacerdote y se quedó tranquilo.

La conciencia , que es un torcedor continuo de los malvados , es una madre cariñosa de los buenos.

Ella los satisface cuando obran bien , y en las

mayores pesadumbres de la vida siempre puede ofrecerles un consuelo, una esperanza.

Fernando pasó una noche sosegada.

Al dia siguiente era domingo.

Cecilia tenia costumbre de oir misa muy temprano.

— Estaré à su lado en el templo de Dios, dijo Fernando, y si al alzar el cáliz y la hostia no recuerda los juramentos que en otro tiempo hacia, si no asoma á sus ojos una lágrima, no esperaré en su amor. Entonces no habrá duda, su alma se habrá extinguido.

Cecilia y Fernando se hallaron. Ernesto iba con Cecilia, y una mortal palidez apareció en su rostro al descubrir á su amigo.

Fernando le despreció, todas sus miradas fueron para Cecilia.

Llegó el momento supremo : el sacerdote elevó el cáliz , y Fernando juró de nuevo velar por la ventura de su amada.

Al levantar sus ojos , encontró en los de Cecilia una palidez tristísima.

No habia llorado, quizá no habia recordado que era perjura.

— Ha muerto , sí, ha muerto , dijo Fernando alejándose de ella.

Sin embargo, al volverse á su casa no pudo menos de escribirla.

Su carta hubiera enternecido al ser mas desalmado : Cecilia le contestó :

« No puedo consentir que abrigues esperanza de que volveré á amarte. Hoy ya nadie me obliga á dejar de ser tuya , soy libre y renuncio por mí misma á toda la felicidad que nos hemos prome-

tido. He pensado mucho, y ya sé lo que me conviene: hasta he comprendido que tu carácter y el mio no se avienen. No creas que la causa de mi desamor es que no te juzgue honrado y bueno: sucede lo contrario, pero tú puedes conocer qué he podido engañarme al hacerme la ilusion de que mi felicidad era nuestra union. No culpes de nada á mi familia; ella me deja en libertad de obrar. Tambien te ruego que no me sigas escribiendo ni buscándome, porque sentiria tener que hacerte un desaire. »

Cecilia ya ni sabia escribir: aquella carta se la dictó su primo Ernesto.

Su debilidad la hacia aparecer, guiada por los consejos de los demás, como la mujer mas despreciable de la tierra.

Fernando no la contestó.

— ¡Pobre niña! exclamó, todo, todo lo has per-

dido, hasta la conciencia de la mujer á quien yo amé; no existe nada en tí. Aquella ha muerto, y tú eres su sepulcro. Adios, adios para siempre. Tú lo dijiste: *Si alguna vez faltase á mis promesas, si dejase de amarte seria por haber perdido el juicio ó sufrido una desgracia, y entonces seria digna de lástima.*

Dos dias despues se puso en camino con direccion á Londres, y cuatro mas tarde apareció en las columnas de un periódico el anuncio que ha motivado esta novela, para justificar á un hombre honrado ante un *coro de angeles*, como ha llamado Alarcon á esas hermosas niñas, que luciendo sus galas y ostentando la sonrisa en los labios, destrozan, sin saberlo, con sus palabras los corazones que laten á su lado.

CAPITULO XIX.

UN ALMA Y UNA FLOR. — VIUDEZ. — RECUERDOS. — UNA VISITA AL CEMENTERIO.

Nos hemos adelantado á los sucesos, y debemos retroceder algunos pasos, si bien con mucha rapidez para no molestar la atencion de nuestros lectores.

Despues de recibir la última carta de Cecilia, la

que en el anterior capítulo hemos citado, Fernando se convenció de que aquella mujer á quien tanto adoraba la habia perdido para siempre.

Solo habia quedado de ella un remordimiento eterno, un remordimiento que se expresaba de aquel modo temeroso del castigo, como los criminales que, despues de asesinar á un hombre, gritan: « Al asesino, al asesino. »

Pero Fernando no culpó á su amada: lloró su pérdida.

Y efectivamente habia muerto.

Desde el mismo dia en que la flor del jardin de Fernando, tanto tiempo lozana, se marchitó, nada habia quedado de bueno y generoso en el corazon de Cecilia.

Ella no habia sido culpable, era un autómata.

D. Antonio la mandó escribir la carta rechazando

para siempre á su amante, y obedeció movida por una fuerza extraña que no era la misma que hasta entonces la habia impulsado.

Mas tarde Ernesto se apoderó de su voluntad.

La dictó su última carta y ella la escribió.

No era un desengaño lo que recibia Fernando, no era un desprecio el que le hacia la mujer que habia jurado tantas veces labrar su felicidad, era una desgracia que experimentaba.

Dios habia unido sus almas, y el mundo no podia separarlas.

Cuando vió rotos sus lazos, buscó á Cecilia y no la halló: no era posible que la hallase.

Habia muerto. Sí, porque cuando una mujer honrada obra como la amante de Fernando, ó es que ha perdido la razon, ó es que ha visto extinguirse en su alma todos los buenos sentimientos.

y entonces ha muerto. Su vida es una vida material, sedentaria, sin esperanzas ni recuerdos, sin esos goces que al pensarlos no ruborizan, sin esos consuelos que en todas las aflicciones otorga la Providencia á sus hijos privilegiados.

Fernando necesitaba uno de estos consuelos y lo halló.

— Era mi esposa y la he perdido: no soy un amante desdeñado, soy un esposo á quien ha reservado la desgracia una eterna viudez; ella no es una mujer depravada, no es una perjura, es una víctima. No merece odio sino amor, no debe inspirar reconvenciones sino lágrimas.

Y al pensar de este modo recordaba la historia de los fugaces dias de su felicidad. Por renovarlos hubiera dado su vida.

Los consejos del sacerdote á quien ya conocemos, le incitaron á emprender su viaje.

Todo lo dispuso en poco tiempo.

Antes de abandonar á Madrid quiso dar un adios á sus amigos.

Una tarde se dirigió al cementerio, buscó el sepulcro de D. Antonio, se postró ante él y oró.

— Tú me quisiste dar, dijo, todo el bien á que podia aspirar mi alma, y tú sufriste como yo al tener que negármelo. Siempre vivirá en mí tu memoria. Vela desde el cielo por ella y por mí.

Dejó sobre la losa una corona de siemprevivas, y al dia siguiente salió de Madrid vertiendo un abundante llanto, porque ya no volveria mas á verla.

CAPITULO XX.

LA REALIDAD Y LAS APARIENCIAS. — JUICIOS DEL MUNDO. — ALEGATO.

Con que nuestros lectores recuerden solamente el juicio que formaron las contertulias de la condesa de la F. acerca del infeliz amante, se convencerán de la injusticia que el mundo manifiesta al juzgar á los seres que no comprende ó que no quiere comprender.

Las amigas de la condesa dijeron que el interés le habia movido á abandonar á la jóven: que él, censor eterno de los que especulaban con el sagrado lazo del matrimonio, habia querido explotar á una jóven honrada y virtuosa; que mientras se iba á Inglaterra á divertirse, ella quedaba triste, desolada.

¡Cuánta distancia hay siempre de las apariencias á la realidad!

¿Porqué los juicios de los seres humanos han de ser tan ligeros?

¿Porqué cuando en la sociedad se rompe el vínculo que ligaba á dos amantes corazones, se culpa siempre al hombre que casi nunca es el culpable?

Pero ya lo hemos dicho: las mujeres solo hacen los elogios de las mujeres cuando pueden maltratar á los hombres.

Esta vez, como otras muchas, se equivocaron los jueces.

¿No es cierto que un hombre como Fernando merece mas indulgencia, mas compasion?

Nuestra defensa está hecha, hemos alegado todas las pruebas.

El público será juez.

La víctima, no lo dudamos, es Cecilia.

¡Pobre mujer!

Su debilidad la hizo culpable, pero la debilidad es innata á la mujer.

Todos los males son hijos de la debilidad de la primera.

CAPITULO XXI.

LO QUE PENSABA FERNANDO EN LONDRES CUANDO PENSABA MAL DE ÉL EN MADRID LA SOCIEDAD DE LA CONDESA.

Mientras que tan parciales juicios formaba el mundo de Fernando, en tanto que Cecilia, sin darse cuenta de su vida, sin que cruzara un pensamiento por su mente, vegetaba al lado de sus mas queridos enemigos, Fernando cruzó el mar y llegó á Londres.

Aquel cielo tristísimo armonizaba con el carácter que su desgracia le habia dejado.

En un barrio apartado, casi extramuros de la ciudad, halló una casa con un jardin y se instaló en ella.

La música, los libros, el trabajo llenaban todas sus horas.

Así pasó medio año, y en este tiempo recibieron sus amigos algunas cartas suyas.

A nuestras manos vino una de la que vamos á copiar algunos fragmentos.

« La he perdido de vista, nos decia, y quizá para siempre. He renunciado á todos los proyectos de ventura que habia concebido para los dos: sé que no existe, y sin embargo su recuerdo siempre está fijo en mí: la veo á todas horas como en el primer dia, escucho su piano, aquella música sublime que

me hablaba: la contemplo con sus puras mejillas cubiertas de una tinta sonrosada, me parece tener su mano entre las mias y oir sus juramentos. La amo, sí, la amo y la amaré siempre, porque tan solo vivo de los recuerdos de su amor.

» Todas las alegrías que comprendo, quisiera partirlas con ella. Cuando brota en mi jardin una flor mas hermosa que las otras, desearia tenerla al lado mio, hacérsela admirar y ofrecérsela con un purísimo beso. Si estuviera conmigo, yo la proporcionaria todos los goces de la tierra, perdonarla y bendecirla es mi solo consuelo... Muchas veces, cuando pienso que toda aquella vida que yo bebí en sus ojos ha desaparecido, cuando me la figuro sola, helada como una estatua, cuando comprendo que todos sus ensueños ya la han abandonado, me da lástima... ¡Ah! si yo pudiera devolverla su alma, si yo pudiera hacerla todavía tan venturosa como esperaba ser, no habria sacrificio que no arrostrase.

Pero ya no es posible... Ha muerto y no es mas que el sepulcro de un amor que llenó todos los dias de su vida.

» ¡Pobre de mí! ya nada, nada me queda en el mundo! »

Entretanto las amigas de la condesa continuaban diciendo :

— ¡Qué lástima de chica! tan buena y verse abandonada, engañada!

Si nuestro libro pudiera convencerlas, tendríamos al menos la satisfaccion de haber hecho resplandecer la verdad.

Los secretos de los hombres honrados, dijimos al principio, son siempre ejemplos provechosos.

CAPITULO ULTIMO.

EL AUTOR Á LOS LECTORES

Si al leer el epígrafe de este libro os figurásteis asistir á un espectáculo de magia, os pedimos perdon. No habréis podido realizar vuestros deseos.

Os hemos contado una historia, os hemos pro-

bado que las apariencias engañan, os hemos dado á conocer á un hombre honrado, y os hemos presentado á una mujer muerta en vida, al perder todas sus ilusiones, todas sus esperanzas y todas sus creencias.

No hemos sido novelistas, hemos procurado ser historiadores.

Todos los personajes, excepto D. Antonio, viven y hubieran podido quejarse de cualquier falta de exactitud.

Fernando aun está en Londres.

Cecilia ha comenzado á sufrir el castigo de sus culpas. Todos nos dicen que su rostro revela sufrimiento.

Dª. Francisca disfruta de sus bienes; *ha encerrado en un puño*, como suele decirse, á su sobrina, y esta es la mayor expiacion que podia imponer la Providencia á la amante perjura.

Ernesto se ha casado, y ha sido la madrina de su boda la víctima de sus intrigas.

Fernando ha perdonado á todos, y aun *cree*, porque, como dijimos al principio, *necesita creer para vivir, y vive porque espera*. . . . . .

. . . . . .

Nuestra historia no concluye aquí. Como los personajes principales vivirán todavía algunos años, es de esperar que algun nuevo suceso los saque del estado en que se encuentran.

Quizá no pase mucho tiempo sin que podamos confiar á nuestros lectores la suerte que ha cabido á los amantes separados y á los que motivaron su separacion.

Es preciso creer que hay Providencia.

FIN.

LIBRARY OF CONGRESS
Branch Bindery, 1903

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 471 5

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 471 5